



Facultad de Psicología y Ciencias Sociales
Licenciatura en Psicología

Trabajo Integrador Final

**“Perspectivas de mujeres mayores de cincuenta y cinco años
sobre las relaciones de pareja”**

Alumno:

Mónica Zaida Nadal

Legajo 21213

Decana:

Lic. Beatriz Labrit

Vicedecana:

Dra. Analía Verónica Losada

Director de Carrera:

Mgter. Marcelo Godoy

Director de Trabajo Final Integrador:

Dra. Silvana Baró

Año 2022

Índice

Resumen.....	2
Definición del Problema	3
Delimitación del Objeto de Estudio.....	3
Planteo del Problema	6
Objetivos	7
Justificación	8
Estado del Arte.....	9
Marco Teórico.....	18
Mediana edad y vejez en mujeres	18
El estudio de las Relaciones de Pareja y del Amor.....	23
El amor desde una perspectiva de género	29
Relaciones de Pareja en Adultos Mayores.....	33
Soledad y soltería.....	36
Satisfacción marital y satisfacción con la vida	37
Método	41
Diseño de Estudio	41
Muestra	41
Instrumentos.....	42
Procedimiento	42
Resultados.....	43
1) Vivencias de pareja.....	44
2) Concepciones y estereotipos sobre el amor	51
3) Características de las relaciones estables y duraderas	57
4) Satisfacción conyugal y satisfacción con la vida	58
5) Motivaciones y actitudes hacia las relaciones de pareja	60
Discusión	63
Conclusiones.....	71
Referencias.....	77

Resumen

El objetivo del trabajo es describir las vivencias y actitudes de las mujeres mayores de cincuenta y cinco años respecto a las relaciones de pareja y los factores que influyen en sus percepciones de satisfacción vital y conyugal. Para ello se llevó a cabo un estudio no experimental, transversal y de estudio de caso, mediante entrevistas semi-estructuradas a diez mujeres (cuatro mujeres entre 57 y 59 años y seis entre 60 y 85 años) profesionales y económicamente autónomas. Se encontró que las primeras experiencias amorosas de la juventud se enmarcaban en el paradigma del amor romántico. El ideal de vínculo de pareja tiene las características del amor confluyente, más democrático y equitativo en la forma de vincularse y en los roles de género. Las relaciones de pareja son importantes para la felicidad. Se busca apoyo emocional, pero no es indispensable para sentir plenitud. Las relaciones de larga duración gozan de niveles de compromiso e intimidad altamente valorados, contruidos a lo largo de la vida compartida. La soledad no es considerada un estigma social, sino una opción frente a tipos de relación que no respeten la autonomía femenina. Las mujeres casadas manifiestan satisfacción conyugal y tanto quienes como las que no, se sienten satisfechas con sus vidas, aunque el ideal sigue siendo tener pareja.

Palabras clave: personas mayores, mediana edad, relaciones de pareja, satisfacción, amor

Definición del Problema

Delimitación del Objeto de Estudio

La presente investigación de corte cualitativo se enfoca en las perspectivas de mujeres mayores y de mediana edad respecto de las relaciones de pareja y su relación con la satisfacción personal.

Para ello, se adopta la perspectiva de curso de vida, la perspectiva sistémica y la perspectiva de género para las relaciones de pareja. El envejecimiento humano se toma desde la perspectiva de curso de vida, como un proceso progresivo, que se da durante toda la vida y recibe influencias de nociones culturales y contextuales que modelan las trayectorias y las transiciones en el curso vital. Esto permite considerar la mediana edad y la vejez como un continuo, cada uno con características propias pero con ciertos rasgos comunes en relación a procesos tradicionalmente asociados en nuestra cultura a la vejez.

El enfoque sistémico con perspectiva de género, permite conceptualizar la pareja como una relación entre dos personas, que se da por consenso, basada en el afecto y el interés para compartir e interactuar en un período de tiempo (Stange et al., 2017). Este sistema complejo adopta características que exceden a la suma de dos voluntades, en concordancia con la premisa sistémica de que el todo es más que la suma de sus partes, y que posee una estructura, organización, reglas y roles distintos a otros y que se relacionan con sistemas más amplios, como la familia (De la Espriella Guerrero, 2008) y que varía sus características de acuerdo a las transiciones en el curso de vida.

Además, en las relaciones de pareja pueden observarse vínculos de poder derivadas de las relaciones de género, que se establecen entre hombres y mujeres, o entre miembros de una pareja, ya que detrás del género hay símbolos e ideologías que establecen el orden social denominado patriarcado, cuya influencia sobre el comportamiento de los miembros de una pareja es indudable. Los modelos normativos sobre los roles masculino y femenino se aprenden durante la socialización y Marcela Lagarde (1999, citada en Flores Fonseca, 2019) denomina “mandatos de género”. Así, cada miembro de la pareja aprende mitos, creencias y desarrolla expectativas propias. Dichos estereotipos y mitos en la sociedad occidental, que se erigen como verdades absolutas, se basan en la ideología del amor romántico, y modelan las expectativas de cómo deben ser las relaciones de pareja y los roles que se esperan de hombres y mujeres, asignando a estas últimas el rol de dadoras y cuidadoras incondicionales, sobre la base de aceptar la idea de

un alma gemela, la predestinación de un amor para cada uno, la felicidad dependiente de tener pareja, los celos como prueba de amor, entre otras creencias, lo que necesariamente coloca a las mujeres en desigualdad dentro de la relación y las obliga a aceptar maltratos y violencia como parte del esquema normal de pareja (Bonilla-Algovia et al., 2021) por lo menos en la primera parte del siglo XX. Sin embargo, en el inicio del siglo XXI y con el advenimiento de la postmodernidad, hay nuevos paradigmas sobre los que empiezan a asentarse nuevas formas de relacionarse, más allá de la tradicional institución matrimonial con sus ritos, basado en la igualdad dentro de la pareja, lejos de la idea de un amor único, monógamo y para toda la vida (Giesecke, 2019). Este es el contexto de la mujer mayor desde el punto de vista sociológico.

Por otro lado, para la mujer existen ciertos cambios en roles y funciones, además de cambios biológicos que se empiezan a suceder en la mediana edad (es decir, entre los 45 y 55 años aproximadamente, con una media en 51 años de edad) (Melián, 2011), como el periodo de climaterio o perimenopausia, donde se produce una reducción hormonal y que abarca signos previos y posteriores a la última menstruación llamada menopausia. Todos estos cambios tienen connotaciones culturales y prejuicios que asocian la menopausia al fin de una vida activa. Normalmente, luego de los 55 años la mujer hace frente al síndrome del nido vacío, que supone lidiar con un duelo por la partida de los hijos, aunado a la pérdida de la capacidad procreacional y los prejuicios sobre la pérdida del atractivo femenino (Blasco, 2008). Es un punto de crisis que puede dar lugar a replantearse el sentido de la vida, reevaluar valores y personas (Alonso González et al., 2004) así como las expectativas cumplidas e insatisfechas.

La evaluación y el replanteo propios de la mediana edad se encuentran relacionados al concepto de satisfacción vital o satisfacción personal, a su vez vinculado al bienestar psicológico, la sensación de felicidad con las actividades cotidianas, creencias religiosas y con el haber logrado objetivos propuestos. Es un constructo asociado al estrés percibido, problemas laborales y factores de la pareja, aunque existe controversia respecto de su vinculación con síntomas menopáusicos en mujeres de mediana edad. (Cuadros et al., 2014). Seligman y Czikszentmihalyi (2000) denominan Bienestar Subjetivo al grupo de fenómenos que incluyen respuestas emocionales, satisfacción en diferentes áreas y la satisfacción vital, que refiere a la manera en que una persona valora eventos de su vida, que sería el componente cognitivo. El componente emocional incluye el concepto de felicidad, que es temporario y fluctuante (Satorres Pons, 2013).

En adultos mayores, los conceptos de satisfacción vital y bienestar subjetivo están vinculados al apoyo emocional y social, mediante redes de apoyo y relaciones positivas. Muchos estudios coinciden en que hay variables que pueden predecir la satisfacción vital en los adultos mayores, entre ellas la salud, las habilidades funcionales, los contactos sociales y la actividad de la persona (Ramírez Pérez y Lee Maturana, 2012).

La pareja es considerada muy importante dentro de la red de apoyo social de los adultos mayores y cumple funciones de apoyo emocional y compañía, aunque también de ayuda práctica en algunos casos (Arias y Polizzi, 2011). Los niveles de satisfacción con una relación matrimonial de larga duración suelen ser altos, además de que los adultos mayores consideran tener buena comunicación con su pareja. Los años de convivencia parecen contribuir a desarrollar un sentido de identidad de pareja, con una cultura de pareja propia, lo que resalta la idea de amor como proceso en constante transformación, que implica además un proceso de adaptación (Nina Estrella, 2013). Sin embargo, este es un proceso que afecta de manera diferente a varones y mujeres. Así, los niveles de satisfacción marital, por ejemplo, suelen ser significativamente más altos en varones que en mujeres luego de muchos años de convivencia (Villar et al., 2005).

La necesidad de apoyo emocional es una fuerte motivación para formar pareja durante la etapa de la vejez (Iacub, 2009), lo que resalta el cambio de algunos estereotipos negativos por los cuales tanto los adultos mayores como adolescentes y adultos perciben que las personas mayores tienen derecho a experimentar el amor y la sexualidad (Cala et al., 2011; Cerquera Córdoba et al., 2012). De la misma manera, a diferencia de otras épocas, algunos estudios sobre la soltería femenina, centradas en la actitud de la mujer respecto a sí misma y su situación de vida, aparece la soltería como una opción de vida. La soltería les brinda sensación de autonomía y las mujeres sienten la libertad de tomar decisiones, disfrutar su privacidad y actuar según sus intereses. Esta postura es crítica respecto a la convivencia conyugal y familiar de tipo patriarcal, cuestionando los vínculos conyugales inestables plagados de dificultades. Las mujeres que toman la soltería como opción o como rebeldía también, suelen ser “inconformes con lo establecido”, y suelen enfrentarse a las demandas sociales sobre lo que se espera de ellas, o a los estigmas como estériles, solteronas, o incapaces de amar y ser amadas (Villarreal Montoya, 2008). En Estados Unidos se estima que un tercio de adultos mayores clasificados como solteros se encuentran en relaciones denominadas LAT (Living Apart Together), en que los miembros de la pareja viven separados pero se perciben como una pareja comprometida (Smith Barusch, 2012).

Planteo del Problema

La literatura científica ha aportado investigaciones parciales sobre algunos de los aspectos mencionados. Mientras algunos estudios se enfocan en las percepciones de distintas poblaciones sobre inicio de nuevas relaciones y de sexualidad en adultos mayores (Cerquera Córdoba et al., 2012; Cala et al., 2011), otros estudios se enfocan en las nuevas parejas (Iacub, 2009) o en las relaciones de larga duración (Villar et al., 2005). Además, se han encontrado pocos estudios en adultos mayores en los últimos diez años que estudien las nuevas formas de parejas, en particular en Buenos Aires, considerando que las formas de relacionarse son idiosincráticas de cada cultura.

Los estudios sobre parejas suelen realizar entrevistas a ambos miembros de una pareja heterosexual. Un punto a tener en consideración es una línea de investigaciones que señalan diferencias de género en las percepciones sobre relaciones de pareja y sobre las actitudes frente al amor y la sexualidad (Moorman et al., 2006; Sánchez Vera y Bote Diaz, 2007; Watson et al., 2017). Las vivencias de las mujeres son diferentes a las de los hombres, en particular frente a la posibilidad de formar nueva pareja luego de una separación, divorcio o viudez. Estos estudios señalan que las mujeres suelen tener mayores dificultades para formar nuevas parejas, ya que se enfrentan con dos tipos de estereotipos: el viejismo, es decir prejuicios que vinculan vejez con deterioro y por consiguiente algo menos valioso, y el sexismo, que fuerza a las mujeres a ciertos roles rígidos que las colocan en inferioridad de posición respecto de los hombres en múltiples ámbitos de la vida. (Watson et al., 2017).

Además, la forma de socialización recibida por hombres y mujeres determina los roles esperados para cada uno de ellos en una relación de pareja, y con ello se generan expectativas y representaciones propias de cada cultura y momento histórico. Las mujeres que actualmente atraviesan la mediana edad y la vejez se encuentran en un punto de quiebre en el momento histórico-cultural, donde se da un cambio de paradigma respecto de las concepciones de amor y matrimonio, distinto al que tenían cuando formaron sus primeras parejas (Freixas Farré, 2008; Esteban y Távora, 2008; Esteban, 2011; Ferrer Perez y Bosch Fiol, 2013; Flores Fonseca, 2019;).

El fin de la capacidad reproductiva tiene consecuencias psicológicas para la mujer, en especial en aquellas cuya cultura homologa su identidad femenina a la maternidad. Con frecuencia, luego de los 55 años, la mujer suele enfrentarse al síndrome del nido vacío, que

supone lidiar con un duelo por la partida de los hijos, aunado a la pérdida de la capacidad procreacional y los prejuicios sobre la pérdida del atractivo femenino (Blasco, 2008).

Por esta razón, si bien la etapa de vejez suele considerarse en la mayoría de las disciplinas a partir de los 60 años, los cambios que se producen en las mujeres a partir del climaterio hacen posible considerarlo como un período de inflexión para las trayectorias amorosas de las adultas mayores.

En este contexto cabe realizar las siguientes preguntas:

¿Cómo vivencian las relaciones de pareja presentes y pasadas las mujeres mayores de 55 años?

¿Cuál es la influencia de las representaciones y estereotipos sobre el amor que presentan las mujeres mayores de 55 en la actualidad?

¿Cómo inciden las vivencias de pareja en la satisfacción con la vida y con la pareja?

¿Qué actitudes y motivaciones tienen las mujeres respecto a las relaciones de pareja y cómo influye esto en su estado civil actual?

Objetivos

Objetivo General

Describir las vivencias y actitudes de las mujeres mayores de 55 años respecto a las relaciones de pareja y los factores que influyen en la percepción de satisfacción vital y conyugal.

Objetivos Específicos

a. Indagar acerca de las vivencias sobre relaciones de pareja actuales y pasadas de las mujeres después de los 55 años

b. Indagar sobre la influencia de representaciones y estereotipos sobre el amor en las mujeres mayores de 55 años.

c. Descubrir la influencia que tienen las vivencias de las mujeres en la satisfacción con la pareja y la satisfacción vital

d. Describir las actitudes y motivaciones de las mujeres hacia las relaciones de pareja y su influencia en el estado civil actual.

Supuestos Básicos de Investigación

Los diferentes estilos de relaciones de pareja tienen características particulares en las personas mayores debido a las transiciones que atraviesan, que no concuerdan necesariamente con los estereotipos sociales sobre amor y sexualidad en la vejez. Las mujeres, a partir de la transición de la menopausia, se animan a experimentar formas de relaciones nuevas que en el pasado la sociedad no avalaba, y el tipo de pareja que forman no es igual al tipo de relación que tenían. El grado de satisfacción percibida en las relaciones amorosas está influido por el grado de intimidad, compromiso y pasión vivenciadas, lo que contribuye a la duración de las parejas. Las mujeres de mediana edad y mayores han sido educadas para el matrimonio y la maternidad, por lo que esto condiciona la percepción de satisfacción con la pareja, en caso de tenerla, pero también condiciona el grado de satisfacción vital. Las mujeres mayores se sienten socialmente habilitadas a experimentar el amor y el sexo en la vejez, y proyectan formas de pareja que no se limitan al matrimonio, como puede ser convivencia o noviazgo sin convivencia.

Justificación

Indagar sobre las vivencias de las mujeres en relación a dinámicas de pareja y a sus actitudes respecto del amor puede aportar a la deconstrucción de estereotipos de género sobre el amor en la mediana edad y en la vejez. También permite advertir las diferencias y similitudes en mujeres entre las etapas de mediana edad y vejez respecto al tema. Pero sobre todo, permite tener un panorama sobre el lugar en que las mujeres buscan posicionarse respecto al amor en el siglo XXI, y vislumbrar el estado de transición entre paradigmas sobre el amor y las relaciones de pareja. Dado que el amor romántico se perpetúa culturalmente, llamar la atención sobre el tema permite educar a las generaciones futuras de mujeres, y también de hombres, de manera de generar el cambio en el modelo de vínculo amoroso donde existan menos oportunidades de violencia de género.

Las expectativas y estereotipos de género suelen estar presentes indirectamente en las consultas psicológicas, en particular en el ámbito de relaciones de pareja. Tanto mujeres como hombres suelen expresar su frustración ante el fracaso de sus relaciones, y las mujeres suelen sentir resistencia a seguir ocupando roles de cuidadoras y reducir sus obligaciones a tareas domésticas. Comprender la manera en que las mujeres mayores y de mediana edad perciben sus relaciones brinda una perspectiva nueva y actualizada respecto los conflictos de pareja, útil tanto en terapia de pareja como el individual.

Estado del Arte

El estudio de las relaciones de pareja en adultos mayores se ha enfocado particularmente en los matrimonios de larga duración. Algunos estudios han estudiado las funciones de apoyo que cumple la pareja en la vejez. Arias y Polizzi, (2011) realizaron un estudio cuantitativo-cualitativo en Mar del Plata, Argentina con personas entre 65 y 85 años en dos etapas. Se enfocaron en conocer la funcionalidad de la relación de pareja en la vejez y los cambios que viven en esta etapa, en particular las características que adopta el vínculo y las funciones que cumple la pareja. Una primera etapa constó de una muestra de 85 casos a quienes se aplicó una entrevista estructurada que exploraba las características de la relación en relación al apoyo (emocional, social, práctico, económico) y atributos del vínculo (nivel de intimidad, frecuencia del contacto, reciprocidad, etc.); y la segunda etapa tuvo 30 casos a quienes se aplicó una entrevista semi-estructurada que exploraba los cambios en la pareja y la sexualidad durante la vejez. Las autoras encontraron que las personas mayores consideran que sus parejas ocupan un lugar central en su red de apoyo, mayor que en otras etapas de su vida. En las mujeres la mayor función fue la de apoyo emocional, seguida por ayuda práctica, compañía social y consejo o guía cognitiva. La ayuda económica apareció en una de cada cuatro mujeres. La mayoría (hombres y mujeres) consideró el vínculo como muy íntimo o extremadamente íntimo y percibieron un equilibrio entre lo que daban y recibían en su relación de pareja, es decir había una reciprocidad percibida. Los aspectos de la pareja que proporcionaban mayor satisfacción a las mujeres eran compartir tiempo juntos, a través de conversar, abrazarse, reír, ser amado y querido. La mayoría manifestó haber notado cambios en la relación durante la vejez, pero mayormente referido al logro de mayor aceptación mutua, más comprensión y confianza, lo que los hacía sentir queridos, valorados y deseados. El rol que ocupaba la pasión en la juventud ahora lo ocupaba la compañía, principalmente en mujeres. La sexualidad no era una prioridad ni una necesidad central sino un complemento de la relación. Los cambios producidos por la vejez requirieron adecuación de las prácticas sexuales, como brindar más tiempo y dedicación al otro o uso de medicación específica. El erotismo ocupaba un lugar importante en la preparación del ambiente y el disfrute de la intimidad.

Otro estudio importante, de corte cualitativo, en San Juan de Puerto Rico (Nina Estrella, 2013) buscaba comprender las relaciones de pareja ante el envejecimiento y explorar algunos procesos en las relaciones de pareja de adultos mayores. Para ello realizó 28 entrevistas estructuradas a personas entre 65 y 93 años con un promedio de 46,33 años de vida en pareja, y

encontró que casi todos los encuestados se sentían satisfechos con su relación matrimonial y un 92,9% decía tener muy buena comunicación con su pareja. Entre las categorías exploradas estaban construcción del amor, expresiones de amor, estrategias de mantenimiento, comunicación marital, nivel de satisfacción marital y percepción de su relación marital. Los resultados indican que las personas construyen el amor a partir de la interrelación en el vivir diario y desarrollan una cultura de pareja. El concepto del amor estaba relacionado con valores, emociones y sentimientos como compromiso, comprensión, confianza sinceridad, respeto, tolerancia, comunicación y cariño. La atracción física era importantísima al comienzo de la relación, aunque se expresa actualmente mediante el contacto físico y afectos expresados verbalmente. Es importante complacer a la pareja, celebrar fechas significativas y expresarse, en particular lo que se siente, lo que gusta y no gusta. Un tema de conversación presente es salud y muerte.

Las relaciones de pareja en la vejez han sido objeto de investigaciones de tesis. (López Bravo, 2010) realizó una investigación cualitativa para su tesis de grado en Chile, cuyo objetivo era comprender las modalidades de vínculo de pareja desde la perspectiva de mujeres con trabajo remunerado, sin hijos y en convivencia sin matrimonio. Llevó a cabo ocho entrevistas semi-estructuradas a mujeres de 25 a 30 años. Los resultados muestran que las mujeres consideran que ser pareja es tener un vínculo basado en intimidad que opera como motor de la relación, cariño, compañía y simetría. Estas mujeres valoran sus roles productivos en el mundo laboral por encima de ser madres o casarse. Se observó que sus parejas apoyan su rol de co-proveedoras del hogar, y además hay una transición en la que las mujeres plantean la necesidad de redefinir los roles en la distribución de labores diarias del hogar. La pareja se configura considerando intimidad emocional, intelectual y sexual, de manera simétrica, donde el amor se plantea como una decisión. Persiste en ambos miembros la idea de que lo relacionado al hogar es femenino, por lo que las mujeres suelen realizar doble labor (hogareña y laboral) ya sea realizando o distribuyendo las tareas del hogar. La tensión por la distribución de tareas genera tensiones en la pareja, y resignación en algunos casos. Las mujeres tienen expectativas de compartir la cotidianidad, desde la reciprocidad, donde los términos deben ser negociados y acordados, para poder llamarse compañeros. La necesidad de acuerdos lleva implícita la idea de individualidad, muy valorada en la relación. El modelo ideal de masculinidad alude a una mayor apertura masculina, expresión de sentimientos y comunicación, expectativa que produce tensiones en la masculinidad tradicional.

García Mendiola, (2019) en su tesis doctoral cuantitativa se enfocó en los factores que favorecen la continuidad de la relación desde la juventud a la vejez, en particular en cuanto a los componentes de la teoría triangular y sus variables individuales y generacionales. Se trabajó con dos cohortes, 178 parejas correspondientes a la cohorte “25-30 años” y 113 a la cohorte “50 años o más”, es decir 582 personas o 291 parejas. Se les aplicó el Cuestionario de Rasgos de la Persona Madura (RPM-3), la Escala de resiliencia CD-RISC, la Escala de Satisfacción con la Vida SWLS, la Escala Triangular del Amor, el Inventario NEO-FFI de personalidad y la Versión breve de la Escala de Ajuste Diádico EAD-13. Al respecto encontró que en las parejas de larga convivencia, el cónyuge actúa como un tutor implícito de resiliencia y se produce el fenómeno “Miguel Angel” por el cual las personas de una pareja se transforman o esculpen mutuamente. Mientras que en las parejas jóvenes la meta conyugal ronda en el crecimiento personal, en las de mediana edad priorizan las instrumentales y las de edad adulta la meta es estar acompañados. La cohorte “50 años o más” presenta niveles más bajos en cuanto a satisfacción marital y cohesión, es decir la sensación de conexión e intimidad percibida y el grado en que ambos miembros de la pareja se tienen actividades en común. Además, encontró que las mujeres expresaron menor grado de satisfacción conyugal, y también puntuaron alto en niveles de estrés, ansiedad e inestabilidad emocional. Se hipotetiza que la acumulación de obligaciones normativas estresantes crea desgaste y consume el tiempo que las parejas podrían dedicar al fortalecer la relación en las relaciones de la cohorte “25-30 años”. Las mujeres en relaciones de larga duración encuentran su rol y la relación los puntos más críticos. Es posible así que cuando el marido es más infeliz, existe mayor riesgo de divorcio que cuando las esposas son más infelices que sus maridos. Se comprobó una coincidencia con la Escala de Sternberg en cuanto a que el nivel de las variables Intimidad y Compromiso se afianzan con los años y la pasión desciende entre la cohorte “25-30 años” y la de “50 años o más”, comprobando que las trayectorias de los componentes del amor hacen que las relaciones se cambien con el tiempo.

Castro Tomaylla (2020) en su tesis de grado llevó a cabo una investigación cualitativa con ocho parejas entre 60 y 80 años para describir las formas en que se manifiesta el vínculo afectivo en parejas en Perú, a través de entrevistas semidirigidas. Encontró que las parejas que construyeron su vínculo en base al amor sienten mayor satisfacción marital y ese sentimiento se incrementó con el paso del tiempo mediante caricias física, expresión de emociones, comunicación, preocupación por el otro y confianza y complicidad. La disposición a perdonar y pedir perdón es una manera de superar situaciones y mantener la confianza. Las relaciones

sexuales también son muestras de afecto, aunque no todas las parejas las tienen, y manifiestan que el deseo disminuyó y no es prioridad actualmente. En cambio, las parejas que construyeron su vínculo en base a la compañía, y no comparten un amor mutuo, tienen dificultades en la comunicación y en la confianza, aunque existe preocupación por el bienestar de la pareja. No manifiestan satisfacción marital pero la motivación a afrontar la vejez junto se basa en la historia compartida y la familia formada.

En contraste, no se han encontrado estudios recientes sobre las parejas formadas luego de los 60 años. No obstante, es paradigmático el estudio cualitativo de Iacub (2009), que a partir de entrevistas semi-estructuradas analizó las formaciones discursivas de diez personas entre 60 y 78 años en la ciudad de Buenos Aires encontró que la soledad y la falta de lugar en la familia de sus hijos era una motivación para formar pareja. Además la comprensión que brinda una pareja es cualitativamente distinta a la que pueden brindar los hijos. La pareja brinda una oportunidad de recuperar un lugar para el otro, desde el deseo o la necesidad, y permite reanudar la vida y la autonomía en la vida de sus hijos. El amor de viejos es un amor menos narcisista, lo que lleva a una mejor aceptación del otro, y dado que surge asociado a la carencia, la soledad y la dificultad, existen expectativas menos idealizadas y menos omnipotencia. La posibilidad del placer erótico está relacionada a la adaptación a lo que cada uno es, a veces separada de lo genital y claramente diferenciada de la juventud.

En cuanto a las expectativas sociales que influyen en la forma de encarar una relación de pareja, un estudio cuantitativo realizado en Colombia (Cerquera Córdoba et al., 2012) muestra de qué manera las expectativas sociales influyen positiva o negativamente en aceptar el amor y la sexualidad en las personas mayores. Se buscaba conocer las percepciones de 107 adolescentes, 68 adultos y 153 personas mayores sobre el derecho de las personas mayores al amor, la vida sexual y establecer nuevos vínculos amorosos. Así, se aplicaron dos reactivos del cuestionario Actitudes hacia la sexualidad en la vejez y se encontró que el grupo de adultos presenta mayor aceptación del amor y la vida sexual de los adultos mayores, seguido por el propio grupo de mayores, y que consideran también que les es permitido iniciar una relación afectiva luego de enviudar. Quienes mayores resistencias parecen ofrecer a estas ideas es el grupo de adolescentes, aunque los porcentajes rondaron en el 79,4% de percepción positiva. Todo ello representa un cambio en las expectativas sociales respecto de épocas anteriores.

Hay que destacar un estudio cualitativo descriptivo-comparativo de tesis en sociología, sobre las representaciones sociales del amor y los vínculos afectivos en Argentina (Renzulli, 2013), en la cual se realizaron entrevistas semi-estructuradas a 27 personas de ambos sexos en dos cohortes sociológicas, los nacidos entre 1970-1980 y los nacidos entre 1930-1940. Se encontró que la cohorte de 1930-1940 presenta un discurso donde se observan las huellas de una representación de experiencia amorosa única posible, vinculada a una edad legítima para amar y con prácticas predeterminadas, secuenciadas una detrás de la otra: noviazgo, matrimonio, hijos. Según el sexo existían roles asignados en la sociedad, que determinaban lo femenino y lo masculino de la pareja complementaria. Esto hacía que cada uno supiera qué esperar. Los discursos de las personas entre 30-40 años de edad manifiestan la falta de esas transiciones fijas, donde hay multiplicidad de caminos, en lugar de uno único y lineal. Noviazgo, matrimonio e hijos ya no son transiciones secuenciales y obligatorias, sino que es posible autodeterminar y gestionar los caminos, interponiendo nuevos hitos, como la profesionalización. Asimismo, la duración del vínculo ya no es hasta que la muerte los separe sino hasta que no los haga felices, categorizado como “el relato del eterno instante”. El ideal de relación estable y perdurable sigue estando, pero requiere un monitoreo de satisfacciones e insatisfacciones. La ausencia de patrones definidos sobre el amor se relata de modo diferente según el género. El estudio encontró que los hombres parecen sostener los papeles tradicionales de género, con el rol de proveedor del hogar, con un ámbito de realización personal académico y laboral o público. En tanto las mujeres dejan ver una tensión familia-trabajo que las generaciones previas no poseía, lo que significa que la maternidad y la independencia laboral o profesional están vinculadas en el discurso sobre el amor. Las mujeres profesionales relatan dificultades en formar pareja, por la ausencia de hombres que se ajusten a sus proyectos personales. Sus oportunidades y deseos se han igualado a la de los hombres, es decir, ya no son complementarios, y la simetría lograda implica un conflicto respecto a sacrificios y concesiones. A pesar de esto, permanecen vigentes en la narrativa y el imaginario social la concepción de la mujer sensible, afectiva, sexualmente pasiva y el hombre sexualmente activo, racional, práctico y poco afectivo.

Un estudio cuantitativo realizado en Castilla-La Mancha, España (Bonilla-Algovia et al., 2021) se enfocó en analizar los mitos del amor romántico en adolescentes y conocer la relación y el papel de variables sociodemográficas (sexo, edad, pareja, religiosidad, pornografía y sexismo ambivalente) provenientes de la socialización. Para ello tomó una muestra de 1840 estudiantes de tercer y cuarto años de la Educación Secundaria a quienes se aplicaron encuestas y

cuestionarios, como la Escala de Mitos hacia el Amor, la Escala de Detección de Sexismo en Adolescentes, y preguntas sociodemográficas, relacionadas con el consumo de pornografía, y religiosidad. El estudio encontró que más de la mitad de la muestra adhería al mito de la pasión eterna, y más de la tercera parte estaba de acuerdo con los mitos de la media naranja y de la omnipotencia. Las mujeres adherían más a la afirmación de que el amor es ciego y a la creencia de que la pasión inicial debería durar siempre. En cambio los varones adherían mayormente a la afirmación de que los celos son una prueba de amor, que se puede amar a quien se maltrata y que se puede maltratar a quien se ama. Los varones puntuaron más alto en la dimensión Vinculación amor-maltrato. Esto parece indicar que los mitos sobre el amor romantizan conductas de control y que enmascaran violencia. Tener pareja parece influir en la mayor aceptación de algunos de estos mitos como el de la media naranja, la pasión eterna y los celos, seguramente porque justifican o coinciden con su propia situación de pareja. Se encontró que las personas más religiosas aceptan más los mitos de Idealización del amor. El consumo de pornografía puntúa más alto en la dimensión Vinculación amor-maltrato, y acepta más los mitos de los celos y de la ambivalencia.

Son importantes también las investigaciones que tomaron la población femenina en particular. Una investigación cualitativa realizada en Texas, Estados Unidos (Watson et al., 2017), exploró las relaciones románticas en 14 mujeres entre 64 y 77 años de edad para comprender el significado e importancia del sexo en la vida madura. En las entrevistas semi-estructuradas, el total de las mujeres reportaron sentirse como seres sexuales, algunas en toda su vida adulta y otras en particular en su relación actual. Ninguna tuvo la percepción de que el envejecimiento tuviera un impacto negativo en su sexualidad. Sin embargo, todas las participantes crecieron con la creencia de que el sexo era patrimonio del matrimonio exclusivamente, aunque para muchas de ellas esta filosofía se fue modificando a lo largo del tiempo. De todas maneras, aún cuando las mujeres reportaran relaciones sexuales placenteras, algunas de ellas manifestaron que el sexo no era tan importante en esta etapa de la vida como en etapas anteriores, ya que no presentaban ni la urgencia ni la necesidad de su juventud. No obstante, el sexo fue visto como una forma de intimidad, una cercanía que diferenciaba la relación de pareja de otras relaciones de amistad y familiares.

En la misma línea, otro estudio de corte cualitativo llevado a cabo en Valparaíso, Chile (Ramos Pinilla et al., 2018) se enfocó en describir los significados que las mujeres mayores le atribuyen a la sexualidad. El estudio organizó entrevistas semi-estructuradas a 6 mujeres entre 64

y 76 años que participan en actividades de la Oficina Comunal del Adulto Mayor de Valparaíso y encontró que las mujeres le otorgan un papel secundario a la sexualidad, lo que da cuenta de haber tenido experiencias poco placenteras vinculadas a la violencia en la pareja. Además, sus vivencias dejan entrever los roles tradicionales de género, con lo que la sexualidad cumple las funciones de reproducción y crianza. A pesar de ello, con el paso del tiempo estas mujeres han logrado vivir su sexualidad con mayor libertad, conocimiento de su cuerpo y capacidad de exploración. Actualmente la sexualidad es vivenciada de manera más espiritual y afectiva que coital. Las relaciones de cuidado y los vínculos afectivos familiares tienen prioridad por sobre las relaciones de pareja.

La contracara de las relaciones de pareja son la soltería y la soledad. Son abundantes las investigaciones vinculadas a la soledad en adultos mayores, en especial relacionado con la viudez, la soledad social y el aislamiento social. Sin embargo, no son tan abundantes las investigaciones enfocadas a la soledad y la soltería en mujeres de mediana edad.

Ciertas investigaciones analizaron la prospectiva de las mujeres a tener pareja luego de la viudez. Un estudio cuantitativo llevado a cabo por la Universidad de Michigan, Estados Unidos (Moorman et al., 2006) relevó 3617 viudas entre 28 y 95 años, de las cuales el 81% eran mayores de 60 años. El estudio encontró que la mayoría de las viudas permanecía sola, y que este índice era mayor a medida que aumentaba el factor de la edad, a la vez que disminuía el factor de felicidad en este mismo grupo. En tanto que el grupo de mujeres que volvían a formar pareja variaban en edad entre 40 y 97 años, siendo 73% mayores de 60. De este grupo, aquellas que tenían pareja masculina presentaban mayores niveles de ansiedad-rasgo. Aquellas que estaban interesadas en formar un nuevo matrimonio eran más jóvenes pero menos felices que las otras viudas. Las viudas que habían contraído nuevo matrimonio presentaban menores niveles de depresión, menor preocupación por temas financieros y eran más jóvenes y con mejores ingresos que las viudas que no se habían casado nuevamente. El hecho de que las mujeres más jóvenes fueran más propensas a querer contraer nuevas nupcias puede deberse a cierta presión social en hacerlo, con el fin de evitar etiquetas como “poco confiable” o “demasiado independiente” que suelen aplicarse a los adultos solteros. En cambio, las mujeres mayores podrían sentir una presión en sentido contrario, por la cual permanecer soltero evita etiquetas de sexualidad inmodesta o de cazadora de maridos ajenos. En este sentido, el estudio encontró que cuanto más feliz era una mujer, menos interés en casarse de nuevo tenía.

En España López Doblas et al. (2014) realizaron un estudio cualitativo desde la perspectiva sociológica para indagar en las actitudes de personas mayores viudas en relación a formar otra pareja. En 8 grupos de discusión con un total de 68 mujeres encontraron que las viudas presentan poco interés en volver a formar pareja. Entre los motivos, algunas expresaron este rechazo por lealtad hacia su primer marido, en especial en los casos en que éste había sido su única pareja en la vida. Otro argumento está basado en prejuicios, como ver poco apropiado el formar pareja a avanzada edad, o tener miedo a la crítica social o familiar. Otras manifestaban no querer formar pareja con alguien mayor que ellas, lo cual también tiene asiento en prejuicios sociales que indican que lo adecuado es que el hombre sea mayor que la mujer. En tanto ciertas mujeres deseaban mantener su independencia y autonomía. Esto estaría relacionado con las expectativas de roles. Las viudas tienen la idea de que los hombres buscan pareja como estrategia para que los atiendan y cuiden, lo que les plantea a ellas una obligación que ya no desean asumir, dado que lo ven como un intercambio desigual. Muchas mujeres, además, no sienten necesidad de compañía masculina, ya que la compañía necesaria la encuentran en la familia, vecinas o amigas, en especial aquellas que son autosuficientes.

En relación a la ausencia de pareja sentimental en mujeres entre 30 y 40 años, Gomez Cervantes (2018) llevó a cabo una investigación cualitativa en México como parte de su tesis doctoral. Se realizó una intervención fenomenológica a 5 mujeres de mediana edad sin relaciones amorosas estables, bajo condiciones terapéuticas para el cambio de Carl Rogers, apuntando a comprender las vivencias de las participantes. exploró los efectos en la salud emocional de la falta de pareja estable. Se encontró que el no tener una pareja estable se relaciona con salud negativa, en especial emociones de baja autoestima, depresión, culpa, rechazo, victimismo, miedo y abandono; un rechazo interno, desaprobación y miedo a estar sin pareja sentimental llamado anuptafobia, codependencia en sus relaciones amorosas. Estas mujeres no disfrutaban plenamente de estar solas y reconocen que desean tener una pareja estable.

Otro estudio más reciente, de corte cualitativo con 50 personas de mediana edad, llevado a cabo en Mar del Plata y Mar de Ajó, Buenos Aires, Argentina (Soliveréz et al., 2018), apuntó a analizar las narrativas sobre los cambios percibidos en la relación de pareja en la mediana edad. Las respuestas en las entrevistas semi-dirigidas coinciden con la teoría de amor propuesta por Sternberg. Así, los puntos críticos coinciden con las etapas evolutivas que esté atravesando la pareja, como el nacimiento de los hijos, divorcio, una nueva pareja, cambios individuales en alguno de los miembros de la pareja, cambios en la sexualidad o cambios en alguno de los

componentes del amor. Las conclusiones revelan a la pareja como uno de los mayores generadores de satisfacción cuando se genera el encuentro, se puede sostener un proyecto personal a la par de uno compartido, a partir de lo cual se incrementan el compromiso, la confianza y el consenso. La mayoría de las narraciones apuntan a la consolidación de la pareja y reportan cambios positivos, en contraposición con otros estudios que manifiestan que existe un menor grado de satisfacción en esta etapa vital.

Una investigación cuantitativa en Arequipa, Perú (Nuñez Cohello, 2018), con 296 personas en parejas con un promedio de 13-24 años de convivencia y edades hasta 68 años, aplicó la Escala de Satisfacción marital de Pick y Andrade y la Escala Triangular del Amor de Sternberg para vincular los componentes del amor con la satisfacción conyugal, encontrando una correlación positiva entre ambas variables. Las personas presentaron niveles intermedios de satisfacción conyugal, y en particular las más satisfechas resultaron las mujeres. Se especula que la inserción laboral de las mujeres, de manera que las tareas domésticas se ven más repartidas, puede influir en estos resultados. El elemento de compromiso de la escala triangular es la que revela niveles más elevados, seguido por intimidad y por último pasión. Se concluyó que a mayores niveles de intimidad, compromiso y pasión, mayor satisfacción marital. Y por otro lado, cuidar estos tres elementos en la pareja repercutirá en la felicidad de la pareja. Las relaciones esperan satisfacción a partir del interés que manifiesta el cónyuge para desarrollar intimidad y compromiso. Es necesario tener experiencias afectivas y emocionales satisfactorias para dar lugar a la pasión.

En relación a la satisfacción vital, se realizó un estudio cuantitativo en Arica, Chile sobre los factores asociados a la satisfacción vital en adultos mayores (Ramírez Pérez y Lee Maturana, 2012) para validar el Cuestionario SWLS de Satisfacción vital, para lo cual se les aplicó el instrumento a 122 personas entre 60 y 82 años y se realizaron entrevistas a 36 parejas para efectuar comparaciones de media en la medición. Se encontró que los hombres presentan satisfacción con la vida levemente mayor que las mujeres y lo mismo sucede con las personas casadas respecto de las viudas. Además, la satisfacción con la vida correlaciona mayormente con la situación de vivienda en primer lugar, seguido por el ingreso familiar, situación de hogar y enfermedad crónica, e importancia de la religión en la vida. En los hombres la variable de ingresos económicos correlaciona positivamente con la satisfacción vital. En las mujeres, las variables sociodemográficas que correlacionan de manera positiva con la satisfacción vital está la Actividad Laboral, es decir las mujeres con trabajo remunerado están más satisfechas con su

vida, así como lo están las mujeres que viven en un núcleo familiar con pareja y/o hijos. Esto podría relacionarse con la división de roles en el hogar. El estudio además revela que ambos miembros de una pareja tienen niveles de satisfacción similares.

Otro estudio de corte cuantitativo llevado a cabo en España con 110 personas entre 50 y 60 años (Prieto Frades, 2015), vinculó la etapa de la crisis de mitad de la vida con la satisfacción vital. Aplicó la Escala de Satisfacción con la vida SWLS de Diener y la Escala para la Evaluación de la Soledad Social y Emocional en adultos, así como la Escala de Actitudes Temporales de Nuttin para evaluar la actitud hacia el pasado, presente y futuro. El estudio encontró una correlación positiva entre satisfacción vital y nivel socioeconómico. Existe una relación negativa entre satisfacción vital y soledad subjetiva (familiar, romántica y social). Este estudio estableció que no existen diferencias significativas en cuanto a género o estado civil en satisfacción vital.

Marco Teórico

Mediana edad y vejez en mujeres

Conceptualmente, la mediana edad incluye a las personas entre los 40 y los 60-70 años (Iacub y Sabatini, 2001), en tanto las personas mayores de 60 años se clasifican en la etapa de la vejez. Para la etapa de la vejez el término más utilizado por organismos internacionales es el de personas o adultos mayores, para referirse a aquellos que superan los sesenta años de edad y pertenecen a un grupo poblacional en aumento en todo el mundo (Tisnés y Salazar-Acosta, 2016).

El estudio de estos grupos etarios ha cobrado relevancia en el siglo XXI debido al envejecimiento poblacional mundial. Según la Organización Mundial de la Salud, se prevé que entre 2015 y 2050 esta población se duplique, pasando del 12% al 22% (OMS, 2002). Para tomar datos locales, en la Argentina esta población representaba el 14,3% en el año 2012 (INDEC, 2012). Este ascenso marcado se observa desde 2010 tanto en la población de mayores de 50 como la de 60 años, señalando además un envejecimiento femenino más pronunciado que el masculino. Además, el porcentaje de mujeres mayores de 80 y más se ha triplicado entre 1970 y 2010 (Tisnés y Salazar-Acosta, 2016).

Debido a las estadísticas mencionadas, en la actualidad organismos como la Organización Mundial de la Salud (2015) impulsan modelos de estudio del envejecimiento como proceso y de la vejez como etapa, de la mano de los conceptos de envejecimiento activo y envejecimiento saludable cuyo eje es la calidad de vida y la funcionalidad de los adultos mayores.

El cambio demográfico, además, trae aparejadas transformaciones en todos los ámbitos sociales y pese a los desafíos que esto implica, pone de relieve que las personas viven cada vez más. La pregunta relevante es cómo se viven esos años. Así surge la necesidad de poner el foco en la calidad de vida de las personas mayores, es decir en aspectos como su rol o identidad, relaciones, la posibilidad de disfrutar, la autonomía, seguridad y potencial de crecimiento personal (OMS, 2015, p. 32).

Desde una perspectiva de curso de vida, el envejecimiento humano se considera un proceso de heterogéneo, que se da en simultaneidad con el desarrollo durante toda la vida, con influencias que modelan las trayectorias y las transiciones en el curso vital vinculadas con la noción de edad, contexto e historia. Esto implica un modo de construir identidad socialmente, donde definir una edad significa imponer normas acerca de lo que significa tener “cierta edad”, lo que se presenta culturalmente mediante el discurso hegemónico y opera como una forma de control social, con características propias de la modernidad de principios del siglo XX, donde la estandarización de la edad y la búsqueda de clasificaciones de los distintos grupos etarios permitía distinguirlos según el tipo de ropa, conductas, funciones y roles esperables según cada estadio, además de una serie de valoraciones positivas y negativas asociadas. (Iacub y Sabatini, 2001).

Sin embargo, el siglo XXI, la era posmoderna, trae un proceso de des-institucionalización por el cual la edad, y también el género, ya no definen roles y comportamientos con la misma fuerza. Ciertos mandatos sociales de la modernidad se convierten en opciones alternas, en “una cultura de lo limitado y de lo móvil” (Iacub y Sabatini, 2001) y se parte de una perspectiva que comprende que las conductas, imagen, roles y funciones estarían influenciadas por el contexto cultural e histórico que comparten, con experiencias y vivencias que los afectarán de manera distintiva (Feixa, 1996; Majón-Valpuesta et al., 2016).

Así, tanto la mediana edad como la vejez se presentan como un continuo con ciertos rasgos comunes en relación a procesos tradicionalmente asociados en nuestra cultura a la vejez.

La delimitación etaria de estas etapas que presentan continuidad depende de las reglas sociales y de variables sociales, económicas y culturales. Neugarten (1999, citado en Iacub y Sabatini, 2001) propone definir la mediana edad a partir de contextos de significación en lugar de la edad cronológica, dada la variabilidad cronológica en la que se producen.

En Estados Unidos y Europa surge un término para señalar al boom demográfico ocurrido entre 1944 y 1965, razón por la cual la generación de estas personas se denomina “Baby Boomer”. Esta generación actualmente se encuentra próxima a o entrando en la etapa de jubilación laboral, por lo que el análisis de este grupo resulta importante para comprender el proceso de envejecimiento (Majón-Valpuesta et al., 2016), particularmente desde lo socioeconómico. Una investigación llevada a cabo en Argentina por Ipsos (2020), empresa dedicada a la investigación de mercado, sostiene que la población entre 55 y 75 años representa el 19% de la población argentina y sufre una triple descalificación: son catalogados como viejos obsoletos respecto a las nuevas tecnologías; son considerados una carga impositiva por el Estado y las marcas y publicidad los consideran desactualizados, que no consumen ni gastan. Sin embargo, la autopercepción de esta generación es diferente. Según el estudio, son el resultado de una crianza de modelo tradicional, basada en roles y responsabilidades en las cuales el hombre es el principal proveedor y protector del hogar, y la mujer respeta el mandato social de casarse y tener hijos, cuya responsabilidad es el cuidado del hogar y los hijos, y el trabajo es solo un ingreso extra. Sin embargo, son producto de un cambio de paradigma en el mercado laboral y el surgimiento del feminismo. Los ejes de la vida de estos adultos mayores son libertad, deseo y dinero. De hecho, se considera que en el mundo han acumulado 11 veces más dinero que la llamada generación Millennial o Y, de los nacidos entre 1982 y 1995.

Por otro lado, el enfoque de curso de vida (enfoque metodológico y teórico que se nutre de aportes de sociología, historia, psicología y demografía) busca reconocer y medir los efectos de la biografía personal junto con la dimensión sociohistórica de las personas combinando fuentes de información cuantitativa y cualitativa de investigación. Este enfoque cobró auge a partir de la década de los noventa. Entre los conceptos clave, se encuentra la transición hacia la ancianidad, donde se abordan temas como la adaptación a nuevas situaciones en el curso de vida, la relación entre abuelos y nietos y los intercambios intergeneracionales o la identidad en las etapas finales de la vida. En América Latina se agrega el cuidado de los adultos mayores y la salud (Blanco, 2011). Este enfoque sugiere la importancia del estudio de trayectorias y

transiciones vitales para la salud pública, lo que implica una mirada más amplia y abarcativa, que a la vez contempla las diferencias socioculturales en que se manifiesta el curso de vida.

Lo que tienen estas posturas en común es considerar que existen maneras heterogéneas y desiguales de envejecer, por eso parece más oportuno hablar de vejeces en plural, para dar cuenta de la multiplicidad de condicionantes de la desigualdad y la complejidad de los problemas que atraviesan las personas mayores, y donde formen parte del análisis las mujeres como colectivo social, la comunidad LGTB, migrantes, minorías étnicas, etc. (Manes et al., 2020).

Por lo tanto, tener en cuenta las diferencias de género es importante, como apunta la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 2018):

Los roles de hombres y mujeres no han sido igual a lo largo del ciclo vital de los individuos y tampoco del ciclo familiar, y estas trayectorias muchas veces se acentúan en la vejez o cambian dadas las transformaciones que se advierten no solo en la estructura de los hogares, sino también de la sociedad. (p. 64)

Considerada como una etapa del ciclo vital, la trayectoria de la vejez implica ciertas diferencias respecto de las etapas vitales anteriores, que incluyen cambios físicos y fisiológicos, psicológicos y cognitivos, psicomotores y socioafectivos (González Bernal y de la Fuente Anuncibay, 2014), con frecuencia asociados a enfermedad, deterioro y decadencia, que contribuyen a generar representaciones negativas sobre la vejez, conocidas como “viejismo” (Martínez et al., s. f.).

Entre los cambios que experimentan las personas al llegar a los 60 y 65 años está la jubilación, y para muchos, el abuelazgo. Además, suelen experimentar pérdidas de sus coetáneos más cercanos, entre ellos amigos y/o pareja, o la necesidad de convertirse en cuidador, así como la independización de los hijos (Sánchez Vera y Bote Díaz, 2007). Es necesario considerar que un 21% de mayores de 65 años en nuestro país viven en hogares de una o dos personas, y un 39% de personas que viven en hogares unipersonales son mayores de 65 años. Esto significa que aparecen situaciones como soledad, vulnerabilidad social y falta de atención (Tisnés y Salazar-Acosta, 2016).

Sin embargo, desde la intención de visibilizar las vejeces, encontramos que “la edad no es una categoría suficiente para englobar a las personas mayores como un colectivo único con pretensión de universalidad y validez para todos los contextos” (Manes et al., 2020). Una postura

desde la gerontología decolonial como la planteada por las autoras Manes, Garmendia y Danel (2020) permite pensar las vejeces desde la noción de extrañamiento. Las autoras plantean que no es una cuestión de definir la edad a partir de la cual se es viejo, sino que dados los prejuicios culturales viejistas, es necesario introducir el concepto de extrañamiento, que consiste en sentirse extraño en la propia tierra y el cual se intensifica con el envejecimiento. Los viejos no se reconocen ni quieren identificarse como viejos, y actúan según las imposiciones culturales de ocultar las muestras del paso del tiempo y el alejamiento del ideal de juventud y adultez. De esta manera, el viejo o la vieja siempre es el otro, y es el otro el que se asocia a la decrepitud y la dependencia.

En el caso de las mujeres, lo dicho anteriormente se observa más agudamente. En nuestro país, los planteos feministas tienen un área vacía en cuanto al abordaje de la vejez “que entiende a la edad como una dimensión central” donde se entrecruzan género, etnia y clasificación social desde la gerontología y las ideas del feminismo decolonial, deconstruido, más allá de la visión monolítica de la mujer producto de un discurso importado de otros contextos culturales (Manes et al., 2020).

Para la mujer existen, previo los 60 años, ciertos cambios que las someten a prejuicios y estereotipos, a los que se añade el periodo de climaterio o perimenopausia, donde se produce una reducción hormonal y que abarca signos previos y posteriores a la última menstruación llamada menopausia (Blasco, 2008). Esta transición comienza después de los 45 años y puede extenderse hasta alrededor de los 55 años, con una media para la menopausia en 51 años. El climaterio suele considerarse terminado a los 60 años (Melián, 2011). Todos estos cambios tienen connotaciones culturales y prejuicios que homologan la menopausia con el fin de una vida activa (Blasco, 2008), con potenciales consecuencias psicológicas para la mujer, en especial donde la identidad femenina se halla asimilada con la maternidad. Con frecuencia la mujer debe elaborar el duelo por la partida de los hijos, sumado a la pérdida de la capacidad reproductiva y los prejuicios asociados a la pérdida del atractivo femenino (Blasco, 2008).

Por otro lado, desde la perspectiva de envejecimiento saludable se plantea la necesidad de darle un nuevo rol a las personas mayores para que puedan ser partícipes activos de la sociedad (OMS, 2002) lo que lleva aparejada la deconstrucción de algunas representaciones sociales sobre la vejez de visión viejista o edadista. Tradicionalmente el rol de proveedores activos lo han ocupado los hombres, en tanto las mujeres mayores jefas de hogar ocupan menos de un 40%. Sin

embargo en países como Argentina, Bolivia y Brasil este porcentaje superaba el 40% , en 2000 y hoy es casi el 50%, en parte porque aportan el ingreso principal del hogar (CEPAL, 2018), lo que contribuye a romper con el estereotipo de persona mayor jubilada y pasiva.

El estudio de las Relaciones de Pareja y del Amor

Una pareja se puede definir como una dinámica relacional que adopta parámetros específicos dependiendo de la cultura donde se desenvuelve (Maureira Cid, 2011). Es un vínculo fuerte pero dúctil que implica instituciones, contratos, acuerdos, pactos, intereses, etc. y que una vez que se establece, sus dinámicas tienden a su conservación (Núñez et al., 2015). Se configura como una díada, en la cual intervienen el amor y la atracción sexual en primer término. En el amor se pueden distinguir elementos cognitivos, emocionales y pragmáticos. El componente cognitivo consiste en reconocer al otro con su identidad y necesidades particulares, lo que significa confirmar la existencia de esa persona. Valorar o apreciar las cualidades de esa persona es parte de este elemento cognitivo, que al comienzo de la relación tiende a que se resalten los aspectos positivos y se minimicen los negativos. El componente emocional presenta dos vertientes, la ternura y la pasión, y si bien la pasión intensa tiende a disminuir con el paso del tiempo, la ternura suele prevalecer, de manera que cuando el amor desaparece también lo hace la ternura para dar paso al aburrimiento o la irritación. Los componentes pragmáticos del amor son: el deseo, el sexo y la gestión de la convivencia. El deseo es el motor principal que provoca el acercamiento hacia el otro. El físico cumple un rol importante en la atracción amorosa. El sexo es la práctica más específica de una pareja, asociado a la obtención de placer y como consecuencia de él, aún cuando también puede practicarse individual o grupalmente. La gestión de la convivencia apunta a los mecanismos de colaboración y apoyo que se establecen en las áreas de responsabilidad de cada uno tanto doméstica como fuera del hogar (Campo y Linares, 2002).

Desde la perspectiva sistémica, la pareja puede ser considerada como un subsistema dentro del sistema familiar, como subsistema conyugal y como subsistema parental (Haley, 1980; Gimeno, 1999). Este sistema o subsistema adquiere características que exceden a la suma de las partes, y conforman un universo relacional cualitativamente distinto que la suma de los dos miembros, cuyos estilos, costumbres y reglas se reelaboran y generan un nuevo sistema con una organización y una mitología propias, cuyo principal rasgo es la circularidad, mediante la cual ambos miembros se regulan recíprocamente determinando que las conductas de uno afectan o influyen en el otro. Es por ello que la puntuación de secuencias interactivas es donde mejor se

observa la arbitrariedad, dado que una misma puntuación puede devenir en diálogo o en pelea (Campo y Linares, 2002). La pareja atraviesa varias crisis normativas a lo largo de su ciclo vital, lo que presenta oportunidades de redefinición o de quiebre. Por ejemplo, la convivencia suele plantear una crisis en torno al proceso de ajuste en la etapa de conformación de la pareja, que a veces se configura como un problema que pone en riesgo la continuidad del sistema. A su vez, la rigidez o difusión de las fronteras de la pareja pueden permear los relatos identitarios, llevando a sus miembros a una relación simbiótica, lo que borra la hace que la identidad individual quede invisibilizada en la identidad de la pareja (Fonseca Fonseca, 2021). Miermont (1993, citado en Fonseca Fonseca, 2021) sostiene que los procesos de individuación y de desarrollo de la autonomía pueden verse favorecidos o dificultados a partir de tres operadores temporo-espaciales, que son los *rituales* cuyos signos permiten formalizar la comunicación en el sistema de la pareja, los *mitos*, que según dicen Campo y Linares (2002) se construyen negociación implícita a partir de las narrativas personales de cada miembro de la pareja, y la *episteme*, que es el estado de conocimiento de sí mismo, los otros y el mundo en un momento dado (Fonseca Fonseca 2021). La flexibilidad de la pareja puede lograr la adaptación a distintas etapas evolutivas del ciclo vital, ya que será posible modificar su estructura en función de la situación (Campo y Linares 2002).

El buen funcionamiento de la pareja determina la calidad de la relación, que se define como el grado de intimidad, afecto y apoyo mutuo entre sus miembros. A mayor calidad percibida, mayor bienestar, satisfacción, compromiso y posibilidad de relaciones futuras más positivas (Martínez-Álvarez et al., 2014).

Una teoría muy difundida sobre tipologías de las relaciones amorosas es la de Lee (1977 y 1988, en López Sanchez, 2003), que propone tres estilos básicos de amar y tres secundarios. Los tres básicos son: a) *Storge* o amor apego, que incluye amistad, compromiso, afecto mutuo y comunicación. Requiere tiempo de convivencia y experiencia emocional positiva; b) *Eros* o amor pasional, cuyo rasgo esencial es el deseo y la atracción sexual; c) *Ludus* o amor lúdico, que busca el disfrute de la relación sin compromisos ni vinculación afectiva con la pareja sexual. Los tres tipos secundarios son: d) *Manía* o amor obsesivo es un tipo de amor posesivo y celoso, con temor a la pérdida y ansiedad por su ausencia, combina Eros y Ludus; e) *Pragma* o amor pragmático, en el que la relación es un contrato racional, combinación de Ludus y Storge; f) *Ágape* o amor desinteresado o altruista, en el que el compromiso con el otro es independiente de la reciprocidad de la relación, mezcla de Eros y Storge, donde hay un compromiso de

incondicionalidad y apasionamiento. En este modelo, la combinación de estas tipologías da lugar a relaciones más compatibles o más conflictivas.

A partir de estos aportes teóricos, autores como Hendrick y Hendrick (1986 en García Mendiola, 2019) desarrollaron escalas que miden la satisfacción en las relaciones de pareja y buscan saber si los estilos de amor pueden predecir la satisfacción, aunque no brindan una definición del amor.

El modelo explicativo más aceptado es el de Sternberg (Sternberg y Weis, 2006; López Sanchez, 2003; García Mendiola, 2019). Su Teoría Triangular del Amor o Teoría Triárquica plantea que hay tres componentes en la experiencia amorosa: a) el componente motivacional o energético, la *Pasión* (deseo, atracción y gozo del sexo), b) el componente emocional, la *Intimidad* (comunicación, comprensión y respeto, vivencia de unión, apoyo emocional, deseo de bienestar del otro) y c) el componente cognitivo, el *Compromiso* (decisión de amar, voluntad visible en conductas conciliatorias, compromisos personales y sociales tanto manifiestos o implícitos). Estos tres elementos pueden combinarse en siete formas de amor y son necesarios para experimentar apego y amor hacia la pareja (López Sanchez, 2003; García Mendiola, 2019; Villar et al., 2005). Sternberg plantea un modelo de amor ideal en que los tres componentes (pasión, intimidad y compromiso) por la persona amada se dan en alto grado. Así, hay siete modelos de relaciones amorosas: 1) el *Amor Pasional*, en el que predomina el componente de pasión, y que es la forma en que comienzan muchas parejas, en las que posteriormente se desarrollan distintos grados de intimidad y compromiso, y cuando no lo son, las relaciones suelen ser temporales; 2) *Amor Amigable*, donde hay intimidad, pero no compromiso ni pasión; 3) *Amor Formal o de compromiso*: cuyo componente casi exclusivo es el compromiso, la decisión de amarse y los comportamientos en común; 4) el *Amor Romántico*: donde hay pasión e intimidad sin compromiso; 5) el *Amor Apego o de compañero seguro*: hay intimidad y compromiso, sin pasión, con comunicación y seguridad en la relación, similar a una amistad; 6) *Amor Fatuo o carente de intimidad*: hay pasión y compromiso, pero sin intimidad; 7) *Amor Pleno*: en el que los tres componentes se dan de manera óptima, como un ideal del amor. Otro punto interesante es que Sternberg tiene en cuenta que estos estilos de amar pueden cambiar debido a la experiencia amorosa (López Sanchez, 2003). Además, a partir de la Teoría Triárquica del amor, Sternberg desarrolló una escala para evaluar la experiencia amorosa (Villar et al., 2005) ampliamente difundida en investigaciones.

Según se desprende de la Teoría Triárquica del amor, relación de pareja y relación romántica no serían sinónimos. Mientras que la relación de pareja es una dinámica relacional, para Sternberg, el amor romántico o la relación romántica es aquella que se sustenta en los componentes de intimidad y pasión (Maureira Cid, 2011). Otros autores añaden algunas características a la relación romántica: idealización y erotización del otro, deseo de intimidad y expectativa de futuro. Estudios realizados sobre adolescencia destacan que en esta etapa predomina el atractivo físico y se busca intimidad física sin compromiso. Además, definen una relación romántica saludable como poseedora de respeto, fidelidad, honestidad, confianza, buena comunicación, sin violencia, y le dan importancia a la imagen pública de la relación. Además, sostienen que no debe haber abuso ni engaño, conceptualizaciones que guardan parecido con las concepciones de los adultos (Rizo-Patrón Ostoja, 2015).

Estas últimas teorías lograron pasar al estudio del amor de la filosofía al ámbito de la ciencia (Maureira Cid, 2011). Es por ello que se hace necesario establecer la diferencia y la relación que existe entre amor y relación de pareja. Para algunos autores el amor es uno de los componentes de la relación de pareja o relación amorosa, aquel que “hace significativa y valiosa” la relación, es decir, le da sentido y valor a la relación (Núñez et al., 2015). Maureira Cid (2011) plantea que una relación de pareja tiene cuatro pilares: compromiso, intimidad, romance y amor. Los tres primeros son los componentes sociales, fundamentados en el lenguaje, y el amor sería el componente biológico, definido como “la necesidad fisiológica de una pareja exclusiva para la cópula, la reproducción y la crianza y cuya satisfacción genera placer”. En este sentido el amor podría clasificarse en dos tipos: amor romántico y amor materno, ambos con la misma finalidad y estructuras neurales en común, pero con la diferencia de la presencia del deseo sexual en el amor romántico. Este tipo de amor produce placer y se asocia al sistema de recompensa, igual al sistema asociado a la adicción a las drogas. Según Zeki (2007) hay estructuras cerebrales relacionadas con la experiencia amorosa, y además en la monogamia y la fidelidad. Este autor encontró, en varias especies animales incluida la humana, que estas se hallan asociadas a dos receptores de neuropéptidos, el de oxitocina en la amígdala medial en hembras y el receptor de vasopresina en el septum lateral en machos.

La antropóloga Mari Luz Esteban (2011), en cambio, sostiene que el amor es una forma de interactuar y vincularse que implica idealizar y erotizar al otro, el deseo de intimidad y de que la relación perdure. Es una interacción que involucra el cuerpo con sus sensaciones, percepciones, expresiones, actitudes, sentimientos, miradas y gestos que articulan pasado y

presente y se proyecta al futuro. El amor es, además, “una construcción cultural que se hace en un contexto geográfico, histórico y social determinado” de las emociones en general y del amor en particular, lo que ha traído en la cultura occidental un encumbramiento del amor romántico, de la relación amorosa o relación de pareja, incluso por encima de otras formas de amor, como el amor materno-filial.

Los tres componentes sociales de las relaciones de pareja no tienen características universales sino que adoptan las de la cultura donde se ponen en práctica. No obstante, en términos generales, el componente de Compromiso, según Yela (1997, citado en Maureira, 2011) involucra el interés y responsabilidad por la pareja, la decisión de mantenerlos a pesar de las dificultades que surjan a lo largo del tiempo y por ello tiende a aumentar a medida que la relación progresa. El componente de Intimidad refiere al apoyo afectivo, la posibilidad de conversaciones profundas, la confianza y seguridad que se siente con el otro, la construcción de preferencias comunes y la disposición a compartir, y también tiende a aumentar con el tiempo de la relación debido a la reciprocidad (Maureira Cid, 2011). Al respecto, algunos estudios coinciden en señalar que la confianza es condición indispensable para la perdurabilidad de la pareja, junto con el amor, y surge especialmente en narraciones vinculadas a las prácticas cotidianas de la relación. Y no es estática, sino que requiere confirmar y reafirmar, y es plausible de perder. Si la atracción surge al comienzo de la relación, la confianza se gesta y llega a ser el “cemento básico” de la relación a medida que se afianza, siendo a la vez una fuerza centrípeta y el resultado de la relación. La mentira y la traición, entre las cuales se encuentra la infidelidad, debilitan o destruyen la confianza, porque introducen un elemento de inseguridad y riesgo, poniendo en duda el valor y el sentido de la relación (Núñez et al., 2015) . El tercer componente, el Romance o Pasión Romántica según Yela, incluye aquellas conductas determinadas socioculturalmente para producir atracción y mantener la pareja en una relación, es decir, son “el conjunto de acciones que en una sociedad son conceptualizadas como demostrativas del interés de pareja que un individuo mantiene en referencia a otro”, e incluye actitudes como la idealización, la identificación de la pareja con el ideal romántico y especialmente la atracción personal y física, por lo que tiende a ser predominante en los inicios de la relación y tiende a disminuir debido a la convivencia, la reducción de la incertidumbre y los efectos de la habituación-saciación, la reducción del interés por lo novedoso y de la ley de ganancia-pérdida (Maureira Cid, 2011). Uno de los factores que juega un rol importante en ellas son las expectativas (Maureira-Cid, 2011; Rocha Narvaez et al., 2019).

Para Campo y Linares (2002) querer y sentirse querido no significa lo mismo para todos, y en el caso de una pareja tiene que base de un acuerdo. Los sentimientos que llevan a sentirse querido se remontan a experiencias y aprendizajes previos, en principio con la familia de origen, que es donde primero se vivencia el placer de dar y recibir afecto, pero también con otras figuras significativas, con quienes se ensayan diferentes expresiones de amor. De la misma manera van a influir las relaciones de pareja anteriores de cada persona, y en especial la valoración que se haga de ellas, condicionando expectativas respecto a una nueva relación. Esto apunta a los ingredientes básicos de toda interacción afectiva, que son las necesidades de fusión y de diferenciación. Las primeras experiencias infantiles de fusión, son experiencias “de entrega total al otro sin ningún tipo de peligro, de apego absoluto y de intensa nutrición relación”. Por otro lado, para ser un individuo autónomo es preciso ser reconocido como una persona con necesidades diferenciadas del otro, que deben ser satisfechas y características que lo hacen valioso. En la adultez ambas vivencias persisten y modelan en qué necesidad tendrá más peso en las expectativas sobre amar y ser amado. Para algunos, esto se traduce en el placer de la presencia del otro. La palabra clave en este caso es “Compartir”, que se traduce en conversar y comunicarse, lo que les aportan reconocimiento y valoración. En otros casos, sentirse amado es sentirse aceptado, tenido en cuenta en sus necesidades, y en este caso la palabra clave es “respetar”, y en donde no sienten ese respeto tienden a pensar que están tratando de dominarlos o controlarlos. Estas dos tendencias pueden llevar a malentendidos y a convertirse en un círculo vicioso donde se acentúa la inadecuación de las conductas mutuas. Por eso es importante el manejo de los límites dentro del sistema como hacia fuera del mismo. Cuando los límites del sistema son claros dan lugar a confianza y seguridad, lo que permite “desnudarse ante el otro, no sólo física sino también anímicamente”.

Castelló Blasco, (2005) sostiene que si estos rasgos aparecen de manera exagerada pueden derivar en dependencia emocional, que es una necesidad afectiva de magnitud que una persona siente por su pareja y que se manifiesta en sus distintas relaciones a través de demandas afectivas intensas. La persona experimenta pensamientos obsesivos en torno a la pareja y sentimientos de miedo y abandono, que dan lugar a relaciones de pareja desequilibradas. Los patrones de dependencia emocional están vinculados a un estilo de apego ansioso, de acuerdo a la teoría del apego de Bowlby (Castelló Blasco, 2000). En concordancia con estas afirmaciones, varios estudios señalan una relación entre apego y satisfacción con la pareja, el más paradigmático son los primeros trabajos de Hazan y Shaver (1987, citado en Guzmán y

Contreras, 2012) quienes encontraron que se reportaron vivencias amorosas más felices y estables en personas con un apego seguro, a pesar de los altibajos. En cambio, las personas con apego evitativo tendían a expresar que nunca se habían enamorado, a tener dificultades para comprometerse en la relación y a tener ideales bajos para el amor. Aquellas con apego ansioso reportaron mayor dependencia emocional y preocupación obsesiva. Estas suelen tener expectativas negativas respecto de la pareja, lo que resultaría en menor nivel de satisfacción.

El amor desde una perspectiva de género

La antropóloga Mari Luz Esteban toma las palabras de Jonásdóttir para hablar de lo que ella denomina Pensamiento Amoroso, que entiende las relaciones entre lo masculino y lo femenino desde una postura complementarista y dicotómica: “La forma de relación socio-sexual que domina actualmente es una en la que el poder del amor de las mujeres, entregado libremente, es explotado por los hombres”. Y se suma al término acuñado por Monique Wittig como “pensamiento heterosexual”, que define a la relación entre el hombre y la mujer como obligatoria y que modela todos los fenómenos subjetivos y que es la base del amor romántico (Esteban, 2011).

Desde una perspectiva de género, la manera de experimentar el amor romántico o pasional es diferente para hombres y mujeres debido a que la socialización es distinta para cada uno de ellos (Ferrer Perez y Bosch, 2013).

Las funciones asignadas y aprendidas en la sociedad tienen un basamento en el género. Se define el género como

“el conjunto de ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales que la sociedad por medio de sus prácticas culturales desarrolla partiendo de la diferencia anatómica entre mujeres y hombres, para simbolizar y construir socialmente lo que es considerado como propio de los hombres, es decir lo masculino, y qué es considerado propio de las mujeres, es decir, lo femenino” (Lamas, 2000 citado en Flores Fonseca, 2019, p.292).

Por lo general para la mujer en la cultura occidental el amor se configura como entrega, e incluso el mandato femenino es de un ser-para-otros, en el rol de cuidadora. Las niñas, adolescentes o mujeres muestran idealización del amor, además de que se espera de ellas una entrega incondicional a la relación, con autorrenuncia, sacrificio del yo a los deseos del otro e

identificación con el otro, lo que lleva a poner las necesidades y deseos del otro por encima de los propios como forma de cuidado del vínculo. Se orienta a la mujer hacia las emociones y la intimidad, pero también a la dependencia, mientras que el trabajo no se les inculca como prioritario e identitario. Esta dependencia podría llevarlas a considerarse completas y satisfechas únicamente cuando “pertenecen” a otro y también cuando asumen la maternidad. Estos rasgos componen lo que se llaman “*mandatos de género*”. Tradicionalmente, en el pasado la educación recibida por las mujeres apuntaba a desarrollar cualidades necesarias para cumplir sus roles de esposa y madre y componían un modelo de amor como el descrito anteriormente. Entre esas cualidades estaban: cuidar el aspecto físico y mantener la belleza y el atractivo sexual, capacidad de seducción, complacer y mantener la atención del hombre que a cambio satisfacía sus necesidades. Complementariamente, el modelo masculino favorecía la expresión de emociones como alegría u orgullo, pero no aquellas relacionadas con vulnerabilidad, como miedo o tristeza. El amor se les presentaba como algo que se dominaba o controlaba, opuesto al sentimiento arrollador del modelo femenino. La falta de amor en la vida de un hombre no se vinculaba a un fracaso personal, como para las mujeres (Ferrer Perez y Bosch, 2013).

A partir de esto, es posible afirmar que en el amor de pareja la dependencia es unilateral, cuya expresión y valor de los sentimientos es desigual. En la medida en que las mujeres actualmente se distancian de este estereotipo ideal, entra en juego la violencia “ejercida por el hombre que golpea, insulta, humilla o asesina a su pareja al percibir como ésta escapa a su control...”(Cobo, 2011 citado en Ferrer Perez y Bosch Fiol, 2013). Esto parece señalar que los patrones culturales condicionan la vivencia del amor, y las mujeres jóvenes parecen más vulnerables a las consecuencias negativas de estas relaciones, e incluso se encontró que las mujeres con relaciones de más de un año experimentaba mayores niveles de depresión y menores niveles de felicidad (Rizo-Patrón Ostoja, 2015). Quizá esta sea una razón para que en la cultura actual existan dudas sobre la forma y los contenidos del compromiso en la pareja y la libertad para construirlo (López Sanchez, 2003).

Otro punto que condiciona los tipos de relaciones de pareja son los roles en la dinámica de la pareja. Los roles con patrones de conducta, cogniciones y emociones que se despliegan en las relaciones sociales, y que son influidos por normas culturales, por los rasgos individuales también por los objetivos en común de los miembros de la pareja. Es frecuente la división del trabajo por sexos, si bien en cada cultura las tareas específicas recaen de modo diferente según cada cultura, debido principalmente a las asimetrías entre hombre y mujer. Hasta hace no

muchos años la división de roles se basaba en el rol del hombre como proveedor económico, administrador del dinero y jefe del hogar y el rol de la mujer como cuidadora de las personas del hogar y encargada de las tareas domésticas (Domínguez, 2015), en un tipo de relación complementaria rígida (Watzlawick et al., 1981). Si bien esta tendencia está cambiando, en Chile en el año 2007, por ejemplo, un 78,2% de mujeres dedicaba el tiempo al cuidado de las personas del hogar, mientras que sólo el 22,8% de los hombres lo hacían; y las tareas domésticas eran realizadas por mujeres en un 66,4% y un 33,6% por hombres, en tanto el trabajo remunerado era realizado por hombres en un 69% y en un 31% por mujeres (Domínguez, 2015). Si bien los patrones de funcionamiento familiar están transformando los roles en la pareja, con una creciente participación masculina en el ámbito doméstico y de crianza de los hijos, persisten ciertas resistencias al cambio por parte de los varones. La concepción de género tradicional de los varones está vinculada al ámbito sexual, donde el desempeño, la potencia reproductiva y el atractivo construyen la virilidad. Pero además, está vinculada a su rol de proveedor económico, y al ser trabajador. Este concepto parece implicar tener destreza, inteligencia, ingenio, responsabilidad, agresividad, etc. Pareciera que esto garantiza derechos, atenciones y autoridad en el esquema tradicional de pareja (Zazueta Luzanilla y Sandoval Godoy, 2013).

Algunos autores (Zazueta Luzanilla y Sandoval Godoy, 2013) sugieren incluir el conflicto en el análisis de las configuraciones de pareja. Este representa promesas de cambio, juegos de poder y de control entre los miembros de la pareja. Además, mujeres y hombres señalan diferentes puntos conflictivos dentro de la pareja, a saber: las mujeres suelen apuntar a la poca participación de los hombres en el hogar, en cómo se configura la pobreza y en la pobre comunicación emocional y afectiva. Los varones, en cambio, señalan las contradicciones de sus concepciones de género tradicionales y las condiciones económicas que obligan a las mujeres a salir a trabajar, cuando ellos creen que deberían ser responsables de la crianza de los hijos. Sin embargo, la pobreza, si bien es una desventaja, no es el conflicto mayor en la armonía conyugal. El conflicto suele incentivar la creatividad, la disposición al cambio y la posibilidad de establecer metas alcanzables entre los cónyuges, por lo que no necesariamente es algo negativo.

Es imprescindible considerar los aportes de la sociología, dado que las transformaciones socioculturales y económicas de los últimos años han impactado en los patrones de construcción de las parejas (Renzulli, 2013).

En sociología son conocidos los aportes de autores como Anthony Giddens, Zygmunt Bauman y otros, que se han dedicado al estudio del amor.

El amor romántico es una construcción sociocultural occidental asociada a la ideología patriarcal con implicancias en la organización social que se asienta en la división sexual de roles y en la familia nuclear tradicional. Este tipo de amor, según Anthony Giddens (1998) se establece a partir de una identificación proyectiva, es decir, las personas se desean como pareja, sienten atracción y luego se unen, creando un sentimiento de plenitud con el otro, alimentado por la idea de que las diferencias son complementarias. En este amor es posible conocer al otro por un sentido intuitivo, pero su continuidad dependería de la intimidad (Renzulli, 2013). Se considera el amor romántico como eterno, apasionado, mágico y monógamo (Giesecke, 2019).

En contraposición, en la posmodernidad surge un amor diferente al ideal del amor romántico, principalmente a partir de la emancipación sexual femenina, que Giddens denomina *amor confluyente*. Este es inseguro e incierto, en contrapartida con el romántico que promueve el “para siempre, solo y único”. El amor confluyente se fundamenta en sí mismo, según los individuos que lo construyen, y se asienta en igualdad entre dar y recibir emocionalmente así como reciprocidad sexual, no necesariamente monógamo y no necesariamente heterosexual. Perdura “hasta nuevo aviso”, en tanto sea satisfactoria para ambas partes (Renzulli, 2013). Esto significa considerar la relación de pareja como una relación más democrática.

Aún así, hablar de democracia en las relaciones humanas implica trabajar la noción de poder. El poder aparece como algo que ejerce presión desde afuera, que subordina o relega y que en ese sentido oprime la identidad y condiciona el autoconocimiento. Se vincula a los conceptos de control y dependencia, según los planteos de Foucault (2001, citado en Fonseca Fonseca, 2021). Por ello, en la relación entre pareja y democracia, el poder se constituye “como una expresión de autonomía en el ejercicio de las interacciones humanas”, en la que tiene gran incidencia “la interacción entre diferencias y equidad entre hombres y mujeres de distintas generaciones”, es decir, la igualdad de género. El otro punto nodal en la pareja es la convivencia en la cotidianeidad, lo que lleva a considerar como prioridad democrática las habilidades de negociación en las relaciones de pareja. (Fonseca Fonseca, 2021).

Por otro lado, Bauman (2005) sostiene que un signo del posmodernismo es el *amor líquido*, en el cual las relaciones son construcciones frágiles debido a la ausencia de estructuras e instituciones que brinden certezas. Los lazos sociales debilitados generar tensiones e

inseguridades. La construcción de las relaciones de parejas plantea algunos temores, como: ser una carga para la pareja, falta de libertad para lograr metas individuales e imposibilidad de tener relaciones románticas y/o sexuales con diferentes parejas.

A pesar de esto, en América Latina predomina el ideal del amor romántico (Giesecke, 2019). Este ideal es responsable de la idealización del amor y apunta principalmente a generar en las mujeres ciertos ideales como el matrimonio, que ocupa el lugar de demostración de amor. Es también el ideal que gesta la idea de la figura de príncipe azul, donde la mujer se proyecta como potenciada por el amor, capaz de entrega incondicional pero necesitada de protección (Flores Fonseca, 2019). El amor romántico fomenta otros mitos, definidos por Yela (2006, citado en Flores Fonseca, 2019) como “el conjunto de creencias socialmente compartidas sobre la supuesta naturaleza del amor”, que son ficticios, engañosos e irracionales. Entre ellos, se encuentran: a) *el mito de la media naranja*: sostenida en la idea de que cada uno tiene una pareja predestinada, un alma gemela con la que tiene una química única, como si fuera la otra mitad de la personalidad propia; b) *el mito de la exclusividad*: que plantea que no es posible amar a dos personas simultáneamente, relacionado con la fidelidad; c) *el mito de la fidelidad*: que impone que los deseos románticos y eróticos han de ser satisfechos con una sola persona, la propia pareja, en el amor verdadero, lo que plantea el tema de la posesión y la exclusividad, pero que adquiere mayor importancia para las mujeres; d) *el mito de la equivalencia o pasión eterna*: amalgama amor y enamoramiento, por lo tanto dejar de estar apasionado por alguien es dejar de amarlo; e) el mito de la omnipotencia: impone la idea de que “el amor lo puede todo”, cuando hay amor verdadero y que este es suficiente para sobreponerse a las dificultades; f) *el mito del matrimonio*: presupone que el amor conduce necesariamente al matrimonio, avalado desde la Iglesia Católica como un vínculo sagrado, donde la sexualidad queda reducida a fines reproductivos exclusivamente; etc. (Flores Fonseca, 2019); g) *el mito de los celos*: los celos son una prueba de amor y se fundamenta en la idea de amor como posesión; h) *el mito de la ambivalencia*: la violencia puede ser una muestra de amor, o que el amor es compatible con la violencia; i) *mito del amor omnipotente*: considera que cuando hay amor se puede superar cualquier obsáculo en la relación, y puede cambiar las conductas de la pareja. (Cerro Garrido y Vives Barceló, 2019).

Relaciones de Pareja en Adultos Mayores

La vejez exige asumir el cuerpo, la sexualidad, la vida y la muerte desde otra perspectiva (Saldarriaga Cantillo, 2021). Las transiciones más significativas a las cuales el adulto mayor tiene que adaptarse son la jubilación, la viudez y el rol del cuidador por problemas de salud de

uno de los cónyuges (Nina Estrella, 2013). Para poder enfrentar estos desafíos, muchos autores resaltan los beneficios de los vínculos emocionales, entre ellos una mejor salud física y mental, mejor situación económica, menores probabilidades de hábitos perjudiciales para la salud y sobre todo apoyo instrumental y emocional, lo que resulta en niveles más satisfactorios de bienestar psicológico (Villar et al., 2005). La soledad, en cambio, está asociada a depresiones endógenas y suicidio, trastornos psicosomáticos como úlceras pépticas y problemas respiratorios. Además es un factor predisponente para diabetes, arterioesclerosis y otros trastornos crónicos (Sánchez Vera y Bote Diaz, 2007).

Los vínculos emocionales se expresan en relaciones interpersonales, las que pueden definirse como asociaciones entre personas que perduran en el tiempo, basadas en emociones y sentimientos. Estos vínculos afectivos posibilitan el autorreconocimiento y la plenitud afectiva (Rocha Narvaez et al., 2019). Entre ellos, el primer vínculo de apoyo de la red suele ser la relación entre hermanos, en segundo lugar la relación de pareja y en tercer lugar los amigos en personas mayores sin hijos y la familia (hijos y pareja) en personas con hijos (Febbraio et al., 2019).

Los vínculos románticos en adultos mayores tradicionalmente han sido objeto de prejuicios del viejismo o edadismo en el pasado, y hacían que se considerara inadecuado mantener relaciones de amor y de sexo a partir de cierta edad. Sin embargo los cambios en las nociones de vejez y otros cambios sociales han flexibilizado estas posturas. El hecho de experimentar la vejez de manera más activa que antes ha permitido que se visibilicen este tipo de relaciones. La visión viejista representaba a los mayores como estáticos, representantes de la tradición y por ello aferrados a lo ya conseguido, recelosos de lo nuevo. Sin embargo, actualmente encabezan una reestructuración de la trama social que afecta a toda la sociedad, debido en parte a la posibilidad más patente de autonomía que hay actualmente (Sánchez Vera y Bote Diaz, 2007).

Uno de los tipos de relaciones de pareja en adultos mayores que ha sido ampliamente estudiada son las relaciones de larga duración (Arias y Polizzi, 2011), entendiéndose por esto parejas que han permanecido juntas veinte, treinta o más años (Nina Estrella, 2013). Estas parejas ya han atravesado la crianza y la independización de sus hijos y se encuentran solos, enfrentando además el cese laboral y un mayor tiempo libre disponible. Esto puede representar una oportunidad de redefinir la relación y pautar nuevos roles, dado que el bienestar del cónyuge

y la salud pasan a ser prioritarios para la calidad y satisfacción matrimonial y esto depende de las experiencias vividas a lo largo de la relación (Sánchez Vera y Bote Diaz, 2007). Nina Estrella (2014) sostiene que la estabilidad conyugal implica que ambos miembros de la pareja perciban que están con alguien que les gusta y que sientan que comparten criterios sobre aspectos significativos de la pareja, que se comprometan con la pareja y que predomine el buen humor entre ellos. El respeto mutuo, la fidelidad sexual, la confianza, una buena comunicación y el disfrute de actividades compartidas con la pareja, entre otros factores, determinan la buena convivencia y son indicadores de satisfacción marital. Además, tomando como referencia los tres componentes de la teoría triárquica, las parejas mayores presentarían mayores índices de compromiso y de intimidad que sus contrapartes más jóvenes, lo que implica que los componentes emocional y cognitivo irían aumentando durante los primeros años de pareja para mantenerse en niveles altos durante el resto de la relación. Algunos estudios revelan que el componente motivacional de la pasión sigue una trayectoria diferente a la inicialmente planteada por Sternberg, quien sostenía que la pasión era el componente principal al comienzo de la relación y luego disminuía significativamente. Según esos estudios la pasión crecería menos abruptamente al comienzo y luego desciende más levemente de lo esperado, llegando a cierta estabilidad.

Se han encontrado ciertas formas de vínculo menos convencionales, más aceptadas en la actualidad por la sociedad. Algunas necesidades no satisfechas pueden colmarse mediante una cohabitación no marital, como las de orden sexual, afectivo y de relación humana, tradicionalmente mejor aceptadas por los jóvenes y menos autopermisadas por los mayores (Sánchez Vera y Bote Diaz, 2007). Entre estas formas se encuentra la convivencia, el noviazgo, las relaciones sexuales casuales. Las relaciones de noviazgo, a diferencia de la convivencia, son vivenciadas en el tiempo libre de la pareja, son espacios generados para compartir lo que la pareja cree que les aporta disfrute y beneficia, y son espacios que requieren acuerdos para que armonicen necesidades e intereses individuales y mutuos (Blandón-Hincapié y López-Serna, 2016).

Actualmente, parece haber una actitud más positiva respecto al derecho al amor y la vida sexual de los adultos mayores, así como más cantidad de personas mayores sienten que es posible iniciar una nueva relación afectiva luego de la viudez (Cerquera Córdoba et al., 2012; Iacub, 2009), debido a los cambios socio-culturales respecto de la familia, la edad, el valor de la autonomía y la “nueva moral erótica”. Entre los motivos para formar nueva pareja se encuentra,

además de la soledad, la falta de lugar en la familia de los hijos adultos. Otro motivo es que la pareja brinda un tipo de comprensión que la familia no puede brindar. Sin embargo estas relaciones poseen la “estética del amor de viejos” que lo distingue del amor de los jóvenes. Tal estética está vinculada a la carencia, la dificultad y a expectativas menos idealizadas, con un componente inesperado, que sería el goce erótico (Iacub, 2009).

Soledad y soltería

Otra característica investigada en adultos mayores es la soledad, particularmente después de la viudez, el divorcio o la independización de los hijos. Al respecto, la socióloga estadounidense Marion Talbott desarrolló estudios en la década del noventa sobre actitudes de viudas de edad avanzada hacia los hombres y un segundo matrimonio. Los resultados obtenidos, denominados Postulados de Talbott, incluyen afirmaciones como estas: las viudas que se casaron más de una vez se muestran más interesadas en el segundo matrimonio; las mujeres que estuvieron en matrimonios largos, que están atravesando duelo o prestaron cuidados a su marido en los últimos tiempos de vida no se interesan en nuevas relaciones. Si sus matrimonios fueron satisfactorios están más interesadas en casarse de nuevo que quienes tuvieron malas experiencias y las mujeres con mayor grado de actividad muestran más deseo y atracción por los hombres. En términos generales, el 79% de las mujeres dijeron que no volverían a casarse, alegando escasez de hombres interesantes o la idealización del primer marido, lo que resalta como obstáculo para encontrar una persona que pueda adaptarse al modo de vida que tiene establecido (Sánchez Vera y Bote Diaz, 2007).

La problemática sobre la posibilidad de formar nueva pareja cobra relevancia en la temática femenina a partir de datos estadísticos. Por ejemplo, el porcentaje de mujeres viudas en América Latina es más de 30% contra un 17% de hombres viudos (excepto en Uruguay, donde iguala a las mujeres). En algunos países “la proporción de mujeres casadas o unidas comienza a aumentar levemente hasta llegar a superar en algunos casos el 40%”, y se observa un cambio en el patrón sociocultural que instaba a las mujeres a no formar nuevas relaciones de pareja, e incluso aparecen casos de mujeres que “se unen con hombres de menor edad” (Tisnés y Salazar-Acosta, 2016).

Esto conduce a tratar el papel de la soltería y la soledad en las mujeres de mediana edad en adelante. Estas mujeres provienen de un modelo de proyecto vital en el cual, si llegada determinada edad no lograba casarse y tener hijos, se les asignaba el valor simbólico de “vestir a

los Santos”, personas que son una carga para la familia y la sociedad, y cuya redención pasa por convertirse en cuidadora de familiares (Villarreal Montoya, 2008). A pesar del peso de esta tradición, la mujer ha realizado un cambio de actitud ante la relación de pareja, la individuación y la autonomía, y una mayor vivencia de libertad para vivir más allá del modelo de familia tradicional (Barragán, 2003). Así, aparece la soltería como una opción de vida, en la que las mujeres se sienten completas y con la libertad de poner sus necesidades en primer lugar y tomar decisiones independientes (Walters et al., 1996). Otra opción mencionada por estas autoras es la de adoptar la soltería como rebeldía al estilo de vida predeterminado, y es una postura que denuncia una tendencia cultural a considerar a las mujeres que deciden no casarse como reprimidas, frustradas, inestables o inadaptadas, son mujeres inconformes con las pautas preestablecidas y son capaces de enfrentar las críticas (Barragán, 2003 citada en Villarreal Montoya, 2008). Villarreal Montoya (2008) señala en su estudio que la libertad obtenida a partir de la soltería, es vivida por mujeres de mediana edad como soledad o como el precio a pagar por la falta de compañero. Valoran su libertad pero, al mismo tiempo, resienten el vacío de la soledad, y plantean la contradicción de que tendrían que renunciar a la libertad que disfrutaban para conseguir una pareja estable. Posiblemente, esta sensación provenga de vincular las funciones femeninas asignadas al rol de madre y esposa que les quitaría esa autonomía.

Satisfacción marital y satisfacción con la vida

En la literatura científica, para describir las relaciones de pareja, en especial los matrimonios, se utilizan conceptos como ajuste marital, satisfacción conyugal y felicidad marital (Acevedo et al., 2007).

El ajuste diádico es un concepto desarrollado por Spanier en 1976, y refiere a un proceso en el cual intervienen factores como las diferencias problemáticas entre los miembros de una pareja, tensiones, satisfacción, cohesión y consenso. Este ajuste aparece como esencial para la perdurabilidad de la pareja. La escala de ajuste diádico desarrollada por Spanier es la herramienta más usada para evaluar la armonía y la calidad de la pareja, e incluye aspectos como consenso, satisfacción, cohesión y expresión de afectos (Salmerón-Sánchez et al., 2016).

La satisfacción conyugal o marital puede definirse como la actitud que cada miembro tiene hacia la relación y hacia su pareja (Pick y Andrade, 1988 citado en Acevedo et al., 2007). La importancia de este constructo radica en su capacidad de predecir la felicidad global, el

bienestar psicológico y la salud física, además de que la satisfacción conyugal suele ayudar a mitigar situaciones estresantes (Domínguez, 2015).

Estudios diversos muestran que las personas casadas tienen mejores niveles de salud física, más comportamientos saludables, y menor número de hospitalizaciones, tiende a sufrir menos la soledad, hay menor grado de estrés, mortalidad temprana y suicidios que las personas no casadas. En particular, estos beneficios son notables en parejas bien ajustadas, dado que actúan como factor protector frente a eventos estresantes, que suelen afectar en mayor grado a las mujeres. Asimismo, suelen haber diferencias entre hombres y mujeres en relación a la satisfacción marital. Aquellos matrimonios en los que el marido es más infeliz que la esposa suele observarse riesgo de divorcio, mientras que no sucede lo mismo cuando las esposas son más infelices que sus maridos. Otro dato relevante es que las mujeres suelen mostrar niveles menores de satisfacción marital (Domínguez, 2015).

La satisfacción marital tiene particular importancia en el estudio de terapias de pareja. Algunos estudios señalan que no es atinado poner el foco del trabajo en la resolución de conflicto marital, sino que es esencial construir una actitud positiva de la pareja, de manera que los cambios puedan prolongarse. Esta línea de estudios ha buscado encontrar aquello que diferencia las parejas felices de las que no lo son. Así, Gottman y Silver (2006, citado en Acevedo et al., 2007) sostienen que las parejas que no son felices suelen tener mayor negatividad, lo que llaman “los cuatro jinetes del Apocalipsis: crítica, desprecio, actitud defensiva y actitud evasiva, donde se observan intentos fallidos de reparación, lectura negativa de los ‘subtextos’ de las interacciones”, entre otras cosas. Las parejas funcionales se suelen describir como felices suelen mostrar habilidades para la resolución de conflictos, donde se acepta la influencia mutua, cada uno se considera protagonista activo de la situación y no se visualiza la rabia como emoción peligrosa, todo lo cual contribuye a más efectividad en los intentos de reparación.

Florence Kaslow y otros investigadores (Kaslow y Hammersmichdt, 1992; Kaslow, Hansson y Lundblad, 1994, citados en Acevedo et al., 2007) realizaron encuestas a más de 1000 parejas en siete países sobre las razones que tienen las parejas para mantenerse juntos y presentar estabilidad a lo largo del tiempo. Se encontraron principalmente: considerar el matrimonio como un contrato de por vida, donde hay responsabilidad por la pareja y los hijos; tener las mismas creencias religiosas y la misma concepción del mundo, llevarse bien con la familia de origen y

amigos de la pareja; poder resolver crisis y problemas, confianza y respeto mutuos, capacidad para expresar amor, comunicación entre ambos miembros, preocupación por el otro y hacer tiempo para compartir juntos. Otros autores incluyen otras variables en la satisfacción marital, algunas de índole individual, como personalidad, estilo de apego, grado de diferenciación del self, género y sentido del humor, entre otras, variables inherentes a la relación, donde se agregan además de las mencionadas por Kasslow, sexualidad; variables contextuales como nivel educativo, económico-laboral, valores sociales, etc. y variables del ciclo vital, como el paso del tiempo, ya que algunos estudios muestran que la satisfacción sigue un desarrollo en U a lo largo de la vida (Lucarelli y Wittner, 2019).

En la mediana edad para las mujeres estar casada se vincula a una disminución de control percibido, lo que refleja una orientación tradicional del matrimonio. No obstante, las mujeres son más activas e involucradas en relaciones sociales, y aquellas que viven de manera independiente, o en pareja presentan mejor salud mental y física. El apoyo social y el compromiso familiar parecen indicar aumento de la satisfacción vital. En hombres no parecen tener efecto el estado civil o las relaciones sociales sobre la satisfacción vital (Bourque et al., 2005). En las mujeres de mediana edad, en especial divorciadas o solteras, a veces se observan sentimientos de frustración por no haber estudiado, no tener pareja, no tener relaciones amorosas satisfactorias o no tener trabajo remunerado. Así, pareciera ser que estar casada, tener hijos y trabajar fuera de la casa son fuentes de satisfacción vital, posiblemente porque le posibilita reconocimiento social, seguridad económica y equilibrio emocional (Prieto Frades, 2015).

El concepto de satisfacción conyugal se encuentra vinculado al concepto más amplio de bienestar subjetivo y otros términos como calidad de vida, satisfacción vital, bienestar social, a su vez todos vinculados con el concepto de la felicidad. A pesar de las diferencias conceptuales, por consenso estos términos acuerdan en que el bienestar tiene una dimensión subjetiva, compuesto por una faceta afectivo-emocional y una faceta cognitiva valorativa, relacionada a la evaluación de satisfacción de la propia vida. Así, el bienestar subjetivo puede conceptualizarse como aquello que las personas piensan y sienten sobre su propia vida y a las conclusiones cognitivo-afectivas a las que arriban al evaluar su ciclo vital. Cuando el bienestar posee más emociones agradables que desagradables y están más satisfechos con sus vidas se denomina “felicidad” (Diener, 2000, citado en Cuadra y Florenzano, 2003). Este concepto subraya el valor central de la auto-evaluación de la persona hacia su vida.

Parece haber una correlación entre felicidad y relaciones afectivas, especialmente entre matrimonio y felicidad, como sugiere el estudio de Myers (2000, citado en Cuadra y Florenzano, 2003) que encontró que los casados presentaban mayor nivel de felicidad que solteros, divorciados y separados.

Existen dos tradiciones en el estudio del bienestar, la “Hedónica”, línea que estudia mayormente el bienestar subjetivo y la tradición “Eudamónica, línea que aborda el bienestar psicológico. La tradición eudamónica diferencia felicidad de bienestar e incluye la realización del potencial individual (Ramírez Pérez y Lee Maturana, 2012).

El bienestar subjetivo se define como “la evaluación que realiza una persona sobre su situación en un momento dado” (Ramírez Pérez y Lee Maturana, 2012) y tiene dos componentes: un aspecto cognitivo y un aspecto afectivo-emocional . El aspecto cognitivo del bienestar subjetivo se denomina satisfacción con la vida (Veenhoven, 1994, citado en Ramírez Pérez y Lee Maturana, 2012) y está relacionado con la valoración global de satisfacción. Es decir, es resultado de cómo la persona interpreta los resultados en distintos dominios de su vida, qué tan satisfecho se encuentra con su vida. El aspecto afectivo-emocional del bienestar subjetivo incluye las reacciones emocionales, ya sea de alegría, como de tristeza o enojo, englobando tanto emociones positivas como negativas de una persona en un momento determinado (Diener et al., 1999). Hay autores que consideran la satisfacción con la vida como el componente fundamental del bienestar, resultado de la transacción de la persona con su entorno. Así, el bienestar subjetivo es parte de la salud de las personas, manifestado en todas las áreas de su actividad. Se considera además un componente central en el desarrollo personal, que incluye sentido de la vida, autonomía, relaciones interpersonales y control percibido sobre el contexto vital (Prieto Frades, 2015)

La satisfacción vital refleja una perspectiva a largo plazo que incluye una comparación con expectativas previas del sujeto, por lo que es un aspecto central en personas mayores de sesenta años (Murillo Muñoz y Molero Alonso, 2012; Ramírez Pérez y Lee Maturana, 2012). De igual manera, la mediana edad también es un momento en que la persona se replantea el sentido de la vida y se revisan los valores, evaluando aspectos como la percepción de la salud, la el proyecto de vida, la relación de pareja y donde inciden el grado de autoestima y el condicionamiento de género (Alonso González et al., 2004).

Por último, la satisfacción con la vida parece guardar relación con el concepto de soledad subjetiva. Hay autores que la vinculan la soledad a la calidad de vida y la satisfacción. En España, parece ser el segundo temor en la vejez, luego de la enfermedad. Pueden distinguirse dos tipos de vivencias de soledad: la soledad social y la soledad emocional o subjetiva. La soledad social plantea una vivencia de carencia en las relaciones sociales, por ejemplo amigos y familiares. Los adultos de mediana edad pueden percibir esta sensación de soledad al atravesar el síndrome de nido vacío o falta de amistades, por ejemplo. La soledad emocional o subjetiva implica sentimientos de abandono o vacío por ausencia de relaciones interpersonales cercanas, y parece ser más frecuente en mujeres, viudas y enfermos crónicos. Este tipo de soledad parece ser más resistente al cambio que la soledad social, la cual puede mitigarse con habilidades sociales y es uno de los predictores más firmes de baja satisfacción vital y ausencia de felicidad (Prieto Frades, 2015).

Método

El presente Trabajo Final Integrador tiene como objetivo describir las diferentes actitudes hacia las relaciones de pareja y los factores que influyen en la percepción de satisfacción vital en mujeres mayores de cincuenta y cinco años.

Diseño de Estudio

Para llevar adelante la investigación se trabajó con un diseño no experimental, transversal, ya que se realizó una recolección única de datos en un momento del tiempo, de tipo cualitativo de estudio de caso, que permite desarrollar una comprensión profunda e integral sobre un tema o fenómeno, a partir de las descripciones de casos vinculados con una pregunta de investigación. La estrategia elegida es la de entrevista semiestructurada, basada en una guía de preguntas flexibles, adaptables a los participantes, y que permite al entrevistador introducir algunas adicionales según considere necesarias para obtener una información más completa (Hernandez Sampieri et al., 2014).

Muestra

Se seleccionó una muestra no probabilística, conformada por 10 mujeres voluntarias, cinco de mediana edad entre 57 y 60 años y seis adultas mayores, entre 61 y 85 años, de la ciudad de Buenos Aires y la provincia de Buenos Aires. Se incluyeron mujeres de cualquier

estado civil, que se encuentren en pareja en primeras nupcias o posteriores, quienes hayan formado pareja después de los cincuenta y cinco años, quienes se encuentren en noviazgo sin convivencia o que se encuentren solas actualmente.

No fueron incluidos en este estudio hombres, mujeres que no hubieran convivido con alguna pareja en algún momento de sus vidas y mujeres que fueran menores de 55 años.

Instrumentos

Se realizaron 10 entrevistas semi-estructuradas, que son interacciones basadas en una guía de preguntas flexibles, adaptables a los participantes, y que permite al entrevistador introducir algunas adicionales según considere necesarias para obtener una información más completa (Hernandez Sampieri et al., 2014). Las preguntas apuntan a indagar sobre las experiencias de pareja que han tenido las mujeres, los factores que perciben como más importantes para elegir y sostener pareja y los elementos que dieran indicio de la satisfacción que tienen con su vida y/o sus parejas.

Procedimiento

Para administrar el instrumento a la muestra seleccionada, se acudió a participantes voluntarios por autoselección, es decir, que son participantes que responden a una invitación. También se recurrió al muestreo en cadena o bola de nieve, ya que a algunos participantes se les solicitó sugerir candidatos similares (Hernandez Sampieri et al., 2014).

Luego se procedió a concertar una entrevista presencial o remota mediante las plataformas Zoom cuya duración promedio fue de una hora reloj. Se entregó el consentimiento informado a los participantes para que autoricen a realizar la investigación mediante firma, a quienes fueron entrevistados personalmente y se envió el consentimiento mediante formulario google a quienes realizaron la entrevista de manera remota. Finalmente se tomaron las entrevistas de forma individual para que la experiencia resulte más enriquecedora, en una única sesión. El análisis de datos se realizó a partir de la formación de categorías y subcategorías.

Resultados

Se entrevistaron 10 mujeres, cuatro tienen entre 57 y 59 años y las otras seis, entre 60 y 82 años. Ocho de ellas se encuentran jubiladas o retiradas, aunque dos ellas se encuentran realizando una nueva profesión, y las dos restantes se encuentran en actividad laboral. Tres mujeres fueron docentes y siete tienen nivel educativo universitario o terciario no docente. Sólo una de ellas ha sido mayormente ama de casa. Todas tienen sus propios ingresos.

En la Tabla 1 se muestran los datos sociodemográficos más relevantes sobre las entrevistadas, donde se muestra el tiempo de duración de las relaciones más relevantes, así como la cantidad de relaciones significativas anteriores a la actual.

Tabla 1.

Datos sociodemográficos de la muestra

Entrevistada	Edad	Hijos	Nivel Educativo	Sit. Laboral	Estado Actual	Tiempo de relación	Parejas Previas
NA	82	3	secundario	jubilada	viuda	39 años	-
AM	76	2	secundario	jubilada	casada	54 años	-
B	67	3	universitario	jubilada	casada	42 años + 7 noviazgo	-
M	66	1	universitario	jubilada	sola	20 años	3
G	65	3	universitario	jubilada	sola	17 años 1° matr 17 años 2° matr	2
SO	63	2	universitario	jubilada	sola	23 años 1° matr 2 años 2° matr 5 años última rel	4
AL	59	3	universitario	en activ.	separada	30 años	3
NV	57	2	universitario	en activ.	casada	35 años	-
R	57	2	terciario	jubilada	divorciada	2 años 1° mat 2 años 2° mat	5
SB	57	1	terciario	jubilada	casada	32 años + 10 noviazgo	-

Fuente: Elaboración Propia del material de trabajo de campo, Nadal (2022)

Se extrajeron cinco categorías de análisis a partir de las entrevistas: 1) vivencias de pareja, 2) Concepciones y estereotipos sobre el amor, 3) Características de las relaciones estables y duraderas, 4) Satisfacción conyugal y satisfacción con la vida, 5) Motivación y actitudes hacia las relaciones de pareja.

1) Vivencias de pareja

Esta categoría responde al primer objetivo de esta investigación, que es describir las vivencias de las mujeres respecto de sus relaciones de pareja. Al analizar las vivencias presentes y pasadas en relaciones de pareja, surgieron las siguientes subcategorías:

- a) disfrutar de la pareja
- b) papel del sexo en una pareja
- c) el deseo y el erotismo después de la menopausia
- d) lo más difícil en una relación
- e) desafíos de la convivencia
- f) aprendizajes sobre relaciones previas

a) *Disfrutar de la pareja*: Entre los aspectos que más disfrutaban en una pareja, la mayoría aludió a la compañía, el acompañamiento, compartir actividades, incluidas las actividades cotidianas.

“Lo que más disfruto es la compañía... Sí, la compañía, a todo nivel. Por ejemplo, el hacer cosas con el otro, cosas que hacen las dos personas, y se acompañan. O acompañar al otro en algo que tiene que hacer, o me acompañe en algo que yo tengo que hacer, o en situaciones cotidianas. Simplemente, el compartir la vida, las caricias, la presencia... Sí, el tener a alguien a quien contarle, o que te pregunte. Eso, ese tipo de compañía” (R,57).

El acto de compartir involucra a ambas partes, las compromete, pero también las conecta.

“Podemos estar disfrutando... Qué se yo, desayunando juntos, y leyendo el diario un domingo a la mañana. Disfrutar juntos estar en la cama y ver una película. Disfrutar juntos teniendo relaciones. La pasamos bien. Yo siento que todavía hay atracción, viste. A veces otras parejas... A la edad mía, o a la edad de tiempo de matrimonio que yo tengo están como más compañeros. Más compañeritos, casi como hermanitos. Y nosotros no. Tenemos... Disfrutamos de distintas maneras. Hay viajes, hay lugares, qué sé yo” (B,67).

Otro punto importante fue la posibilidad de establecer conversaciones profundas, que también llevan a una conexión emocional con la pareja, como lo expresa AL (59) “Y vos encontrás que ese hombre se abre, y que lográs conectar, la verdad es maravilloso”. M (66) agrega: “Te sentís... Yo por lo menos me siento plena. Porque puedo hablar de otra manera, porque hay cierta complicidad que se ve. Es distinto.” La complicidad está asociada al erotismo, reflejado en un código propio y único de la pareja, gestos, chistes internos, etc.

Acompañar, compartir, conversar y tener complicidad se viven con gran placer y resultan en mayor confianza con la pareja: “[La complicidad requiere] confianza, y la confianza te la tenés que ganar. Entonces es todo un trabajo; y un trabajo que lo tenés que hacer a diario. No es... ‘¡Ya está!’ No, nunca está [lograda]. Entonces eso también es interesante” (M, 66)

Otros puntos de disfrute mencionados fueron el hacer proyectos y la intimidad sexual como condimento de la relación. Una de las personas mayores mencionó que disfrutó mucho la etapa de la jubilación, etapa en la que todo lo mencionado se vio facilitado.

b) Papel del sexo en la pareja: Un concepto que está muy vinculado al disfrute es el sexo. Todas las entrevistadas coinciden en que es importante. Tres de ellas lo consideran muy importante en una relación “para no terminar como amiguitos” (NV, 57). Tres personas sostienen que no es lo más importante, entre ellas AM (76) “No es lo más importante. Yo pienso que para llegar al sexo y al desearse el uno al otro tiene que estar bien todo el entorno” (AM, 76), y SB (57): “Al principio era todo el día, a toda hora y en todo lugar. Ahora no. Actualmente no. Pero la pareja necesita intimidad. No es preponderante pero es muy importante”.

Varias entrevistadas resaltaron la importancia del sexo en la relación, como B (67): “Yo te diría que tiene un lugar importante. No sé si un 50% y el otro 50 es los intereses compartidos, los gustos, las preferencias. Pero es muy importante. No es lo único, porque eso solo no sostiene la pareja. [...] Por ahí un 40%, un 30%”. Y para R (57) tiene aún más importancia y no se restringe al coito: “Y, un 80%... Sí, creo que es muy importante. A todo nivel, no estamos hablando sólo de la cama. Pero el contacto, la caricia, el beso...”

Cuatro personas vincularon intimidad y sexo y también dijeron que en el sexo intervienen cuerpo y alma, como NA (82): “La intimidad es lo que conecta la pareja de lo que son entre ellos dos. Es exclusivo de ellos, lo de afuera no entra” y M (66) que le otorga un valor espiritual a la intimidad: “Físicamente tenés orgasmo, okey, es físico. Pero después hay otra conexión que se da en todos los otros cuerpos que tenemos. Y esa unión, eso es lo sublime de la pareja”. Para M., el rol del sexo no es solo la parte física, es lo que alimenta la intimidad y el deseo de estar con el otro: “Hoy tengo ganas pero no es que voy y te lo digo. No, te voy a levantar, te voy a conquistar, te voy a encender. Yo creo que es el ‘deber ser’ de toda pareja. Pero no sólo de la mujer, del hombre también. Boludeces insignificantes para el de afuera, pero para que la pareja... Una palabra, una llamada, una mirada, un acuerdo... Es fundamental”. El sexo se disfruta no solamente en la cama, sino en todos los espacios. Es un juego. Ella sostiene que la pasión es algo que la convivencia desgasta.

El grado de autoaceptación del propio cuerpo influye en la experiencia del sexo, y a su vez las experiencias sexuales tempranas influyen en esa autopercepción: “El sexo es un espacio de intimidad, hay diferencia entre tener sexo y ‘hacer el amor’, donde hay conexión desde lo emocional, desde el amor, el disfrute y la confianza. Eso es lo importante. Y también influye la auto-aceptación, el soltar prejuicios, el cómo te ves a vos misma. Entonces yo después de los tres años de terapia, hubo mucha rosca ahí para que yo empiece a aceptarme y verme de otra manera. Yo a partir de los 26, 27 años me empiezo a ver en el espejo más agradable” (AL, 59)

G, 65 dice: “creo que eso va en la educación sexual con la que empezó, se formó. Porque las parejas también hacen construir... Te hacen a vos construir de otra manera la sexualidad. Y te la pueden hacer construir bien, como te la pueden hacer construir muy mal. [...] Entonces, así como puede, a ver. Te ha hecho bien en una, te puede hacer medio mal en la otra, otra te puede hacer sentir para el diablo y bueno, también está en uno qué lugar decide ocupar. Sí pero ojo que a veces se logra después de darte el palo, eh”.

SO, 63, sostiene que no puede convertirse en una prueba de amor. Sostiene que hay hombres que reclaman sexo y si no lo consiguen, “ponen la cara larga”, o dudan del amor de la mujer.

c) Deseo y erotismo después de la menopausia: En relación a cambios en el deseo, tres entrevistadas mencionaron la menopausia como punto de quiebre. “El cambio hormonal te define muchas cosas. Y a veces te baja el deseo. Tenemos que reajustarnos y readaptarnos a eso. Eso fue un duelo eso de perder esas cosas que las disfrutábamos mucho antes”, dice B, 67. Otras dos personas sostienen que el deseo se aplacó, tres dicen que disfrutaban mejor ahora y dos personas, de 76 y 82 años, dijeron que no sienten deseo. AM (76) dijo que el deseo sexual fue reemplazado por otras formas de intimidad, donde hay ternura: “Pero está un compañerismo tan grande, tan grande que cuando te vas a la noche a dormir, te voy a decir yo, es un beso del ‘Hasta mañana, que descanses’ y agarrarte de la mano y quedarte dormido con la mano agarrada”. NA, 82, dijo que para ella nunca fue importante: “Él era más activo que yo, en primer momento. Después, bueno, uno se acostumbra a seguir el tren”.

De las personas que mencionaron que su experiencia erótica mejoró, entre las razones esgrimidas está la pérdida de prejuicios, la ausencia del “peligro del embarazo” y la disminución de la culpa e inhibiciones respecto del placer. En esta etapa de la vida varias mujeres manifestaron que viven el sexo con plenitud.

d) Lo más difícil en una relación: el punto más conflictivo son los espacios personales, los

límites, como dice B (67) “Él porque te quiere y se preocupa, y por tu bien a veces te ahoga un poquito”. También aparecen las concesiones que hay que hacer, muy relacionado con la sensación de tener el control o no, la consiguiente desvalorización, y también con el compartir y la convivencia. “El tema de los límites, los espacios, lo que es la diferencia entre compartir e invadir” (R, 57). Otros puntos difíciles de soportar en la pareja son las interferencias de familiares, *los de afuera*. Los malos tratos, los planteos y reclamos también son puntos conflictivos. En la vejez aparecen las limitaciones funcionales, como sordera, problemas de memoria o limitaciones motrices, que hacen que la comunicación entre ambos no sea tan fluida. AM (76) dice “Y, por los años que tenemos los dos. Uno tiene menos paciencia, tiene menos entendimiento, entonces al repetir las cosas te saca un poco.[...] Siempre fui muy independiente. Y entonces ahora, tener que decir: ‘¿Me armás el tender, porque no puedo?’ y de repente él no escucha que yo le dije "El tender", porque él no puede de acá, y yo no puedo de acá, de los hombros porque estoy mal del manguito rotador. Entonces, si no me entiende lo tengo que repetir dos veces, y como me está doliendo entonces ‘Te dije que me armaras el tender y no me escuchaste’. Ahora yo pienso que es la etapa más difícil”.

Las personas que han salido con varias parejas, aseguran que también es difícil salir de la etapa del enamoramiento y empezar a ver al otro tal cual es, como dice SO (63) “Uno no puede mostrar mucho tiempo lo que no es” y M (66) agrega: “Se me van cayendo velos y hay cosas...Yo necesito admirarlo”.

e) Desafíos de la convivencia: La convivencia aparece como un tema sobre el cual se organizan los diferentes tipos de relación, y tanto las personas que la eligen como las que no plantean que tiene ciertos desafíos. El desencanto se acelera, y uno de los puntos centrales para convivir es la confianza, que para estas mujeres implica poder entregarse sin perder su identidad. En la convivencia aparece con fuerza la idea del control y el poder en la relación, que la mayoría de las entrevistadas señalaron como punto nodal de conflicto:

“Yo lo que descubrí en todo este tiempo es que la convivencia al principio me era muy fácil porque era como que yo llevaba la batuta de todo. Entonces estaba todo bárbaro porque iba a mi manera. Y W. se adaptaba a mi forma y todo. A veces cuando se armaban líos... Es como que yo avasallé por momentos. Pero también estoy entendiendo que el otro se dejó avasallar. Porque yo al principio le dije: ‘Ay, por culpa mía todo se fue al diablo’. Y no, ahora voy entendiendo que

no, que fue uno que hizo y el otro dejó” (AL, 59).

En tanto AM, 76 dijo: “Si él no me hacía caso -porque no lo tenía bajo mis alas- si no le gustaba y dudaba de lo que yo había decidido, me daba bronca. Y yo soy más peleadora. Y te digo, me da bronca si no me sigue la pelea, si él me ignora y se repente se va de golpe y me cierra la puerta... Iría con una escoba” . Y SB (57) agregó una estrategia para lidiar con los conflictos cotidianos: “El día que no lo aguanto, me voy a la habitación, no le hablo en todo el día y ya está. Pero no puedo vivir sin él”.

Para las entrevistadas, convivir implica que cada uno ocupa un lugar, que requiere ser escuchado, tener un espacio propio para lo cual hay que limitar el propio y “hacerle espacio al otro” (R, 57). Requiere ser comprensivo, amable y respetuoso del otro. Se ponen en juego los propios valores, que hay que acordar con otro en la convivencia. Además, es necesario acordar tareas, funciones, roles, el manejo del dinero y poder regular expectativas y demandas. Ese contrato que se acuerda es necesario día a día “modificar perfeccionar, redefinir, y siempre digo que es un trabajo... que a veces yo quiero que sea como una sopita instantánea” (R, 57). Al respecto, otra entrevistada sostiene que hay etapas, como la reciente jubilación, que coincidió con el comienzo del aislamiento obligatorio por la pandemia del 2020, en el que fue difícil sostener el día a día de la convivencia, a la cual no estaban habituados cuando ella trabajaba fuera todo el día: “O sea, aguantarnos y mirarnos la cara desde las ocho de la mañana hasta la noche...” (SB, 57)

Hubo acuerdo en los principales elementos que hacen a una convivencia satisfactoria. Dado que el tema del poder en la relación puede llevar a escaladas y convertirse en competencia de voluntades, especialmente en cuanto a los roles que acuerdan y al manejo de dinero y las decisiones, todas las entrevistadas coinciden en que es necesaria una buena comunicación, que permita negociar, acordar, donde no sea uno solo el que comande, sino que ambos puedan ceder, entendiendo que no siempre se tiene la razón: “Y, para que funcione se necesita ceder. Ceder de las dos partes. Porque uno no siempre está todo bien y tiene la razón. Y hay que entenderlo, que no siempre tiene razón uno” (NA, 82)

La mayoría insiste en que es necesario complementarse. “Yo no creo en las medias naranjas, sí en lo complementario”, dice B (67). Esto no solamente implica ceder y un *aguantarse* mutuo, sino que esto debe regularse para no perder individualidad y libertad, aseguran varias entrevistadas. Una sugirió que para eso es bueno hacer introspección,

autoevaluarse.

f) Aprendizajes sobre relaciones de pareja previas: Ante la pregunta directa sobre qué aprendizajes les dejaron sus relaciones anteriores, G (65) expresó: “Me dejó el aprendizaje del esfuerzo. Porque yo tuve que salir sola con tres hijos adolescentes a enfrentarme a la vida misma, al trabajo, a todo lo que eso implicaba. Y salí bien, airosa”. Y agregó: “La segunda [experiencia matrimonial] me dejó, terapia mediante, el poder entender que yo podía elegir, que yo podía hacer, que yo podía proyectar, que yo podía salir adelante nuevamente, a pesar de la edad”.

R, 57, dice que aprendió “que la amalgama perfecta te ahoga. Que una no se completa en el otro. Que respirar el mismo aire es enfermo o no llega a dejar crecer y respirar a cada uno. Nosotros [con su primer marido] éramos una célula”. Aparece nuevamente una representación que proviene del paradigma del amor romántico, de la media naranja y de dos personas que se fusionan en una.

En relación a las experiencias de pareja anteriores, solo 4 mujeres no tuvieron vínculos anteriores, siendo su actual marido el primer novio en su juventud. Son relaciones que tienen más de 35 años de duración y dos de ellas tuvieron un impasse o ruptura intermedia en el noviazgo y una lo tuvo en el matrimonio. 5 entrevistadas han tenido más de 3 relaciones serias y varias relaciones de corta duración. Los motivos de ruptura mencionados fueron: infidelidad, falta de diálogo o de comunicación, desgaste ocasionado por la rutina y la convivencia, muerte del cónyuge y en menor medida falta de proyecto o de perspectivas en común y maltrato o violencia. En algún caso, el nacimiento de un hijo desató una crisis que no pudo superarse porque durante ese período falleció el cónyuge: “[me separé] porque dejé de ser de él. Porque éramos tres. Empecé a notar cambios; dejó de hablarme. Y yo en el momento no lo veía, después lo empecé a ver. Yo había hecho una simbiosis con mi marido. Los dos éramos uno, y un tercero no...Para mí él era todo. Y yo para él también, pero cuando hubo un bebé, el bebé necesita a la mamá” dice M, 66. Agrega que se generó una desconfianza que impactó en sus relaciones subsiguientes. Con su segunda pareja, la relación funcionó hasta que le propuso convivir, lo que generó la ruptura, “porque no le tenía confianza. Además yo creo que Ale en mí... Y, yo no sé si está sanado eso, la desconfianza en otro. Porque la desilusión yo la sentía así, con él. Él me desilusionó. Él no cumplió el pacto. Entonces esa desconfianza yo creo que me marcó”.

G., 66 vivió situaciones de violencia doméstica con una pareja y de excesos sexuales de su segundo marido. Habla así de sus rupturas: “Pero en su momento digamos que yo tomé la

decisión por lo agresivo, por la agresión, porque ya basta de, viste... Y bueno, se cortó. Y la segunda fue algo muy particular, porque... Qué pasaba, yo estaba muy enamorada, pero muy enamorada. Tan enamorada que no veía la realidad también. No vi señales a lo largo de esos 17 años, que después con el diario del lunes 'Ah, mirá, pero claro, por eso esto, acá, allá'. Señales, un montón, desde el día que lo había conocido más o menos. Entonces, ahí fue preservación. Preservación de mi integridad física porque hubo amenazas de terceros. Hubo una golpiza, entonces ya la cosa tenía otro cariz". G sostiene que estas dos relaciones largas la llevaron a decidir no convivir más con nadie ni a estar interesada en relaciones de pareja formales. En su primer matrimonio lo que se podía ver era falta de proyecto de pareja y falta de respeto por los acuerdos: "cuando había un atisbo por mi parte de generar un proyecto, era el de él. Ejemplo básico: a mí siempre me gustaron las paredes blancas. Entonces tuvimos una casa, bueno, vamos a pintar de blanco. Cuando vengo - que estaba de vacaciones, estaba pintando él - las paredes no eran blancas, eran grises. Le digo: Pero quedó todo gris esto. No, no, pero lo que pasa es que al blanco hay que ponerle unas gotitas de negro porque si no queda amarillo. Ah... Pero está gris".

R., 57, tuvo una relación muy intensa y valorada con su primer marido: "Con G. era la persona con la que realmente andábamos acompasadamente. El tiempo, el ritmo, el compás, era absolutamente sincrónico. Era igual. Era un compás, era una armonía, una melodía. Entonces no había fines de tiempo, no había excesos, no había... No sé cómo explicarlo, era una armonía". Pero él sufría depresión y era muy difícil acompañarlo. "Era como una piedra que tenía atada al cuello y me estaba ahogando. Era él o yo", dice. Y respecto de su siguiente pareja agrega: "Era un torrente que me arrastraba. No había ninguna expectativa, no había ningún proyecto, no había nada. Era algo que no se podía evitar. Nada más que eso". Por último, eligió un hombre para ser el padre de sus hijos: "La decisión fue cerrar el corazón y elegir desde otro lugar. Elegí medio al azar por signos y señales externas que para mí ni fu ni fa, pero para el mandato familiar cubría las expectativas".

En estos dos últimos casos, los modelos sociales a seguir impusieron el casamiento a estas mujeres, con la idea de formar familia. En el caso de G., sus experiencias la llevaron a darse cuenta que ella tendía a asumir el rol de cuidadora en sus relaciones, pero que con ello delegaba parte de su autonomía, haciendo lo que se esperaba de una esposa, pero desconociendo sus propios deseos, lo que lleva a pensar en una dependencia. Su aprendizaje fue que al salir de esos esquemas relacionales comprendió que sin pareja puede desarrollarse, y que no es necesario atenerse a esos roles predeterminados socialmente. En el caso de R., la idea del amor romántico, que es para siempre, que porta una pasión avasalladora, que se acompaña de un compromiso

físico a la vez que de una conexión emocional profunda, es lo que predominó en sus primeras experiencias, lo que sentó un modelo muy difícil de superar en las siguientes relaciones.

De manera similar, el ideal romántico tiñe la vida de SO. Sobre su primer marido señaló: “J. para mí fue como un padre. Las mejores cosas yo siempre las tuve con él. Es como que él terminó de criarme. Porque yo no tuve un gran ejemplo familiar. Todo el ejemplo, toda la ética, toda la moral, todo lo mejor, todo lo tuve de él”. Dice haber vivido como “en un cuento de hadas”, vivencia que hizo difícil superar su muerte. “Este me marcó a fuego. Porque realmente va a ser muy complicado, yo quedarme en una pareja...”, dice.

Estas experiencias plantean primeros matrimonios que dejaron una huella imborrable, y un modelo difícil de superar, que marcó las experiencias de pareja posteriores. En los relatos de M. surge un modelo de padre y de matrimonio de sus padres que era el tipo de vínculo al cual ella aspiraba.

B., y SB sufrieron rupturas de aproximadamente un año durante el noviazgo. Ambas tuvieron noviazgos de 7 y 10 años respectivamente. Es un período en el que se trabajaron muchas diferencias y se lograron acuerdos “Era como que no estábamos atravesando por la misma etapa los dos”. Uno quería casarse, el otro no. La separación les sirvió porque “después de tantos años juntos un año separados estuvo bueno porque ponés en la balanza un montón de cosas sobre la otra persona. Y ahí te das cuenta. Lo que extrañas, lo que no extrañas; los puntos en contra y los puntos a favor”. La distancia ayudó a poner perspectiva a los diez años de noviazgo.

NV, 57, y su marido se separaron durante 3 años luego de 25 años de matrimonio y volvieron a convivir. Ese impasse fue producto del desgaste, por una relación demasiado simétrica donde ella quería mantener el control y no había espacio de diálogo: “Si él te contesta mal, vos le contestás mal, no se termina nunca. Y a veces hay que buscar el momento adecuado [...] Uno cree que en el fondo el otro tiene que entender, el otro tiene que... Hasta cuando uno no habla. Y no es así. No, uno tiene que expresar, uno tiene que decir. Y debe haber un consenso”.

2) Concepciones y estereotipos sobre el amor

Las categorías de Concepciones y estereotipos sobre el amor y Características de las relaciones estables y duraderas refieren al segundo objetivo de la investigación, que es indagar sobre la influencia de las representaciones y estereotipos sobre el amor en mujeres de mediana edad y mayores.

Se pudieron vislumbrar dos subcategorías en este punto, que son a) Influencia de los estereotipos románticos de la juventud y b) Nociones actuales del amor.

a) Influencia de los estereotipos románticos de la juventud

Esta categoría agrupa los estereotipos que tenían las mujeres sobre el amor en sus primeras experiencias y cómo esos estereotipos y expectativas influenciaron en sus relaciones posteriores.

Las vivencias juveniles de estas mujeres sobre el amor estaban teñidas de la noción del amor romántico, “el amor para toda la vida” (R, 57), “era un amor más posesivo” (B, 67), basado en una idealización del otro, “el enamoramiento [...] todo el tiempo florcitas” (AL, 59), donde la expectativa era “Él será la luz de mis ojos, la razón de mi existir, todo. Y va a ser tan pero tan ideal” (NV, 57). El ideal de príncipes y princesas queda expresado en las palabras de SO “[mi primer marido] me decía *la duquesa* y me trataba así”. Según AM (76) “Teníamos un modelo que era proponerse a continuar con ese modelo” y justifica M (66):

“Porque era la réplica del matrimonio de mi mamá y mi papá: Mi mamá y papá yo siempre los vi llevándose bien, siempre armonía. Yo les cuento a veces a mis amigas de viejitos... Yo por ahí salía de trabajar, trabajaba en el centro y me iba a Floresta a la casa de ellos. Y por ahí estaban durmiendo la siesta, y yo abría la puerta y estaban los dos en la cama abrazados. Era un placer verlos. Me enternecía ver eso. Y con Ale íbamos a eso, así.”

En muchos casos el valor de la pareja estaba en ser la antesala de la familia, como lo expresa SO (63): “...La pareja quiere ser familia. Quiere serlo todo para vos. Y bueno, y si él no lo es todo para vos, no se logra esa familia. Yo no pude brindar ese todo que aspira un hombre [después de mi primer marido]. No sé, desde el alma, desde no sé qué. [...] Ellos [los hombres] necesitan sentirse seguros con vos y formar una familia. Aunque no tengan hijos en común. Pero familia en lo simbólico, eso necesitan ellos. Entonces, me ha pasado a mí. Pero yo te digo que no he podido brindarle a otro hombre ese sentir. Esa cosa de familia”.

G, 65 dice que el amor a los 21 años cuando se casó la primera vez era “Para mí el amor era, ay, una familia hermosa, mamá, papá, los nenes, una casa bonita; viajar, gastar”. Casarse en varias entrevistadas implicaba la posibilidad de salir del hogar parental, como dice AM (76): “Antes se esperaba que una se casara...Para tener la libertad. Y uno se ataba a otra persona, no era que tenías la libertad. Pero es que nos tenían tan cortitos, que ‘Salí con el sol’, que ‘Volvé con el sol’. ‘No esto, no lo otro’. Había un montón de cosas que uno decía ‘Bueno, me caso, me

libero'. Sí, pero me libero de la tutela de los viejos, pero...Pero viene la otra, que es más responsabilidad porque ahí empieza uno el rol de padre. Y es que antes parecía que nos casábamos para tener hijos.”

En relación a los rituales existentes de padres e hijos para el noviazgo, aquéllos que eran estrictos y basados en lo que la sociedad consideraba apropiado, dice NA (82) “Los padres de antes vivían con mucho miedo al *qué dirán*. Y eso tampoco sirve. Entonces también nos inculcaron a nosotros esas cosas. [...] Pero después, fui viendo que había muchas cosas diferentes, y que hay cosas mejores, y cosas que están mejor y cosas que están peor. Porque de la libertad al libertinaje hay una diferencia muy grande”, y añade “Para mí el respeto es amor”. SB (57) hace referencia a los rituales del noviazgo: “Tener un novio que me llamara por teléfono [...] Él se iba a la estación de servicio, me llamaba por teléfono los jueves a las ocho de la noche, por ejemplo. Entonces yo ya sabía, era él y hablábamos 40 minutos. Era un gastadero de fichitas de teléfono que no te imaginás... Y hablábamos horas [...] Porque no tenías otras opciones en esa época. O sea, si él venía a mi casa o yo iba a la casa de él... [...] Él me acompañaba siempre hasta la puerta, entonces me acompañó hasta la puerta, salía justo mi papá y le dijo: ‘Venga, venga, caballero, que tengo que hablar con usted’”.

Casarse era asumir roles y rituales que no se cuestionaban. Para G (65) significó adoptar el papel de cuidadora: “Entonces yo lo cuidaba, lo mimaba, lo atendía, le complacía, le hacía el campo de rosas. Y yo no sé si siempre es tan de rosas. Claro, porque a mí me llevó a tener dependencia. Yo no podía... Yo no me daba un lugar de elegir qué hacer”.

Por otro lado, la salida al mercado laboral significó para las mujeres ser creativas y trabajar con la condición de que no interfiriera con su labor primaria de cuidado del hogar y la familia, como le sucedió a AM (76): “Me había buscado horarios, porque yo soy profesora especial de dibujo y caligrafía. Materia especial era. Entonces, buscaba los horarios que les podía dar de almorzar. Les ponía el desayuno, iba a la escuela, les podía dar de almorzar, los llevaba a la escuela. Me iba yo a trabajar, volvía, los pasaba a buscar por la escuela. Me permitía estar con los chicos. Como que ellos no se daban cuenta de que yo no estaba”.

En este tipo de parejas, los proyectos individuales de la mujer no eran prioritarios, como expresa G. “Largué el laburo y me fui para Alemania [...] [Eso tiene que ver con] lo que era el amor, de que la mujer te tiene que seguir adonde sea. Esa idea mal construida”.

Además de la dificultad para armonizar la vida laboral y doméstica, sobre la mujer recaían otros mandatos vinculados al ideal romántico. AL (59) deja entrever dichos mandatos y

expectativas que recaían sobre una mujer antes de los 30 años, que se animó a desafiar, no sin conflicto interno: “Yo lo que creo es que era re estructurada. Fue un desafío irme a vivir juntos con él, tener hijos sin estar casada. Era reestructurar. Aparte yo tenía mis hermanas, mis primas - todas mujeres, eh - bueno, mis hermanos varones también se habían casado, tenían hijos... Yo soy la mayor, pero se habían casado todos los que me seguían a mí, yo era la última”.

Y NA, 82, agrega que tuvo que sacrificar sus deseos de estudiar para casarse, sus deseos de trabajar para estar en la casa y no generar conflictos adicionales, cosas que le hubieran gustado hacer. “él estaba contento de que yo estuviera en casa. No había caso. Yo quería buscar algo para hacer, aunque sea algo de pocas horas; no quería saber nada, nunca quiso. Nunca quiso, y tampoco me lo prohibió. Pero yo, por no verlo disconforme, y a la larga eso trae disconformidad en todo”.

En el inicio de la relación, el rol del hombre y de la mujer en el matrimonio se organizaba diferente y el dinero era fuente de poder sobre las decisiones pragmáticas, que algunas mujeres no estaban dispuestas a aceptar fácilmente. B, 67, dice:

“Era sumisa pero no me gustaba serlo. Trabajaba como profesora de educación física pero no me gustaba que no le diera valor a mi plata, porque era poquito y él aportaba más. Y viste que antes... Bueno, ¿quién tiene la última palabra? El que pone más guita. ¿Por qué así? Yo por ahí pongo menos pero pongo otras cosas también. Después eso, con el tiempo, con el concurso de inspectora cambió el cargo jerárquico y mejoró muchísimo mi sueldo. Casi a la par. Así que digo ¡Bien B!”

En la misma línea, M, 66, sostiene que la decisión de estar sola, de no convivir ni presentar una pareja a su familia de origen o su hijo tenía conexión con el lugar en el que padres y suegros la colocaban como viuda joven:

“Nunca lo presenté [a mi novio], nunca nadie sabe de mi vida, pero porque ellos [padres y suegros] también me programaron así. Porque todo era un desastre, y además lo que escuchaba del otro lado, que ‘ésta tan linda, tan ingenua, ¡Ay, va a hacer un quilombo con la guita’ que no te puedo ex...! Se la van a dejar...”. Y reflexiona: “tiene que ver con la educación represiva que tuve. Con respecto a la plata, con respecto al sexo, con respecto a si sos linda, sos fea, o sos atractiva, o si llamás la atención. [...] Ahora, para llegar a mí no es fácil. No es fácil, porque evidentemente me resisto. Tengo toda esta cosa que otra vez no paso por situaciones traumáticas así, no, paso”.

G, 65, advierte sobre la influencia de las representaciones sociales sobre los roles de cada uno en el matrimonio:

“Siempre va a haber uno que va a trabajar más que el otro, yo creo que no se trabaja igual, ¿No? Yo creo que siempre hay uno más que el otro, y también pasa que el mundo - la sociedad, la cultura - ha puesto a la mujer en un lugar de: ‘Vos sos la que tiene que trabajar y aguantar’. El hombre no. El hombre es el proveedor, el que la lleva fácil. Gracias a Dios eso está cambiando, la mujer está cambiando, entonces eso creo que va cambiando”.

En la misma línea, NV (57) deja entrever que la idea de amor se desarrolla con la experiencia de vida: “Y, bueno... Yo digo, era chiquita. Chiquita en todos los sentidos. Porque era joven, pero también chiquita en cuanto al amor. [...] No sé, para mí era querer tener la familia Ingalls ¿No? Con un Michael Landon, que se desvive, viste. No. Por eso digo que era una imagen chiquita, la realidad es otra”.

b) Nociones actuales del amor

Frente a la pregunta “¿Qué es el amor?” todas las entrevistadas coincidieron en que es un sentimiento “de gozo, de vida de entusiasmo de alegría, de ánimo”, una emoción, “Y tiene diferentes matices, según el rol que hagas [...] Porque tiene que ver con la vinculación que tenés con el otro” (M, 66), e incluso se puede experimentar “por las cosas que hace” (B, 67). SO (63) añade que es “la entrega de uno...el darse, el compartir” es “el amor universal” y que “un acto de amor también es callarse, dejar que todo pase”.

El amor de pareja, en cambio, más que un “dar sin esperar”, como el del amor a los hijos, es “un intercambio, como sostiene AL (59) “y está basado en la confianza, en el diálogo. Y no estoy hablando del enamoramiento sino del amor...En ese confiar en el otro [...] Al estar en pareja vos estás ahí, desnuda [...] No te importa que te conozca y mostrarte como sos. No estar poniéndote máscaras, sino abrirte”. Y SO añade: “[sentir] que esa persona te brinda esa protección que una madre o un padre de chico, vulnerable, necesita uno de grande. Y también poder hacerlo con nuestra pareja”.

Algunas entrevistadas resaltaron la atracción como factor motivador: “siempre primero hay una atracción física. Que exista esa atracción... es lo primero que ves, lo que te impacta. O cómo habla, o cómo es, o cómo se vistió, o los ojitos, o cuando viene de frente, o cuando va de atrás, qué se yo.” (B, 67)

La concepción tradicional de *la media naranja*, cambió con el tiempo en las entrevistadas. M (66), dice que la pareja es: “el complemento de una totalidad, porque yo soy una naranja, no busco una media naranja. Busco un pomelo. No es fácil... Piloto y copiloto. Pero

no son fijos...para mí eso es el amor: que a veces yo soy piloto y a veces no, a veces soy copiloto. A veces me gusta que me lleven. No mucho”. Esto aporta la idea, sostenida por varias entrevistadas, de una relación de igualdad.

Además, se plantea un modelo alejado de la idea de que los dos son uno solo, sino que una relación de pareja es como una danza donde ambos se acompañan, como lo expresa G (65):

“El amor de pareja tiene mucho más que ver con el buen entendimiento, con la buena relación compartida, en la que la pareja logra esa igualdad, digamos, de irse acompañando, de irse acompañando. Tener intereses similares pero a la vez, por ahí, nos gusta bucear pero bueno, a mí me gusta bucear en aguas frías, a vos en aguas calientes, a mí me gusta bucear acá o allá. Hay diferencias dentro del propio interés [...] Entonces creo que el amor de pareja es algo que se tiene que complementar, la persona”.

Para evitar esa simbiosis y la consiguiente pérdida de identidad individual, varias entrevistadas coinciden en que cada uno necesita conservar espacios personales: “Que la autonomía siga, a pesar de estar juntos, de ser pareja”, dice B (67). “Cada uno poder tener sus espacios, seguir conservando sus amigos. Tener su vida propia y la vida en común, también. Hay que negociar. Hay que negociarla porque no vivís solo, no estás solo”.

La mayoría coincide en que esto implica aceptación de las diferencias, partiendo de la base de que el amor es aquello que une una persona a otra: “En el amor de pareja terminás aceptando las diferencias. Las diferencias de la otra persona. Y bueno, el amor de pareja tiene que ser compinche para mí, sobre todo en esto” (SO, 63).

Otro requisito muy mencionado fue lo que denominaron “*aguante*”, es decir, el soportar algunas características del otro que encuentran molestas, y lo justificaron en el hecho de que no siempre es fácil aceptar las diferencias. Como dice B (67),

“el amor sí, la verdad que lo soporta todo. Y no es que la pasás bien siempre. Hay discusiones, hay de todo pero bueno, es el sentimiento que vos tenés por esa persona, hace que siempre caiga un manto de, qué se yo, de benevolencia, o de... Será de amor. Que vos decís ‘Bueno pero yo lo quiero igual a este hombre’”.

NA, 82, agrega:

“a la larga triunfaba el amor porque nosotros no podíamos estar uno sin el otro. La verdad es que uno a veces se tira una cacerola por la cabeza, y al otro día dice Dios mío, ¿Qué le pasa? Hay que salir adelante... Eso dejarlo pasar, o quizá cambiar de opinión y a lo mejor uno está más cerca del otro de lo que se cree, o no. Y también, yo siempre digo que el matrimonio es un 50% amor y un 50% aguante. El aguante hace que vuelva el amor.

Porque uno después de que pasó el momento malo, vuelve otra vez a arreglar la situación. O hacer que la arregla y aguantarla”.

Por eso varias entrevistadas enfatizaron el amor como una decisión y también como un trabajo: “el amor es un trabajo... algo que se construye cada día, y es una decisión” (R, 57), que a veces implica proteger al otro de uno mismo, como sostiene B (67): “uno tiene que cuidar al otro de las cosas que uno sabe que son sus defectos. Viste, que a veces explotás. Sabés que si te agarro por un lado, salís mal... Bueno, eso lo entendí con el tiempo, que al otro también hay que cuidarlo de esos arranques que uno puede tener que hacen daño”.

3) Características de las relaciones estables y duraderas

La mitad de las entrevistadas coincidieron en señalar como fundamentales los factores emocionales del amor, presente en el componente de Intimidad de la Escala Triárquica del amor. Esto es, valoran en mayor medida la presencia de una buena comunicación en la relación, expresado en diálogo y escucha, como expresa G.: “Mucha comprensión de uno al otro. No juzgarse, sino hablar en un diálogo tranquilo, asertivo, sin gritos, sin escándalo...” y “gran capacidad, y ese gran deseo de escuchar al otro” (SO, 63), que lleva a comprender al otro y aceptarlo como es, como expresan varias entrevistadas. Esto está asociado a tener actos de consideración y apoyo que brindan seguridad, como expresa SB (57): “Estar pendiente del otro, que el otro esté pendiente de vos... que te mire y te diga: ‘¿Qué te pasa hoy?’”.

El respeto y la confianza aparecen como claves en una relación duradera y son señales de una intimidad incrementada, expresados en mostrarse tal cual es, abrirse al diálogo y a poder expresar sus deseos en la certeza de que el otro puede darle un lugar a sus afirmaciones y de que puede respetar los acuerdos pactados. Como expresa SO (63): “donde vos realmente tengas el refugio, sientas que te abraza con todo ese amor, esa comprensión, todo lo que necesitás. Es como que entre los brazos de tu pareja vos tenés que sentirte un bebé”.

El respeto incluye en algunos casos la posibilidad de conservar la autonomía, de tener espacios individuales propios, como dice B (67): “Cada uno poder tener sus espacios, seguir conservando sus amigos. Tener su vida propia y la vida en común, también. Hay que negociarla porque no vivís solo, no estás solo”.

SO (63) plantea un problema de los tiempos actuales en cuanto a la intimidad y el compromiso en las relaciones: “Una de las cosas que a mí me parece, es que el fracaso que veo en la sociedad es porque hay poco compromiso, poca tolerancia. Entonces es todo como muy rápido, muy dinámico. Las parejas no se detienen para hablar, para ver qué es lo que necesita, en

ver al otro. Entonces es por eso que, a mi parecer... no hay compromiso, tolerancia. Y no hay humildad de un ser hacia el otro ser. La gran mayoría está en una eterna competencia”.

El componente de compromiso mencionado por SO se refiere en varias entrevistadas a la decisión sostenida en el tiempo de hacer que la pareja funcione, lo que implica poner en juego cierto grado de responsabilidad y la capacidad de adaptación o la flexibilidad para aceptar las diferencias y la realidad que trae el otro consigo. Requiere además, en palabras de SO, “humildad”, o lo que algunas entrevistadas mencionaron como la capacidad de ceder algunas veces, no creer que siempre se tiene la razón. Y también significa tolerancia, especialmente frente a los defectos o fallas con las que hay que convivir.

La mitad de las entrevistadas señalaron que un componente de una relación duradera y estable es la química o la atracción personal y el deseo que es el tercer componente de la Escala Triárquica de Sternberg. NA (82) revela la pasión como motivador de la relación: “Se necesita, primero que todo, una atracción personal. Porque si no hay eso, tampoco uno nunca llegaría a la pareja”. Las adultas mayores manifestaron una disminución de la importancia de la pasión sexual, reemplazada por ternura, caricias y otras expresiones físicas.

4) Satisfacción conyugal y satisfacción con la vida

El tercer objetivo de la investigación busca indagar sobre la influencia que tuvieron las vivencias de las mujeres en su nivel de satisfacción con la pareja y con la vida en general. Esta categoría incluye dos subcategorías:

- a) satisfacción con su situación actual*, que incluye percepción subjetiva satisfacción sobre su pareja o matrimonio y satisfacción vital en general en caso de no estar en pareja.
- b) importancia de tener pareja para la felicidad o plenitud*, que daría cuenta del grado de satisfacción vital de todas las entrevistadas.

a) Satisfacción con su situación actual

Seis de las entrevistadas manifestaron estar conformes con su situación de pareja actual, tanto las que están en pareja como las que no lo están. Cuatro respondieron que no están completamente conformes. De estas diez personas, a tres les gustaría tener pareja, pero aceptan la situación en la que están, por ejemplo SO (63) que dice que está conforme “Por momentos sí, por momentos no. Me gustaría tener una pareja. Aspiro a tener una pareja, linda, contendora. Bueno, es complejo. Acepto mi situación actual. Preferiría otra, estar enamorada o estar en pareja”. O AL (59) que sostiene: “hoy por hoy estoy reorganizándome internamente. Siento que

si aparece hoy una persona yo no sé si estoy preparada, pero también no sé si hay que estar preparado. Pero como te vuelvo a decir lo mismo, [estoy] abierta porque yo sí quiero tener más adelante una relación de pareja”.

Las personas que no se encuentran completamente conformes, están en pareja y desearían realizar algún tipo de cambio, una porque está recomenzando una relación nueva: “Sé que hay que poner en orden todo, o mucho, de lo que hace al contexto, a la escenografía. El tema de los límites, los espacios, lo que es la diferencia entre compartir e invadir. Entre libertad y desinterés, o indiferencia. Hay muchas cosas que definir” (R, 57). Dos personas están conformes con el hombre que eligieron, pero cambiarían algunos aspectos de su pareja. B (67) cambiaría cierto pesimismo y ánimo de queja de su pareja, porque impacta en ella y le hace sentir mal:

“Y por ahí te cansa. Antes me decía ‘Pero vos siempre le encontrás un lado bueno a todo’. Es que ahora ya le digo directamente: ‘Mirá, Roberto, no me des malas noticias porque me hacen mal’. El otro día estábamos cenando y me dijo ‘Mataron chicos en Ucrania. Le dieron a un hospital’. No, no, vos no sabés lo mal que me sentí, porque no podía manejar ese malestar”.

b) Importancia de tener una pareja para su felicidad o plenitud

Más de la mitad de las mujeres coinciden en que la plenitud no se logra necesariamente con una pareja, que podrían estar sin pareja y sentirse plenas igualmente. Como dice SO (63): “Estoy muy bien con mi familia, salgo a la calle, acá, siento que pertenezco. Yo iba a Mar del Plata, donde estuve trabajando mucho tiempo también. Siento que pertenezco. Creo que la felicidad y la libertad, y todo eso, está en uno. No pasa por la pareja, no pasa por el lugar donde vivas, tampoco. Es lo mismo que si tenés un problema grave, lo llevás aquí y allá. Es como la mochila que decimos, la llevamos a todos lados. Yo cuando enviudé cambié de casa, de localidad, iba y venía, no duraba más de un año en una casa. Pero claro, era tan grande el dolor, tanta cosa...”

Y M (66) añade, “lo más sano mentalmente que hay, para mí, es estar en pareja. Es lo más sano, lo más lindo ¿Es una meta? Sí. Pero si no lo tengo no me desespera”.

Tres mujeres con relaciones de muy larga duración dijeron que no sabrían estar solas, no conocen otra realidad que estar en pareja, por lo que esa evaluación es algo difícil. SB (57) dice: “me planteo qué haría sin él. Porque no estoy acostumbrada a vivir sin él ¿Entendés? Esa es la diferencia”. Sin embargo, consideran necesario evaluar la perspectiva de la soledad, dado que la vejez acerca la posibilidad de la pérdida de su cónyuge, y es algo que da miedo. Perder a la

pareja por una separación no sería tan difícil, y sostienen que se sienten capaces de hacerlo, pero no sucede lo mismo con la viudez. SB (57) dice: “Si me quedo sola, sola me quedaré”.

Sin embargo, para la felicidad y el disfrute tener una pareja es importante para la mayoría de ellas. Dos mujeres manifestaron que tienen como meta tener una pareja, una de ellas como compañía en los años de vejez. Lo que muchas coinciden es que no desean un vínculo de dependencia. Las afirmaciones de estas mujeres parecen señalar que estar solas o solteras (sin pareja) es una opción apreciable, y que si bien a algunas las haría más felices estar en pareja, no resignarían autonomía y libertad por ello. La pareja aparece como deseable cuando les aporta beneficios emocionales y no les añade tareas de cuidadoras o amas de casa.

5) Motivaciones y actitudes hacia las relaciones de pareja

El cuarto objetivo de la investigación apunta a encontrar qué motiva a las mujeres hacia las relaciones de pareja y qué actitudes adoptan hacia ellas.

Sobre esta categoría surgieron las siguientes subcategorías:

- a) Libertad percibida para elegir
- b) Actitud hacia nuevas parejas
- c) Ideal de pareja actualmente

a) Libertad percibida para elegir: Todas las entrevistadas sostienen que se sienten libres de elegir estar en pareja o estar solas. Algunas eligen estar solas, otras eligen seguir en pareja luego de muchos años, y aquellas que desearían estar en pareja aceptan su situación actual, entendiendo que la plenitud es patrimonio propio, y que estar en pareja suma dicha, pero no estar en pareja no resta. Son mujeres que buscan un tipo de pareja que no limite su autonomía, y que no las encasille en los roles tradicionales de dadoras incondicionales. Exigen a cambio tener un par, donde ambos den y reciban y que ambos miembros de la pareja puedan desarrollarse como individuos. Como expresa G (65):

“Con una pareja que se inicia en la juventud o en los 40, eso se arma entre dos, y se acepta. Pero en una pareja que vos iniciás a los 60 años es muy distinto. Porque vos podés aceptarlo por el otro, ese ‘Ay, no, no me gusta’, por su historia, por su estereotipo. Entonces esa por ejemplo es una de mis libertades, de salir a la hora que quiero, ir a los lugares que quiero, comer cuando quiero. Todo lo que es diario, cotidiano, no lo rescindo”.

Adicionalmente, la mayoría sostiene que no sentían esa libertad cuando eran jóvenes. En los relatos aparece la influencia de las expectativas familiares y representaciones sociales que influyeron en sus decisiones, en las que se veían presionadas a elegir pareja y formar familia. Dos de estas mujeres eligieron un candidato para tener hijos. Otras manifestaron que soñaban la familia ideal, como dice NV (57), “la familia Ingalls”, que representa en la televisión el modelo de familia ideal desde los años setenta. Tres mujeres agregaron que casarse era también una manera de adquirir capacidad de decidir sobre sus vidas, independizarse de los padres. G (65) dice “me doy cuenta con los años que yo elegí un tipo que me sacara de mi casa”.

Actualmente, cuatro de las cinco mujeres que están solas eligen seguir solas o estar en pareja sin convivencia. Las cinco mujeres casadas manifiestan que no cambiarían su situación y que no se sienten obligadas a seguir en pareja.

b) Actitud hacia nuevas relaciones: Seis mujeres sostienen que si se diera la oportunidad, volverían a formar pareja pero no volverían a convivir, o les tomaría tiempo hacerlo, dado que toma tiempo confiar lo suficiente en una persona para hacerlo. Dos dijeron que serían cautelosas al formar nueva pareja. Y otras dos resaltaron la importancia del espacio personal, que es algo que no quisieran resignar ni que la pareja resigne. “A mí me da terror depender de otra persona” (M, 66). B (67) agrega: “Si vos te querés desnudar y sabés que desnudándote frente a otra la persona tenés una contención, y no te va a defraudar, lo hacés confiadamente, tranquilamente. Yo creo que sería así, primero. No me mandaría... Habiendo terminado una relación de convivencia, tendría cuidado y vería cómo van las cosas. Con cama afuera, y después veríamos”.

Tres mujeres dicen que lo que las motivaría sería encontrar un compañero, un acompañamiento para estos años de vida por delante, esto es, en la vejez.

Cuatro mujeres afirman tener sus necesidades satisfechas, por lo que no necesitan pareja y nada las motivaría a buscar un compañero. Entre las razones que dan para no estar interesadas, G (65), por ejemplo, argumenta que los hombres de su generación buscan una empleada, que es difícil encontrar alguien que piense como ella, que no se cuidan a sí mismos y que parecen viejos, lo que a ella no le gusta: “Vos vas a encontrar, por lo general, muchas más mujeres viviendo solas que hombres viviendo solos. El hombre enseguida necesita... - a veces no tanto por lo afectivo, lo físico- No, necesitan mujeres que los atiendan y los cuiden. Lavar, planchar, cocinar...Una empleada. Si me da algo de sexo, bueno, mejor todavía”, y sostiene que lo que ofrecen a cambio es solamente sexo. O buscan sacar alguna ventaja de la autonomía económica de la mujer: “Me pasó con un señor con el que teníamos una muy buena onda, habíamos tenido

sexo así, hemos compartido un montón de cosas. Yo me sentía muy cómoda, estaba... Él duerme en su casa y yo en la mía, persona culta. Un buen día me dice 'Ay, esperá, tengo un problema con el alquiler. Y una escucha, porque también en calidad de amigo podés compartir y ayudar a otro. Y le digo 'Ay, y ¿qué pensás hacer?'. 'Estaba pensando, por un tiempo ¿vos no me darías - yo te la pago - una de las habitaciones que tenés libres?'. Le dije: Mirá, la verdad que no. Siento decírtelo pero no. Yo elegí vivir sola. Vos podés venir como has venido siempre, tomamos mate, comemos galletitas, comemos comida, tenemos sexo, está todo muy lindo. Pero que ya vivas acá la verdad que no. Lo siento". G. argumenta que fue muy satisfactorio poder poner ese límite de autocuidado y es algo de lo cual se siente orgullosa.

En la misma línea, SB (57) dice: "Tener que empezar de nuevo... Yo me puedo mantener sola, no necesito a nadie que me mantenga. Tener a alguien que mantener ni se me ocurriría. Lavarle la ropa, plancharle y cocinarle, tampoco ¿Para qué? Cama afuera y gracias. O sea, nos veríamos en la parte linda nada más, estaría bien. Pero convivencia con otra persona, no".

Varias mujeres insinuaron una real necesidad de cambio de actitud en los hombres de su generación, como SB (57) que dice: "Ellos que son muy machistas, muy liberales, muy todo... Son dependientes. Absolutamente. Después despotrican, y *putean* contra las mujeres... Vos le arruinaste la vida, vos esto, vos el otro, pero no saben vivir sin vos".

c) *Ideal de pareja actual*: La pregunta, de carácter hipotético, apuntaba a comparar el ideal de pareja actual con el ideal de pareja que expresaron tener en el pasado. Las declaraciones coinciden con los términos en los que les gustaría armar una nueva pareja, que no requiera resignar las libertadas alcanzadas y que no las limiten a los roles tradicionales de género.

G, 65, dice: "Mirá, si pudiera armarlo sería un señor de 58, 59 en adelante... Viste lo que te decía hoy, que se cuide, que tenga cultura, le guste la naturaleza, que tenga valores parecidos a los míos. Y que no venga por el sexo y por el dinero. Yo cuando veo que un tipo va por el lado del dinero o va por el lado de lo sexual, bueno, listo, chau".

Por lo general, las virtudes que buscan en ese ideal están relacionadas con aquello que no encuentran en el hombre actual o en este momento de sus vidas. B (67), cuyo marido tiene una actitud pesimista y negativa de la realidad, dice "que tenga sentido del humor, que eso es lo que le estaría faltando a mi marido". R (57) lo sueña así: "como era en un principio, la situación de una persona que tiene el tacto justo para determinar cuándo tiene que avanzar y cuándo tiene que quedarse a la espera, o a la observación. Que tiene la percepción exacta de cuándo es el momento de hablar, y cuándo no. La lectura perceptiva de todas tus señales. Pero bueno, para eso necesitaría que sea un robot hecho a mi medida". Pero en un plano más pragmático, coincide con

G.: “una persona con un trabajo fijo y con una entrada fija, y que tuviera ya sus aportes, cosa de pensar que su jubilación va a ser algo que, bueno, lo va a poder sostener y mantener. Que mínimamente estemos en igualdad de condiciones”.

Varias mujeres señalaron el aspecto intelectual como deseable, de manera de poder tener conversaciones interesantes. Otras señalaron la compañía, como AM (76): “una persona que sea compañera, que sea comprensiva. Que uno se pueda poner a conversar de igual a igual. Y que no mire tanto fútbol”.

La admiración por el otro también es deseable, a los ojos de dos entrevistadas: “Que yo lo recontra admire. Cuando dejo de admirar a una persona, a una pareja, chau. Se terminó el amor. Yo tengo que admirarlo. Yo a mi esposo lo escuchaba, yo lo escuchaba y yo... Así. Sí, sí. Yo lo admiraba. Y a mí me enamora de una persona, como primera medida, la inteligencia. Tiene que ser brillante, intelectual. Me enamora la inteligencia de una persona. Me seduce, pero es lo primero que me seduce. Y cómo habla, su postura.” (SO, 63).

Discusión

El presente estudio encontró que en la categoría que habla sobre las vivencias de pareja, aquellos factores que contribuyen con la mujer mayor de 55 años a disfrutar la pareja incluyen recibir y dar cariño o “mimos”, poder sostener conversaciones profundas que brindan la vivencia de unión o conexión, el acompañar al otro y el compartir la cotidianeidad. Esto es similar a lo hallado en el estudio de Nina Estrella (2013) en cuanto a las relaciones de larga duración de adultos mayores, ya que encontró que la construcción del amor se da a partir de interacciones cotidianas que redundan en la formación de una cultura de pareja. Esta cultura puede inferirse a partir de la narrativa de las entrevistadas, a través del modo de expresar el disfrute en la relación y el surgimiento de actos de complicidad, que se logra en la interacción y gracias a partir de la confianza.

En cuanto a la importancia del sexo en la vida de pareja, las entrevistadas coincidieron en su importancia, y lo vincularon a la intimidad, de manera análoga a lo encontrado por Watson et al. (2017) en la que intervienen cuerpo y alma, elevando la importancia del sexo al de una vivencia, coincidente con el estudio de Ramos Pinilla et al. (2018). Lopez Bravo (2010) considera que uno de los tipos de intimidad presentes en las relaciones es la intimidad sexual, siendo las otras dos la emocional y la intelectual. Las entrevistadas también señalaron la

influencia de la aceptación del propio cuerpo y la posibilidad que tuvieron de liberarse de prejuicios, y de perder el miedo a embarazos no deseados a partir de la menopausia. Esto les permitió experimentar una sexualidad más libre, lo que también se halló en Watson et al. (2017) y en Ramos Pinilla et al. (2018). En mujeres de mediana edad, se pudieron observar que se disfruta más plenamente, si bien algunas crisis como menopausia o divorcio tuvieron consecuencias, pasando a segundo plano su sexualidad, lo que también pudo observarse en el estudio de Soliverez et al. (2018). Sin embargo, a diferencia de lo que encontraron Watson et al. (2017), las entrevistadas del presente estudio no lo califican como negativo, pero expresaron que la práctica sexual puede requerir la elaboración de un duelo, un reajuste y adaptación. Iacub (2009) también plantea la posibilidad de placer erótico adaptado a lo que cada uno es y diferente del placer sexual juvenil. Las adultas mayores del presente estudio no consideran el sexo como algo prioritario, si bien lo disfrutaban, lo que también encontraron Watson et al. (2017) y Ramos Pinilla et al. (2018). En el caso de las adultas mayores del estudio, el sexo fue reemplazado por otras muestras físicas de afecto, como dice Iacub (2009), el placer erótico separado de lo genital. Arias y Polizzi (2011) también encontraron que el erotismo está mucho más presente en la actividad sexual, a través de una mayor dedicación a la preparación del ambiente y que las parejas se ajustaron a los cambios a través de distintas estrategias, incluido el uso de medicamentos específicos.

En cuanto a las categorías relacionadas con las concepciones del amor y estereotipos sociales y con las características de las relaciones duraderas, se encontró que las mujeres mayores de 55 años asocian el amor a una emoción, en especial de alegría, y también a un sentimiento que adopta diferentes matices según el vínculo en que se da. Lo primero que piensan al hablar de amor no es en el amor de pareja, sino como una categoría amplia y general. El amor a los hijos, así, es cualitativamente distinto al amor de pareja, dado que el primero consiste en dar sin esperar reciprocidad, en tanto que el amor en una relación de pareja es definido como un intercambio, donde hay expectativas de recibir tanto como de dar. Al respecto, Arias y Polizzi (2011) encontraron que las características de una relación tienen diferencias en cuanto a nivel de intimidad, frecuencia de contacto, reciprocidad, etc., lo que aplica no sólo a las relaciones de pareja sino a todos los vínculos. En el estudio de Lopez Bravo (2010) sobre mujeres entre 25-30 años también surge la idea de reciprocidad en la relación de pareja.

En la relación de pareja, las mujeres mayores de 55 años de esta muestra, tanto quienes se encuentran en una relación de larga duración como aquellas más recientes o que están solas

actualmente, consideran que la atracción física -componente Pasión de la Tríada del amor- es un elemento fundamental. En cambio, en el estudio de Nina Estrella (2013), la atracción física era sumamente importante al comienzo de la relación y en la vejez se expresaba mediante palabras y otro tipo de contacto físico. Asimismo, la autora encontró que era importante complacer a la pareja y celebrar fechas significativas, en tanto en el presente estudio surgió la expresión “tener consideración por la pareja”, que incluía estar pendiente del otro, lo que puede interpretarse en el mismo sentido. Sí coincide con Nina Estrella la posibilidad de expresar lo que se siente, lo que gusta y lo que no, una libertad que permite aumentar la intimidad en la pareja.

En este estudio las mujeres manifestaron que una relación de pareja, aún basada en el amor, es una decisión y requiere trabajo de cada uno de los miembros. Lopez Bravo (2010) también encontró que las mujeres consideran el amor una decisión. Esto apunta al componente de Compromiso de la teoría triangular del amor.

En este sentido, la confianza ocupa un lugar fundamental, donde las personas se sientan seguras en su vulnerabilidad y exista predisposición a compartir. En este estudio la confianza aparece como elemento característico para sostener una relación en el tiempo, para la convivencia y como aprendizaje de experiencias anteriores. En la literatura científica, la confianza aparece como el “cemento básico” (Nuñez et al., 2015) de la relación que tiende a aumentar en la reciprocidad. Es un factor de la Intimidad en la Tríada del amor. Arias y Polizzi (2011) encontraron que la confianza aumenta en la relación con el paso del tiempo y en la vejez se consolida. Nina Estrella (2013) estableció una asociación entre amor y confianza, compromiso, comprensión, respeto, comunicación, cariño entre otros factores, lo que coincide con las afirmaciones de las mujeres en la presente investigación. Castro Tomaylla (2020) también encontró que en las relaciones construidas en base al amor, este sentimiento se incrementa con el tiempo mediante la confianza y otros factores como caricias físicas, expresión de emociones, comunicación, preocupación por el otro y complicidad, e incluso menciona la capacidad de pedir perdón como recurso para superar conflictos y conservar la confianza. En el presente estudio surgieron conceptos similares, asociados a la humildad para reconocer los propios errores, la capacidad de ceder y pensar que uno no siempre tiene la razón. Algunas mujeres manifestaron que lo que destruye la confianza es la falta de entrega emocional, la falta de compromiso o respeto y el faltar a los acuerdos en la pareja, y no se restringe a la fidelidad sexual.

Probablemente fundamentados en los aspectos mencionados se encuentran los desafíos de la convivencia y quizá la razón por la que la mayoría de las mujeres de esta muestra sostienen que desearían una relación de pareja pero no convivirían si pudieran elegir. Algunas entrevistadas mencionaron que en la convivencia suelen aparecer los verdaderos valores de cada uno, así como las singularidades y falencias que producen cierto desencanto. La convivencia plantea problemas como la definición del espacio personal, los límites entre compartir e invadir, entre entregarse y perder la identidad y la autonomía; y puede asociarse a cierta violencia favorecida por los roles de género como malos tratos, reclamos o celos por parte de los hombres. La confianza en estos casos parece fusionarse con temas como el control y las relaciones de poder. Renzulli (2013) plantea la dificultad de las mujeres profesionales para formar pareja, debido a que no encuentran hombres que se ajusten a sus proyectos personales. La simetría lograda plantea el problema del equilibrio entre sacrificios y concesiones. Este parece ser también el caso en el presente estudio, en que la gran mayoría de las mujeres poseen estudios universitarios y trabajan o han trabajado toda la vida. En el estudio de Lopez Bravo (2010) donde las mujeres poseen trabajo remunerado, la convivencia también plantea desafíos, vinculados a la distribución de tareas del hogar, en aquellos casos en que los hombres asumen roles secundarios al respecto. Otro punto de conflicto serían las expectativas de masculinidades menos tradicionales que permitan simetría en el vínculo en relación a la apertura hacia la comunicación y la expresión de emociones. Esta necesidad de tolerancia de las diferencias, en particular aquellas que colisionan con deseos o decisiones propias, sea lo que las mujeres de esta investigación resumieron en el término *aguante*.

Los componentes de la Teoría Triangular del amor Intimidad y Compromiso son consideradas fundamentales en una relación de pareja basada en el ejercicio del amor en mujeres mayores de 55 años, en tanto el componente de Pasión se encuentra presente y es considerado importante para la pareja, aunque no es prevalente y tiende a modificarse, en parte debido al tiempo y en parte debido a los cambios físicos a partir de la menopausia. Lopez Bravo (2010) también encontró que los componentes de Compromiso e Intimidad eran prevalentes en las perspectivas de mujeres jóvenes. En este sentido, el estilo de amor que parece predominar en la muestra de este estudio es el amor Storge de Lee (1997 y 1988, citado en Lopez Sanchez 2003), establecido en torno a amistad, compromiso, cariño y comunicación, que se desarrolla con la convivencia a lo largo del tiempo. Las mujeres mayores de 70 años parecen tener un estilo de

Amor Apego o de compañero seguro propuesto por Sternberg (2006), donde hay niveles altos de compromiso e intimidad, buena comunicación y confianza, pero no hay pasión.

En cuanto a la influencia de estereotipos sobre el amor, este estudio observó que las mujeres expresan una transición entre el ideal de amor romántico y el tipo de amor que Giddens (1998) denomina amor confluyente, que presenta un vínculo más democrático y equitativo. Y, aunque continúa el ideal de relación estable y perdurable, no es a cualquier costo y sobre la base del mito del amor eterno, sino que está sujeto a un monitoreo de satisfacciones. Estos resultados son similares a los encontrados por Renzulli (2013) en su cohorte de nacidos entre 1970 y 1980. García Mendiola (2019) por otro lado señaló que las mujeres en relaciones de larga duración encuentran puntos críticos en su rol y en la relación, lo que puede atribuirse a la división de roles por género en la pareja. En la presente investigación las mujeres plantean su determinación de no aceptar dichos roles lo que las lleva a no aceptar los términos de una relación tradicional.

Respecto a los mitos del amor romántico, las mujeres de la presente investigación conservan algunos de ellos, como el mito del amor omnipotente, según el cual el amor “todo lo puede”; el mito de la fidelidad, debido, probablemente, a que más de la mitad de entrevistadas poseen creencias cristianas o católicas. Se observan cambios en torno a la idea del mito del matrimonio, la ambivalencia, la pasión eterna, la media naranja y el mito de los celos. Al respecto de los mitos de celos y de ambivalencia, fueron puntos mencionados por las mujeres como existentes entre los hombres, y algunas de las razones por las cuales ellas terminarían una relación o no estarían dispuestas a tolerar. Estos cambios en mujeres de mediana edad y mayores contrastan con estudios como el de Bonilla-Algovia et al. (2021) que encontraron algunos de estos mitos presentes en adolescentes de escuela secundaria. En mujeres adolescentes perduran los mitos de la pasión eterna y de la media naranja y creencias como que el amor es ciego y que la pasión debe durar para siempre. Sin embargo, estos hallazgos pueden observarse en el presente estudio en los relatos de juventud de las mujeres entrevistadas.

La cuarta categoría representa el grado de satisfacción conyugal en el caso de las entrevistadas en pareja, y el grado de satisfacción con la vida a partir de tener o no tener pareja. La mayoría de las mujeres que están en pareja se encuentran satisfechas con la relación, aunque algunas manifiestan que cambiarían algún aspecto de su pareja que les produce incomodidad. Al respecto, Castro Tomaylla (2020) encontró que los adultos mayores que construyen su relación en el amor sienten mayor satisfacción conyugal. Lo mismo encontró Nina Estrella (2013). Sin

embargo, Nuñez Cohello (2015) encontró que las parejas con edades hasta 68 años presentaban un nivel intermedio de satisfacción conyugal, pero era más alto en mujeres que en hombres. Concluyó que mayores niveles de intimidad, compromiso y pasión, se daban mayores índices de satisfacción conyugal, por lo que el cuidado de estos tres factores repercutiría en la felicidad de la pareja. Esto coincide con las narraciones de las entrevistadas de esta investigación, que remarcan la importancia de una buena comunicación, respeto, confianza y compromiso para una relación estable y duradera. Por otro lado, Ramirez Perez y Lee Maturana (2012) encontraron que la satisfacción vital era mayor en hombres que en mujeres por poca diferencia, y que en estas últimas las variables sociodemográficas, en especial tener trabajo remunerado o autonomía económica, influía en esa satisfacción, además de tener pareja y/o hijos. Prieto Frades (2015) también encontró que el nivel socioeconómico influye en la satisfacción vital de manera positiva, en cambio encontró además que la soledad subjetiva tiene una relación negativa con la satisfacción. En este sentido, el presente estudio no encontró una relación negativa en las mujeres que no tienen pareja, y cuya mayoría no convive con hijos, pero esto podría deberse a que no existe una percepción subjetiva de soledad, sino que la soledad es una decisión.

Moorman et al (2006)., resaltan que cuanto más feliz dice sentirse una mujer, menos interés tiene en casarse, lo que ratificaría la idea de que la satisfacción vital no estaría en relación directa con la presencia de pareja, sino con las posibilidades de realización, la autonomía y la valoración social que perciben en su contexto social. En este sentido, en este estudio, la totalidad de entrevistadas manifestaron que tener pareja no es esencial para sentir plenitud, sino que sentirse pleno es una actitud individual hacia la vida. Estar en pareja aporta mucho a la felicidad y se disfruta mejor la vida compartida. El disfrute y la felicidad son dos de los motivos fundamentales para estar en pareja. Esto parece estar en consonancia con Soliveres et al. (2018) que encontraron que la pareja es uno de los mayores generadores de satisfacción en la mediana edad. Los aportes de los estudios sobre viudas de Moorman et al (2006) y Lopez Doblas et al. (2014) también parecen apoyar esto. Además, las tres entrevistadas que tienen una relación de larga duración expresaron que si no estuvieran en pareja no sabrían cómo vivir. Esto podría vincularse a lo que hallado por García Mendiola (2019), en donde las parejas de larga duración desarrollan un vínculo de tal intimidad y compromiso que se produce el fenómeno “Miguel Angel”, es decir, cada miembro transforma o esculpe al otro, actuando como tutores implícitos de resiliencia. Es probable que en este estudio las mujeres no puedan imaginar la vida sin su

pareja debido a esta función de apoyo fundamental, en especial en la proximidad de la vejez, lo que además trae aparejadas las necesidades instrumentales de esta etapa.

Por último, las entrevistadas enfatizaron la importancia del acompañamiento diferenciado de una relación de dependencia y que esa compañía es la que más satisfacción les brinda.

En cuanto a la quinta categoría, sobre las motivaciones y actitudes hacia las relaciones de pareja, las mujeres mayores y de mediana edad de esta investigación manifiestan sentir libertad para elegir cómo vivir su vida, lejos de las presiones sociales según las cuales hay una edad adecuada para amar y en una secuencia determinada, a diferencia de lo que encontró Renzulli (2013) para la cohorte de los nacidos entre 1930 y 1940. En el presente estudio las mujeres, nacidas entre 1939 y 1964, dan cuenta de que es posible gestionar las trayectorias de vida de múltiples formas y que las transiciones no son fijas, secuenciales y obligatorias, que Renzulli encontró en su cohorte de 1970-1980. Cerquera Córdoba et al (2012) parecen apoyar esta nueva perspectiva, en especial en relación a las personas mayores. Tanto el grupo de adultos como de adultos mayores tienen una visión más abierta en relación al derecho de este último grupo a formar pareja y vivenciar su sexualidad, lo que parece confirmar que las representaciones sociales respecto de la vejez están cambiando, reconociendo el derecho de las personas mayores al amor y la sexualidad. En el presente estudio, casi la mitad de la muestra tiene la decisión de continuar sola, en tanto la otra mitad está satisfecha con su pareja, y lo hace por decisión y no por obligación.

De las personas que no están en pareja, tres de las cuales son viudas, algunas manifiestan su deseo de estar en pareja pues manifiestan que disfrutan más de la vida al compartirla con alguien. Otras no desean estar en pareja y eligen estar solas, algunas por experiencias difíciles, otras por las expectativas que presentan los hombres en cuanto al rol de la mujer en pareja, que les demanda tareas domésticas, cuidados del hogar y un papel subordinado al hombre en las decisiones. Moorman et al. (2006) y Lopez Doblal et al. (2014) encontraron que las viudas mayores eligen no volver a formar pareja. Lopez Doblal et al. sostienen que esto puede ser por lealtad al marido, por temor a la crítica social o familiar, o porque no desean sacrificar su autonomía e independencia, en parte por las expectativas de roles. Este último punto coincide con las narraciones de muchas mujeres de la presente investigación. Existe en ambos estudios narraciones que expresan la idea de las mujeres sobre las expectativas de los hombres de ser atendidos y cuidados en la vejez, lo que es percibido como un intercambio desigual. Igual que

Lopez Doblas et al., en este estudio las mujeres encuentran satisfacción de sus necesidades afectivas y apoyo en familia, en particular los hijos, en vecinas y amigas, teniendo sus necesidades materiales cubiertas de manera autosuficiente.

Las mujeres que desearían encontrar una pareja, encuentran su motivación en la idea de un acompañamiento, un compañero con quien compartir momentos. Esto parece coincidir con García Mendiola (2019) que manifiesta que la motivación para estar en pareja en la cohorte mayor es estar acompañados, en tanto en la mediana edad se priorizan las metas instrumentales y en la juventud el crecimiento personal.

La actitud de las mujeres de mediana edad y mayores de no estar dispuestas a sacrificar su autonomía, lograda en la adultez y luego de una vida de experiencias, parece estar sustentada en un punto de sus narraciones, esto es en el hecho de que habiendo una desigualdad en las expectativas sobre la pareja, quienes necesitan un cambio de actitud son los hombres, insinuando que dichas actitudes han quedado obsoletas, lo que coincide con el estudio de Lopez Bravo (2010) en relación a las mujeres entre 25 y 30 años. Adicionalmente Renzulli (2013), encontró que los hombres sostienen más fácilmente los roles tradicionales, en la comodidad de su rol, lo mismo que Lopez Bravo (2010).

Por último, el ideal de pareja de las mujeres del presente estudio radica en un compañero, en simetría equitativa en cuanto a lo que se brinda y se recibe, que sea activo en el cuidado de la relación y con un nivel de autonomía similar al de ellas. La convivencia no es deseable, como se dijo anteriormente, porque los hombres tienden a esperar de ellas el rol tradicional de cuidadoras del hogar que ellas no están dispuestas a asumir, por lo que las nuevas formas de relacionarse son parejas estables, alejadas del matrimonio y alejadas del concubinato, con la modalidad de noviazgo que no pierde el erotismo y se aleja de la conflictiva del poder del hombre sobre la mujer. Los estudios de Renzulli (2013), García Mendiola (2019), Moorman et al. (2006) y Lopez Doblas et al. (2014) ya mencionados parecen apoyar estas afirmaciones a partir de lo expresado anteriormente sobre los motivos por los cuales las mujeres suelen ser reacias a formar nuevas parejas, en particular después de haber cumplido las expectativas en un matrimonio, y a partir de la libertad que perciben estas mujeres sobre su capacidad de decisión y su autonomía económica. Estar en un mayor grado de igualdad de género ha permitido este panorama.

Conclusiones

El propósito de esta investigación era describir las vivencias y actitudes de las mujeres de mediana edad y mayores respecto a las relaciones de pareja y los factores que influyen en la percepción de satisfacción vital y conyugal. Esto se vio facilitado al emplear técnicas cualitativas como la entrevista semidirigida, que permitió que las entrevistadas se expresaran libremente y brindaran un panorama amplio sobre sus experiencias, gracias a lo cual fue posible responder a las preguntas de investigación: ¿Cómo vivencian las mujeres a las relaciones de pareja presentes y pasadas luego de los 55 años? ¿Cuál es la influencia de las representaciones y estereotipos sobre el amor en las mujeres mayores de 55 años en la actualidad? ¿Cómo inciden las vivencias de pareja en la satisfacción con la vida y con la pareja? ¿Qué actitudes y motivaciones tienen las mujeres respecto a las relaciones de pareja y cómo influye esto en su estado civil actual?. El marco teórico brindó la base para especificar qué engloban los términos mediana edad y adultos mayores, y permitió establecer tanto similitudes como diferencias. Este estudio no encontró diferencias sustanciales entre estas etapas a los fines de explorar sus relaciones de pareja. Principalmente esto puede deberse a la ideología dominante en la sociedad sobre dichas relaciones, que es la ideología del amor romántico, vigente durante la mayor parte del siglo XX.

El análisis de las relaciones de pareja más allá de los cincuenta y cinco años requirió especificar dos puntos teóricos: primero, las características específicas en las relaciones de adultos mayores, porque suelen ser relaciones de larga duración, y porque las motivaciones para comenzar una relación en esta etapa de la vida acostumbra ser diferente a las de la juventud, y segundo, considerar la perspectiva de género, dado que las vivencias, motivaciones y expectativas de las mujeres suelen diferir de las de los hombres, debido a los roles sociales que cada uno ocupa. Por último, se buscó sustentar las percepciones de satisfacción a partir de dos núcleos teóricos, que son la satisfacción con la pareja o satisfacción conyugal, y la satisfacción vital de las mujeres.

El primer objetivo del estudio fue indagar acerca de las vivencias de las mujeres después de los 55 años acerca de sus relaciones de pareja, actuales y pasadas. Se encontró que las mujeres disfrutaban la compañía, el compartir, las conversaciones profundas, la complicidad que genera estar en pareja, el hacer proyectos juntos e individuales, en especial cuando pueden construir un

vínculo sólido basado en la confianza, donde expresarse y ser aceptadas. El acompañamiento en esta etapa de la vida adquiere mayor valor.

El sexo y el erotismo en mujeres después de los 55 años disminuyeron en intensidad, pero mejoraron en calidad, siendo asociados a experiencias espirituales, que se viven en cuerpo y alma, como parte de una intimidad construida. Un hallazgo interesante de este estudio es la conciencia que presentan estas mujeres sobre la influencia de la construcción de la imagen corporal en el erotismo, así como la huella que deja la forma en que se construyó dicha sexualidad en la mujer a partir de sus experiencias anteriores, en especial en la juventud.

Además, la menopausia opera en ocasiones como transición que implica una nueva realidad física, en ocasiones que requieren adaptación, y en ocasiones como oportunidad de soltar prejuicios y de experimentar la sexualidad más libremente. El erotismo se transformó cualitativamente en una experiencia de cariño y ternura, sustentada en la confianza y la historia compartida.

Entre los puntos más críticos de las relaciones de pareja, las entrevistadas coincidieron en que el tema de límites y espacios personales era el que más les costaba, en especial en la diferencia entre compartir e invadir, entre tolerar y aceptar. Las expectativas percibidas de parte de los hombres también resultó un punto crucial. La convivencia estuvo asociada a estos puntos críticos, dado que es el ámbito donde se desarrollan la confianza y la intimidad, el compromiso y a las relaciones de poder dentro de la pareja. En este sentido se encontró que estos asuntos hacen necesaria una voluntad de negociación y acuerdo, de respeto de los espacios de cada uno, y una buena comunicación, y por esto es vivido como una decisión y un trabajo al mismo tiempo. Algunas entrevistadas sostuvieron que la convivencia acelera el desencanto del amor pasional.

En cuanto a las experiencias de la juventud o del pasado, estas les dejaron algunos aprendizajes, como el esfuerzo que requiere una relación, el peligro de la pérdida de la identidad propia en los deseos del otro o el cuestionamiento a los valores del amor romántico. En algunos casos los desencantos y las experiencias fallidas motivaron la decisión de no volver a convivir, en otras dejaron miedo a la dependencia o a perder la autonomía lograda, y en otros fueron tan buenas que, una vez perdidas, establecieron un modelo difícil de volver a lograr. En otros casos, las rupturas, en especial aquellas producidas durante el noviazgo, fortalecieron la relación permitieron aumentar la intimidad y el compromiso. Los valores, expectativas y creencias jugaron un papel fundamental en esas primeras experiencias.

Los desafíos que debieron afrontar en el pasado pueden resumirse en: nacimiento de los hijos, intentar sostener una pareja a pesar de los conflictos como violencia, viajes por trabajo, criar un hijo sin su pareja, resignar proyectos de desarrollo personal y desvalorización de sus aportes. Sin embargo, también algunas experiencias aportaron sus beneficios, como acceder a oportunidades económicas y experiencias culturales diferentes, descubrirse como ser autosuficiente, darse permiso de experimentar su lado femenino y erótico, o dar un cierre a una parte de su vida a partir de permitirse tener pareja. Lo expuesto anteriormente deja entrever los efectos de esas experiencias en sus vidas.

El segundo objetivo era indagar sobre la influencia de representaciones y estereotipos sobre el amor. Las narraciones de las entrevistadas estuvieron permeadas de los mitos del amor romántico, en cuanto a la noción del amor como entrega, al requerimiento de exclusividad o fidelidad, a la idea de que el amor lo soporta todo (mito del amor omnipotente) y de que es para toda la vida, en particular en aquellas que se encuentran en relaciones de larga duración y en las narraciones de juventud en la mayoría de los casos. Se encontró que la noción de amor no está necesariamente asociada a la pareja, como en el ideal romántico. La mayoría de las entrevistadas tomaron el concepto en su versión más abarcativa y universal, como un don o un dar, en especial asociado al aspecto emocional y a sentimientos. Sin embargo, en cuanto al amor de pareja, es considerado un intercambio, en situación simétrica donde se da y se recibe en la misma calidad. El mito de la media naranja, el del matrimonio, el mito de la ambivalencia, el mito del amor posesivo o de los celos y el mito del emparejamiento ya no son aceptados entre estas mujeres.

La representación del amor que pueden inferirse en las entrevistadas se asemeja más al tipo de amor confluyente, en el cual la relación no se construye en base a las relaciones de poder del amor romántico, sino un amor más democrático, basado en la equidad en el compromiso, en lo que cada uno aporta y recibe, donde la mujer no tiene que resignar decisiones ni autonomía. Debido a que estas mujeres son económicamente independientes ha facilitado la determinación de no aceptar modelos de pareja que no respeten esta autonomía, la que no están dispuestas a sacrificar por estar acompañadas. A veces la soledad es el precio a pagar por ella, y es un precio que no cuesta tanto como en generaciones anteriores. Lo que plantean es que son los hombres quienes necesitan modificar sus actitudes para que la relación sea posible. Esto ha hecho que se alejen de relaciones donde existe la violencia, los abusos, el maltrato, la denigración verbal, la falta de reconocimiento de sus aportes, la falta de espacio para expresarse, o donde sus deseos no

sean tenidos en cuenta. En las parejas de larga duración, estos últimos tres puntos fueron exitosamente trabajados y negociados, por lo que la relación ganó en confianza.

El tercer objetivo de este estudio era descubrir la influencia que tienen las vivencias de las mujeres en la satisfacción con la pareja y la satisfacción vital. En su totalidad, las mujeres expresaron estar conformes con su situación matrimonial, sosteniendo que sienten que eligieron bien su pareja. La relación es satisfactoria en base a la intimidad y el compromiso construidos, de tal manera que no sabrían vivir sin sus maridos. Las mujeres solas en su mayoría manifiestan estar satisfechas con su vida. Tanto las casadas como las que no tienen pareja sostienen que no consideran necesario estar en pareja para sentirse plenas, porque la plenitud es una actitud individual. Las mujeres en pareja manifiestan la importancia de que cada miembro de la pareja conserve su espacio personal, con intereses y amistades propios como forma de desarrollo personal.

El último objetivo era describir las actitudes y motivaciones de las mujeres hacia las relaciones de pareja y su influencia en el estado civil actual. Las mujeres mayores de 55 años comenzaron sus proyectos de vida en los años 70 y 80, momento de dictaduras militares, donde la familia era lo primero, y se esperaba que las mujeres se casen, cuiden de los hijos y no trabajen. Muchas de ellas no cuestionaban estos valores. Las experiencias vividas contribuyeron a cuestionar la forma en que vivían, y la maduración y el cambio social posibilitaron el cambio hacia la autonomía económica. Muchas han vivido situaciones de maltrato, violencia, abuso de acuerdos, resignación de sus deseos y otras situaciones que generaron desconfianza y duda, que puede tomarse como la semilla del cambio. También generaron temores y decisiones de no repetir esas situaciones. La presencia de modelos paternos ideales parece guardar conexión con el deseo de tener una pareja, así como con la dificultad para encontrar un hombre que satisfaga ese estándar. En algunos casos, un primer matrimonio muy feliz, pero terminado por la viudez, hizo que ningún otro hombre pudiera escapar de la comparación con aquella primera experiencia. Son mujeres que desean una pareja pero las decepciona no poder encontrar quien cubra las expectativas. Aquí es donde mejor se observa el cambio generacional. Antes era socialmente difícil la elección de estar sola, sin pareja, excepto por viudez. En la actualidad, las mujeres sienten mayor libertad para elegir la soledad, cuando han tenido matrimonios o parejas maltratadoras o simplemente cuando la relación no funciona.

La soledad aparece lejos del prejuicio social de destino fatídico, sino que se erige como una opción válida, una decisión preferible a ceder derechos y quizá un acto de rebeldía contra los valores del amor romántico.

Entre los extremos de la soledad y la relación de pareja, actualmente las formas de vínculo amoroso incluyen noviazgos sin convivencia, amigos con derechos y relaciones con personas de menor edad. Persiste la idea de pareja monógama, donde la fidelidad sexual es condición para ser pareja en la mayoría de los casos, y la idea de conexión emocional y de enamoramiento inicial del amor romántico. Esto pareciera reflejar que estas mujeres son la generación de la transición entre el amor romántico y el amor confluyente.

Esta transición pareciera ser desigual para mujeres que para hombres. Las mujeres de esta investigación expresaron la dificultad para encontrar una pareja con quien desarrolla un vínculo de amor confluyente y lo atribuyeron a las actitudes de los hombres hacia las relaciones, adheridas al paradigma de amor romántico. Este desacuerdo dificulta las relaciones, y es probable que produzca frustración en ambas partes.

Una pareja es un complejo sistema cuya trama interaccional genera una cultura de pareja, a partir de los valores, creencias y vivencias que trae cada miembro. Los hallazgos de esta investigación pueden aportar a la psicología, en particular al ámbito de la terapia de pareja, donde los roles de género tienen gran impacto, al aportar un panorama sobre las creencias, valores y transiciones de las mujeres en las últimas etapas del ciclo vital. Esto es particularmente útil dado que las crisis de mediana edad suelen tener impacto en la pareja, en particular en el momento en que la salida del hogar de los hijos y la vejez habilitan replanteos sobre su rol y sus prioridades.

Además, el proceso de envejecimiento incide de manera diferente en las mujeres, y se encuentra condicionado por prejuicios relacionados a estereotipos de género y también a la edad, lo que plantea ciertos desafíos para la gerontología y el ámbito de la salud mental femenina. Este estudio es un aporte a la gerontología crítica y feminista, que busca concientizar sobre la realidad de las mujeres hacia la etapa de la vejez y visibilizar sus vulnerabilidades diferenciales, para que se puedan adoptar modos más equitativos y saludables de envejecer y de vivir la vejez.

Los resultados de este estudio tienen ciertas limitaciones, entre ellas, que ofrece un panorama que contempla el punto de vista heterosexual normativo únicamente, y no da cuenta relaciones amorosas con un criterio de género más fluido. Además, no toma en consideración la

perspectiva de mujeres más jóvenes y excluye la mirada masculina, que es igualmente relevante en el estudio de las relaciones de pareja. Por último, la presente muestra está compuesta solamente por mujeres profesionales y económicamente autosuficientes, con una red de apoyo familiar y social, lo que posiblemente facilite la perspectiva de independencia en las relaciones amorosas.

Con el fin de complementar los hallazgos de esta investigación sería oportuno indagar en la perspectiva masculina sobre las relaciones de pareja y conocer sus vivencias. Parece desprenderse de la mirada femenina que el concepto de masculinidad se encuentra en crisis y requiere una redefinición. Se considera relevante ampliar el estudio de las perspectivas femeninas a otras generaciones y otros contextos socioculturales, que complementaría una perspectiva amplia de la situación de la mujer en una relación de pareja.

A pesar de ello, es innegable que el proceso de cambio no parte únicamente de las generaciones más jóvenes, y esta investigación da cuenta del esfuerzo por deconstruir y reconstruir el lugar de la mujer en las relaciones sociales, y en particular, en correrse del lugar impuesto en las relaciones de pareja.

En tiempos de tecnología, circula en las redes una frase que apela a tomar conciencia de los estereotipos y representaciones que operan de manera invisible, perpetuando modelos que no siempre son positivos para la mujer: “Cuando Caperucita soltó sus miedos, se dio cuenta que el lobo era parte de ella” (Créditos a quien corresponda).

Referencias

- Acevedo, V. E., Restrepo De Giraldo, L., y Tovar, J. R. (2007). Parejas satisfechas de larga duración en la ciudad de Cali. *Pensamiento Psicológico*, 3(8), 85-107.
- Alonso González, R., Bayarre Veja, H., y Artiles Visbal, L. (2004). Construcción de un instrumento para medir la satisfacción personal mujeres de mediana edad. *Rev Cubana de Salud Pública*, 30(2). http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-34662004000200006&lng=es.
- Arias, C. J., y Polizzi, L. (2011). La Relación De Pareja. Funciones de apoyo y sexualidad en la vejez. *Revista Temática Kairós Gerontología*, 14(Numero Especial 10 «Eroticidade/Sexualidade e Velhice»), 49-71. <https://doi.org/https://doi.org/10.23925/2176-901X.2011v14iEspecial10p49-71>
- Barragán, M. A. (2003). *Soltería: elección o circunstancia. Un nuevo estilo de vida se impone en el siglo XXI*. Editorial Norma.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. FCE. Fondo de Cultura Económica.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5(8), 5-31. <https://doi.org/10.31406/relap2011.v5.i1.n8.1>
- Blandón-Hincapié, A. I., y López-Serna, L. M. (2016). Comprensiones sobre pareja en la actualidad: Jóvenes en busca de estabilidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14(1), 505-517. <https://doi.org/10.11600/1692715x.14134271014>
- Blasco, S. (2008). *Menopausia. Una etapa vital*. Paidós. https://books.google.com/books?id=6_e4qphWXu0Cypgis=1
- Bonilla-Algovia, E., Rivas-Rivero, E., y Pascual Gómez, I. (2021). Mitos del amor romántico en adolescentes: relación con el sexismo y variables procedentes de la socialización. *Educacion XXI*, 24(2), 441-464. <https://doi.org/10.5944/educxx1.28514>
- Bourque, P., Puskar, D., Bonneville, L., y Béland, F. (2005). Contextual Effects on Life Satisfaction of Older Men and Women. *Canadian Journal on Aging / La Revue canadienne du vieillissement*, 24(1), 31-44.
- Cala, M., Galvis, M., y Ayda, O. (2011). Percepción de adolescentes, adultos jóvenes y personas mayores sobre la sexualidad en la vejez. *Apuntes Inv*, 1, 1.9.
- Campo, C., y Linares, J. L. (2002). *Sobrevivir a la pareja. Problemas y soluciones*. Planeta.
- Castelló Blasco, J. (2000). Análisis del Concepto “Dependencia Emocional”. *Ponencia expuesta en el I Congreso Virtual de Psiquiatría*, 1-21. http://repositorio.ulima.edu.pe/bitstream/handle/ulima/1881/Alalu_De_Los_Rios_Deborah.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Castelló Blasco, Jorge. (2005). *Dependencia emocional, Características y tratamiento*. (1º). Alianza.

- https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/57133003/Dependencia_emocional_caracteristicas_y_tratamiento_Castellon.pdf?1533438159=yresponse-content-disposition=inline%3B+filename%3DDependencia_emocional_Caracteristicas_y.pdf&Expires=1621037655&Signature=OCYRoE0
- Castro Tomaylla, R. M. (2020). *Vínculo afectivo en parejas de adultos mayores de Lima y Callao* [Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Facultad de Psicología]. <https://repositorioacademico.upc.edu.pe/handle/10757/652043>
- CEPAL. (2018). Situación sociodemográfica de las personas mayores en América Latina y el Caribe. En S. Huenchuan (Ed.), *Envejecimiento, personas mayores y Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Perspectiva regional y de derechos humanos* (pp. 49-84). CEPAL. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44369/1/S1800629_es.pdf
- Cerquera Córdoba, A. M., Galvis Aparicio, M. J., y Cala Rueda, M. L. (2012). Amor, sexualidad e inicio de nuevas relaciones en la vejez: percepción de tres grupos etarios. *Psychologia*, 6(2), 73-81. <https://doi.org/10.21500/19002386.1185>
- Cerro Garrido, M., y Vives Barceló, M. (2019). Prevalencia de los mitos del amor romántico en jóvenes. *Obets. Revista de Ciencias Sociales*, 14(2), 343-371. <https://doi.org/10.14198/OBETS2019.14.2.03>
- Cuadra, H., y Florenzano, R. (2003). El Bienestar Subjetivo: Hacia una Psicología Positiva. *Revista de Psicología*, 12(1), 83. <https://doi.org/10.5354/0719-0581.2003.17380>
- Cuadros, J. L., Pérez-Roncero, G. R., López-Baena, M. T., Cuadros-Celorrio, Á. M., y Fernández-Alonso, A. M. (2014). Satisfacción vital y factores sociodemográficos en mujeres de mediana edad. *Enfermería Clínica*, 24(6), 315-322. <https://doi.org/10.1016/j.enfcli.2014.07.003>
- De la Espriella Guerrero, R. (2008). Terapia de Pareja. Abordaje Sistémico. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 37(1), 175-186.
- Diener, E., Suh, E. M., Lucas, R. E., y Smith, H. L. (1999). Subjective well-being. Three decades of progress. *Psychological Bulletin*, 125(2), 276-302.
- Domínguez, E. (2015). Estudio Transcultural de La Satisfacción Marital en Parejas Españolas y Dominicanas. *Repositorio Documental de la Universidad de Salamanca*, 445. https://gedos.usal.es/jspui/handle/10366/128845%5Cnhttp://gedos.usal.es/jspui/handle/10366/128845%0Ahttp://gedos.usal.es/jspui/bitstream/10366/128845/1/DPSA_DomínguezJovéE_Estudiotranscultural.pdf
- Esteban, M. L. (2011). *Critica al pensamiento romántico*. Edicions Bellaterra.
- Esteban, M. L., y Távora, A. (2008). El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: Revisiones y propuestas. *Anuario de Psicología*, 39(1), 59-73.
- Febbraio, A., Perriot, A., Blanco, R., y Cantarell, C. (2019). Características de los vínculos significativos en adultos mayores sin hijos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. *Conceptos. Boletín de la Universidad del Museo Social Argentino*, 94(507), 51-70. <http://www.umsa.edu.ar/wp-content/uploads/2021/03/Psicología-diciembre-2019.pdf#page=51>

- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. J. Prat y A. Martínez (eds.), 319-335. <http://www.cholonautas.edu.pe/modulos/biblioteca2.php?IdDocumento=0096>
- Ferrer Perez, V., y Bosch Fiol, E. (2013). Del Amor Romántico a La Violencia De Género. *Agenda Educativa. Profesorado. Revista de Currículum y Formación de Profesorado*, 17(1), 105-122. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=56726350008>
- Flores Fonseca, V. M. (2019). Mecanismos en la construcción del amor romántico. *Revista de Estudios de Género, La Ventana*, 6(50), 282-305. <https://doi.org/10.32870/lv.v6i50.7074>
- Fonseca Fonseca, J. C. (2021). *La pareja desde la propuesta sistémica: comprensiones y posibilidades de intervención* (J. C. Fonseca Fonseca (ed.)). Ediciones USTA.
- Freixas Farré, A. (2008). La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista. *Anuario de Psicología*, 39(1), 41-57.
- García Mendiola, G. (2019). *Las relaciones de amor en parejas de media y larga duración: los componenetes de la teoría triangular, variables individuales y cambios generacionales*. Universitat de Valencia.
- Giddens, A. (1998). La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas. En *La transformacion de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas* (Segunda Ed). Cátedra Teorema.
- Giesecke, M. (2019). Entre el amor romántico y el confluyente: representaciones sociales del amor en jóvenes lesbianas de la clase alta limeña. *Debates en Sociología*, 46, 5-32. <https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.201801.001>
- Gomez Cervantes, R. A. (2018). Experiencias de la ausencia de una pareja sentimental estable en mujeres de mediana edad en la ZMG [Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente]. En *Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente*. [https://rei.iteso.mx/bitstream/handle/11117/5711/Experiencias de la ausencia de una pareja sentimental estable en mujeres de mediana edad en la ZMG.pdf?sequence=2](https://rei.iteso.mx/bitstream/handle/11117/5711/Experiencias%20de%20la%20ausencia%20de%20una%20pareja%20sentimental%20estable%20en%20mujeres%20de%20mediana%20edad%20en%20la%20ZMG.pdf?sequence=2)
- González Bernal, J., y de la Fuente Anuncibay, R. (2014). Desarrollo humano en la vejez: un envejecimiento óptimo desde los cuatro componentes del ser humano. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 7(1), 10. <http://www.infad.eu/RevistaINFAD/OJS/index.php/IJODAEP/article/view/783/723>
- Guzmán, M., y Contreras, P. (2012). Estilos de apego en relaciones de pareja y su asociación con la satisfacción marital. *Psyke*, 21(1), 69-82. <https://doi.org/10.4067/S0718-22282012000100005>
- Haley, J. (1980). Capítulo 2: El ciclo vital de la familia. En *Terapia no convencional*. Amorrortu Editores.
- Hernandez Sampieri, R., Fernandez Collado, C., y Baptista Lucio, M. del P. (2014). *Metodología de la investigación* (6°). McGraw Hill Interamericana.
- Iacob, R. (2009). Nuevas Parejas en la Vejez. *Revista de Psicología IMED*, 1, 137-146. [file:///C:/Users/Cielito/Downloads/Dialnet-NuevasParejasEnLaVejez-5154999 \(1\).pdf](file:///C:/Users/Cielito/Downloads/Dialnet-NuevasParejasEnLaVejez-5154999%20(1).pdf)

- Iacub, R., y Sabatini, B. (2001). *Psicología de la mediana Edad y Vejez: Módulo 3. Especialización en Gerontología Comunitaria e Institucional* (U. N. de M. del P. M. de D. Social (ed.)).
- INDEC. (2012). Encuesta Nacional sobre Calidad de Vida de Adultos Mayores 2012 ENCaVIAM: Principales resultados. En *Estudios INDEC* (Vol. 1). <https://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/sociedad/encaviam.pdf>
- Ipsos. (2020). *Boomer en cuarentena. Conociendo a los boomers*. <https://www.ipsos.com/es-cl/baby-boomers-en-cuarentena>
- López Bravo, P. (2010). *La Construcción de Intimidad en Relaciones de convivencia de Pareja: La Perspectiva de Mujeres Jóvenes trabajadoras sin hijos*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- López Doblas, J., Díaz Conde, M. D. P., y Sánchez Martínez, M. (2014). El rechazo de las mujeres mayores viudas a volverse a emparejar: Cuestión de género y cambio social. *Política y Sociedad*, 51(2), 507-532. https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n2.44936
- López Sanchez, F. (2003). Apego y relaciones amorosas. *Informació Psicológica*, 82, 36-48. <http://www.mineco.gob.es/portal/site/mineco/menuitem.d27e450d6789dd5c6a5af299026041a0/?vgnnextoid=76d4799895960610VgnVCM1000001d04140aRCRD>
- Lucarelli, A. Y., y Wittner, V. (2019). Satisfacción conyugal: Variables determinantes. *Universidad de Buenos Aires*, 5. <https://www.academica.org/000-111/928>
- Majón-Valpuesta, D., Ramos, P., y Pérez-Salanova, M. (2016). Claves para el análisis de la participación social en los procesos de envejecimiento de la generación baby boom. *Psicoperspectivas*, 15(2), 53-63. <https://doi.org/10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL16-ISSUE2-FULLTEXT-833>
- Manes, R., Garmendia, C., y Danel, P. M. (2020). Envejecimiento y vejez: aproximaciones conceptuales desde la decolonialidad. En C. B. Tello y P. M. Danel (Eds.), *Decolonialidad, identidades divergentes e intervenciones. Libros de cátedra*. (Número June). Universidad de La Plata.
- Martínez-Álvarez, J. L., Fuertes-Martín, A., Orgaz-Baz, B., Vicario-Molina, I., y González-Ortega, E. (2014). Vínculos afectivos en la infancia y calidad en las relaciones de pareja de jóvenes adultos: El efecto mediador del apego actual. *Anales de Psicología*, 30(1), 211-220. <https://doi.org/10.6018/analesps.30.1.135051>
- Martinez, H., Mitchell, E. M., y Aguirre, C. (s. f.). Unidad N° 5. Salud del Adulto Mayor - Gerontología y Geriátrica. En *Manual de Medicina Preventiva y Social I* (pp. 1-19).
- Maureira Cid, F. (2011). Los cuatro componentes de la relación de pareja. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 14(1), 321-332. http://www.clikisalud.info/adicciones/paginas/pdf/cuatro_componentes_relacion_pareja.pdf
- Melián, E. M. (2011). En la barca de Caronte (la menopausia o la gran transformación). *Feminismo/s*, 18, 185-202. <https://doi.org/10.14198/fem.2011.18.10>
- Moorman, S. M., Booth, A., y Fingerman, K. L. (2006). Women ' s Romantic " Relationships

- after widowhood. *Journal of Family Issues*, 27(9), 1281-1304. <https://journals.sagepub.com/home/jfi>
- Murillo Muñoz, J., y Molero Alonso, F. (2012). La Satisfacción Vital: su relación con el prejuicio, la identidad nacional, la autoestima y el bienestar material, en inmigrantes. *Acta Colombiana de Psicología*, 15(2), 99-108.
- Myers, D. G. (2000). The funds, friends and faith of happy people. *American Psychologist*, 55, 56-67.
- Nina Estrella, R. (2013). Nuestros años dorados : las relaciones de pareja ante el envejecimiento. En V. Montes de Oca (Ed.), *Envejecimiento en América Latina y el Caribe* (1º, pp. 115-140). Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. https://www.researchgate.net/publication/260289075_Nuestros_anos_dorados_las_relaciones_de_pareja_ante_el_envejecimiento
- Núñez Cohello, A. L. (2018). Componentes del amor y la satisfacción marital en casados y convivientes de Arequipa. *Perspectiva de Familia*, 3, 79-98. <https://doi.org/https://doi.org/10.36901/pf.v3i0.178>
- Núñez, F., Cantó-Milà, N., y Seebach, S. (2015). Confianza, mentira y traición. El papel de la confianza y sus sombras en las relaciones de pareja. Trust, Lies, and Betrayal. The Role of Trust and Its Shadows in Couples' Relationships. *Sociológica (México)*, 30(84), 117-142.
- OMS - Organización Mundial de la Salud. (2002). *Envejecimiento activo: un marco político**. 37, 74-105. https://ccp.ucr.ac.cr/bvp/pdf/vejez/oms_envejecimiento_activo.pdf
- OMS - Organización Mundial de la Salud. (2015). *Informe mundial sobre el envejecimiento y la salud*.
- Pick, S., y Andrade, P. (1988). Relación entre el número de hijos, la satisfacción marital y la comunicación con el cónyuge. *Salud mental*, 11, 15-18.
- Prieto Frades, C. (2015). *Crisis de la mitad de la vida y Satisfacción Vital*. Universidad Pontificia Comillas.
- Ramírez Pérez, M., y Lee Maturana, S.-L. (2012). Factores asociados a la satisfacción vital en adultos mayores de 60 años. *Polis (Santiago)*, 11(33), 407-428. <https://doi.org/10.4067/s0718-65682012000300020>
- Ramos Pinilla, A. M., Thomson Pulgar, Y., y Mazzucchelli Olmedo, N. (2018). Envejecimiento, Género y Ssexualidad: aproximación a los significados sobre la sexualidad de mujeres mayores en la comuna de Valparaíso. *Pensamiento y Acción Interdisciplinaria*, 4(2), 8-23.
- Renzulli, A. M. (2013). ¿Qué significa amar además de amar? Un estudio sobre las representaciones sociales del amor y los vínculos afectivos . *VII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Insituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*, 0-18. <https://www.aacademica.org/000-076/223>
- Rizo-Patrón Ostoja, P. (2015). Relaciones románticas: significados y vivencias en mujeres adolescentes de Lima Metropolitana [Pontificia Universidad Católica del Perú]. En

- Rocha Narvaez, B. L., Umbarila Castiblanco, J., Meza Valencia, M., y Riveros, F. A. (2019). Estilos de apego parental y dependencia emocional en las relaciones románticas de una muestra de jóvenes universitarios en Colombia. *Diversitas*, 15(2), 285-299. <https://doi.org/10.15332/22563067.5065>
- Saldarriaga Cantillo, A. (2021). Old age and love denied. *Revista de Medicina y Cine*, 17(1), 71-75. <https://doi.org/10.14201/rmc20211717175>
- Salmerón-Sánchez, P., Ballester-Arnal, R., Giménez-García, C., Castro-Calvo, J., y Díaz-Rodríguez, I. (2016). Armonía De Pareja En Población De Personas Mayores: Diferencias Entre Sexos. *International Journal of Developmental and Educational Psychology. Revista INFAD de Psicología*, 1(1), 275. <https://doi.org/10.17060/ijodaep.2016.n1.v1.204>
- Sánchez Vera, P., y Bote Diaz, M. (2007). *Los mayores y el amor: una perspectiva sociológica*. Nau Llibres (Edicions Culturals Valencianes s.a.).
- Satorres Pons, E. (2013). Bienestar psicológico en la vejez y su relación con la capacidad funcional y la satisfacción vital. En *Universitat de València*. Universitat de Valencia.
- Seligman, M. E. P., y Czikszentmihalyi, M. (2000). Positive Psychology. An introduction. *American Psychologist*, 55(1), 5-14.
- Smith Barusch, A. (2012). Intimacy in Later Life: Reflections on Love and Care. *Journal of Geriatric Care Management*, 22(1).
- Soliverez, V. C., Arias, C., y Pantusa, J. (2018). La relación con la pareja en la mediana edad . Aportes para la comprensión de los cambios desde una perspectiva cualitativa. *Acta Académica. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. <https://www.academica.org/000-122/261>
- Sternberg, R. J., y Weis, K. (2006). The new psychology of love. En R. Sternberg y K. Weis (Eds.), *The New Psychology of Love*. Yale University Press. <https://doi.org/10.1111/jftr.12356>
- Tisnés, A., y Salazar-Acosta, L. M. (2016). Envejecimiento poblacional en Argentina: ¿qué es ser un adulto mayor en Argentina? Una aproximación desde el enfoque de la vulnerabilidad social. *Papeles de Poblacion*, 22(88), 209-236.
- Veenhoven, R. (1994). El estudio de la satisfacción con la vida. *Intervención Psicosocial*, 3, 87-116.
- Villar, F., Villamizar, D. J., y López-Chivrrall, S. (2005). Components of loving experience in old age: Older people and long-term relationships. *Revista Espanola de Geriatria y Gerontologia*, 40(3), 166-177. [https://doi.org/10.1016/s0211-139x\(05\)74849-6](https://doi.org/10.1016/s0211-139x(05)74849-6)
- Villarreal Montoya, C. (2008). La soltería en mujeres de mediana edad. *Reflexiones*, 87(1), 99-111.
- Walters, M., Carter, B., Papp, P., y Silverstein, O. (1996). *La red invisible: pautas vinculadas al género en las relaciones familiares*. Paidós.

- Watson, W. K., Stelle, C., y Bell, N. (2017). Older Women in New Romantic Relationships: Understanding the Meaning and Importance of Sex in Later Life. *International Journal of Aging and Human Development*, 85(1), 33-43. <https://doi.org/10.1177/0091415016680067>
- Watzlawick, P., Beavin, J., y Jackson, D. (1981). *Teoria de La Comunicacion Humana*. Herder.
- Zazueta Luzanilla, E., y Sandoval Godoy, S. (2013). Concepciones de género y conflictos de pareja. Un estudio con parejas pobres heterosexuales en dos zonas urbanas de Sonora. *Culturales*, 1(2), 91-118. <http://www.scielo.org.mx/pdf/cultural/v1n2/v1n2a3.pdf>
- Zeki, S. (2007). The neurobiology of love. *FEBS Letters*, 581(14), 2575-2579. <https://doi.org/10.1016/j.febslet.2007.03.094>

Anexo I

FORMULARIO DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Me ha sido explicado que Mónica Zaida Nadal, estudiante de la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales de la Universidad de Flores, está realizando una investigación para su tesis. Es por esta razón que se está realizando un trabajo de investigación cuya finalidad es conocer e indagar sobre las características de las relaciones de pareja en adultos mayores de Buenos Aires y su relación con la calidad del vínculo. Mi participación en la investigación consiste en responder con sinceridad a las preguntas de la entrevista por parte de la estudiante.

La participación es voluntaria y en cualquier momento puedo dejar sin efecto la presente autorización, retirándome del presente acto.

Se me ha dicho que mis respuestas u opiniones serán confidenciales y sólo de conocimiento para el equipo de investigación, resguardando mi privacidad y los resultados no serán ligados a mi información que se coloca al pie del presente consentimiento.

Asimismo, se me ha explicado que los resultados globales de la investigación serán presentados en la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales de la Universidad de Flores y que podrán ser expuestos también en congresos y/o publicados en revistas científicas preservándose siempre mi identidad, conforme a la ley 25.326.

Entiendo que los resultados de la investigación me serán proporcionados si los solicito y que en caso de que tenga alguna pregunta acerca del estudio o sobre mis derechos a participar en el mismo, puedo contactar a Mónica Zaida Nadal o a la Secretaría de Investigación y Desarrollo UFLO, a sinvestydes@uflo.edu.ar o al mail personal zaidanadal@gmail.com.

Habiendo comprendido lo que se me ha explicado, acepto participar en este trabajo de investigación.

Firma:

Aclaración:

DNI:

Fecha:

Firma Profesional Informante:

Aclaración: Mónica Zaida Nadal

DNI: 21.964.434

Protocolo N°: